

María Rosa Alonso

Poesía de la segunda mitad del siglo XIX

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

20

POESÍA
DE LA SEGUNDA
MITAD DEL SIGLO XIX

Edición de María Rosa Alonso



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan-Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Álamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

María Rosa Alonso

POESÍA DE LA SEGUNDA
MITAD DEL SIGLO XIX

Islas Canarias
1991

- © Para la introducción y estudio de cada autor: **María Rosa Alonso**
- © Para el texto: **Sus autores y herederos legales**
- ©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-7947-008-9

Depósito Legal: M. 25.810-1991

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN: DE LA ORILLA ROMAN- TICA A LAS RIBERAS DEL MODERNISMO.	11
Bibliografía general	16
 RAFAEL M. MARTÍN FERNÁNDEZ NEDA (1833-1908)	 19
A Carmen	29
Contestación al anterior soneto	30
Dormida	31
Recuerdos de la patria	33
La fiesta de San Isidro	39
Romance	44
La espina	48
 NICOLÁS ESTÉVANEZ MURPHY (1838- 1914)	 51
Canarias	67
En la patria	79
A una goleta	81
Las nubes	85
Suspiros	86
En la playa de San Juan de Luz	87

	<u>Págs.</u>
Moderniana	88
Canto senil	90
 DIEGO ESTÉVANEZ MURPHY (1842-1866)	 93
Romance marítimo	99
A Dolores	104
Insomnio y fiebre	105
 JOSÉ TABARES BARTLETT (1850-1921)	 111
La caza	125
Puesta de sol	138
A Josefina Ascanio	139
La lechera	140
Remembranza	141
 ANTONIO ZEROLO HERRERA (1854-1923).	 143
La cueva del rey Bencomo	153
Símbolo	159
¡Qué tiempos aquellos!	161
A Santa Cruz	165
A Olga Aguilar	166
Las folías	167
Los personajes de Galdós	168
La Laguna	169
 PATRICIO PERERA ÁLVAREZ (1856-1899) .	 171
Mi valle	179
Mi patria	182
Homenaje a la ciudad de La Laguna	185
Muerte de Tinguaro	193
A Fabio	194

	Págs.
GUILLERMO PERERA ÁLVAREZ (1865-1926)	195
Patio del Instituto	205
Nunca	208
Ecos de mi tierra	210
Tedio	212
Mis versos	213
Desconsuelo	215
Madrigal	216
Las folías	217
La fuente de la selva	218
 DOMINGO JUAN MANRIQUE (1869-1934) ..	 229
Canto a Agüere	239
Arrorró	242
Nivaria	243
Las folías	244
Primavera	245
Invierno	246
Los ojos de Marisa	247
Mariposa dorada	249
Yo he cantado a unos ojos... ..	250
Tu risa	251
El mencey de Abona	252
 DIEGO CROSA Y COSTA, "CROSITA" (1869-1942)	 259
Del terruño	267
Los romeros	270
Amor canario	274
Al drago de Icod	275
Ripios: Seguidillas me pides	278

	<u>Págs.</u>
Ripios: Diálogo campesino	280
Ripios: Modernismo	282
El 25 de julio	284
Coplas	287
Autobiografía	290

INTRODUCCIÓN

DE LA ORILLA ROMÁNTICA A LAS RIBERAS DEL MODERNISMO

Si el romanticismo español fue un fenómeno literario posterior al francés, inglés o alemán, su aparición en Canarias, por razones obvias, surgió más tarde aún que el peninsular. El manifiesto de Víctor Hugo (1802-1885), al frente de su obra *Cromwell*, 1827, y el escándalo y triunfo del *Hernani*, en el París de 1830, marcó el predominio de la literatura romántica en Europa, como todos sabemos. El *Don Álvaro*, 1837, del duque de Rivas (1791-1865), supuso el equivalente español del triunfo teatral de la nueva escuela. Cuatro años más tarde, el drama *Elvira*, 1839, del poeta de Santa Cruz, José Plácido Sansón (1815-1875), estrenado en el teatrillo santacrucero de la calle de la Marina, significó el triunfo del romanticismo en las Islas.

En los primeros románticos regionales, orientados los de Tenerife por el francés José Desiré Dugour (1813-1875), Ricardo Murphy, Sansón, Ventura Aguilar, Marrero Torres, Millares Torres, Victoria Ventoso, Ignacio de Negrín, José Cecilio Montes, Claudio Sarmiento, Emiliano Martínez de Escobar, Fernando Final, Victorina Bridoux, José B. Lentini y alguno más, nacidos todos ellos antes de los años cuarenta del siglo XIX, se advierte ya que los temas peculiares de nuestras letras, como el sentimiento evocador del pasado indígena,

constante literaria en las Islas, continúa desarrollándose, bien en los términos planteados por Cairasco de Figueroa, Antonio de Viana o Viera y Clavijo, bien en otros más duros, condenables para el Conquistador, como lo abordó el prerromántico Graciliano Afonso (1775-1861), cantor del Teide, la "pirámide excelsa" de Antonio de Viana, motivo temático de nuestros poetas en todos los tiempos. El tema indigenista, ya con uno u otro tratamiento, ha aparecido casi siempre en los poetas insulares hasta muy entrado el siglo XX; alusiones a la invasión de Nelson, o sea el tema del 25 de julio de 1797, al paisaje isleño, al mar o al Teide apunta en los versos de Ricardo Murphy, notas que no faltan en José Plácido Sansón, en su soneto a *Tinguaro*, por ejemplo, ni en Victoria Ventoso o en Ignacio de Negrín, cantor del mar, precedentes estos dos últimos poetas, tras Graciliano Afonso, de la actitud condenatoria para los conquistadores, continuada por los creadores de las generaciones siguientes, como Nicolás Estévez, que se encontró el tema hecho, y otros seguidores. En poetas como Lentini o Victorina Bridoux no están ausentes los temas insulares: el del Teide, en Lentini, y el del aislamiento, en Victorina Bridoux.

Pero no son los románticos ahora objeto de nuestro estudio y selección; si señalamos su presencia y los temas por ellos poetizados es para ofrecerlos como antecedentes de los poetas seleccionados en la presente antología. Con un sentido aproximativo reunimos aquí nueve poetas alojados dentro de la época literaria del realismo, aunque es cierto que los poetas del XIX en Canarias son, en buena parte, románticos, porque el aislamiento geográfico de entonces, la lentitud de las comunicaciones da a la poesía un sentido de permanencia y pervivencia de los acentos románticos, a lo largo del pasado siglo.

Es cierto que en los primeros poetas románticos citados de la primera mitad del referido siglo, las

influencias de Espronceda y Zorrilla son bien patentes, pero sin que se pueda establecer una clasificación rigurosa entre románticos y realistas, los del grupo más joven, nacidos a partir de los años cuarenta, se sienten atraídos por la poesía de Campoamor, Núñez de Arce, Bécquer, o un poeta menor como Selgas; las fechas vitales, si bien son útiles, no son siempre decisivas, pues el método de las generaciones sólo tiene un valor didáctico, que a veces orienta, pero no otras.

Nos hemos permitido, a título de ejemplos, dar una selección —siempre discutible, como ya es proverbial en toda labor antológica— de nueve poetas, desde Martín Fernández Neda a Domingo Juan Manrique. El primero, por su nacimiento, pudo integrar el citado grupo romántico, pero Fernández Neda, al salir de la Isla pronto, se incorpora a las corrientes en boga por sus tiempos juveniles, cuando los "suspirillos germánicos" y las *doloras* de Campoamor están presentes en sus baladas. Por supuesto que el sentimiento del paisaje es romántico en este poeta y el tema intimista del amor a la patria, o el recuerdo materno están vivos en él, como en casi todos los poetas de la segunda mitad del XIX que seleccionamos, desde este pos-romántico Neda hasta Manrique, el cual ya bordea la estética del modernismo, sin que el sentimiento de la patria, o del pasado lo abandone ninguno de ellos.

Fernández Neda, que sepamos, es autor de un solo libro de poesías aparecido en Madrid, 1865, y Nicolás Estévanez, autor de varios libros de versos y prosa, vivió más tiempo fuera de la Isla que en ella, como veremos; los dos son poetas transicionales. Los realistas como Tabares, Zerolo y los Perera vivieron casi toda la vida en su tierra; este grupo que habitó en Tenerife tiene por coetáneo al poeta de Las Palmas, Domingo Rivero (1852-1929), pero al ser éste objeto de un volumen a él dedicado por esta *Biblioteca Básica Canaria*,

no lo incluimos en la presente antología. Es una gran particularidad que, excepto Neda y los Estévez, el resto son lo que podríamos denominar poetas de circunstancias, ya que acudían a la llamada exterior de tal o cual entidad cultural promotora de certámenes poéticos, bien por el traslado de los restos del Conquistador Lugo de un lugar a otro, bien por celebrarse el centenario del ataque de Nelson a Tenerife, bien porque una sociedad como el Gabinete Instructivo o el prestigioso Ateneo de La Laguna o alguna otra entidad, organizara fiestas patrióticas y culturales, o alguna revista o diario promoviera un certamen a los que concurrían nuestros poetas, motivados por un hecho externo, no por impulso interior de poetizar tal o cual fasto literario o histórico; en ellos, pues, la llamada venía desde fuera, no por un impulso íntimo. Ninguno de ellos tiene lo que se llama un libro de poesías, como los primeros citados, sino que sus tiradas impresas son folletos de composiciones premiadas; sería buena labor para estudiosos jóvenes una búsqueda detenida y sistemática en los periódicos y revistas del pasado, a fin de que estos poetas pudieran tener un libro de versos cada uno, resultante de una paciente recolección de poesías sueltas, perdidas y casi sepultadas en el olvido de nuestras incompletas, por desdicha, colecciones periódicas.

En todos los poetas seleccionados acentuamos lo que de canarios tengan al poetizar, ya desde fuera, ya desde dentro, sea por llamada o por inspiración propia, asuntos peculiares como los mencionados, tales el sentimiento de la Conquista o la instalación de cada uno en una geografía poética de mar, monte, Teide, Drago, o actitud histórica ante el 25 de julio, o tema de Nelson, etc. En otros asuntos, nuestros poetas se comportan desde la escuela poética en que están insertos y se manifiestan, conforme a su formación literaria y gusto personal, como poetas románticos, posrománticos,

realistas o modernistas. Una belleza femenina puede ser descrita, si el poeta es realista, con los recursos literarios de esta escuela, o descrita desde las normas del modernismo, pongamos por caso, si el poeta vive ya los días en que está vigente el modernismo. Del soneto a Josefina Ascanio al de *Tu risa...* va nada más que un mundo poético diferente. Advertir escuelas locales como la de La Laguna para encuadrar a estos poetas carece de sentido, ya que la ciudad ha sido objeto de cantos, desde Viera y Clavijo al poeta Mac-canti, pero no ha impuesto nota distintiva alguna para determinar lo que, en serio, se llama una escuela. Los poetas que viven por esta época en La Laguna —no todos son laguneros—, en cuanto poetas son románticos, realistas o modernistas y pueden cantar a la ciudad en un rasgo de intimismo afectivo, pero pretender que integren una escuela es no tener noticia de lo que una escuela poética significa.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Aparte de la utilidad que puedan prestar al lector la *Historia de la Poesía Canaria*, I (único editado), Barcelona, 1937, de Ángel Valbuena Prat, y la *Historia de la Literatura Canaria*, Las Palmas, 1978, de Joaquín Artilles e Ignacio Quintana, citamos las antologías y estudios sobre poetas canarios del XIX, aunque nuestra selección se refiera, en especial, a los poetas realistas de la segunda mitad de dicho siglo, que resultan difíciles de separar, rigurosamente, conforme indicamos, de los posrománticos.

A) ANTOLOGÍAS

- *Álbum de Literatura Isleña*, Las Palmas, 1857, 80 páginas.

Se trata de la primera antología de poetas canarios que comprende poesías desde la de Rafael Bento y Travieso a la de Rafael Martín Neda, reunidas por el tinerfeño Carlos Grandy Giraud, quien reunió composiciones de catorce poetas de la primera mitad del XIX, aproximadamente, sin noticias de los mismos, y es obra inconclusa, acaso porque le faltaran medios económicos al antólogo para terminarla.

- *Poetas canarios. Colección de escogidas poesías de los autores que han florecido en estas islas en el presente siglo*, recopilada por D. Elías Mujica. Santa Cruz de Tenerife, Imp. Miguel Miranda, 1878, 302 págs.

El antólogo, que era también poeta, recoge 63 poesías de canarios, desde D.^a María Viera y Clavijo, que fecha en 1801, a D. José Tabares Bartlett, de 1877; tampoco da la menor noticia de los poetas incluidos.

- Pbro. Juan Díaz Quevedo: *El libro de los poetas*. Antología universal. Tip. Diario, c. Buenos Aires [¿Las Palmas, 1925?], 404 págs. más 38 s.n.

El antólogo reúne poesías, desde Homero a Fernández Ardavín e incluye setenta poetas canarios, entre éstos a Nicolás Estévez, Tabares

Bartlett, Zero, Guillermo Perera y Domingo J. Manrique, seleccionados en nuestra Antología.

- Sebastián Padrón Acosta: *Cien sonetos de autores canarios*, prólogo y notas de... Santa Cruz de Tenerife. Biblioteca Canaria, 1950, 125 págs.

Entre los cien sonetos se incluyen los de Diego Crosa, Nicolás Estévez, Domingo J. Manrique, Rafael Martín Neda, Guillermo y Patricio Perera, José Tabares Bartlett y Antonio Zero, aquí seleccionados.

B) SEMBLANZAS Y ESTUDIOS

- Isaac Viera y Viera: *Vidas ajenas*. Imprenta Isleña. Santa Cruz de Tenerife, 1888. Prólogo de Patricio Estévez, 154 págs. [Se trata de 63 semblanzas de personas canarias notables].

- José González Rodríguez: *Pro cultura*. Biografía de personalidades contemporáneas que más han contribuido al progreso intelectual, material y artístico de Canarias. Vol. I, La Laguna, Imprenta Curbelo, 1923, 318 págs.

- Sebastián Padrón Acosta: *Poetas canarios* (Anchieta. La época romántica. Las poetisas isleñas. El mito del almendro). Biblioteca Canaria, Lib. Hespérides, Santa Cruz de Tenerife, s. a. [1940], 64 págs.

Primeros estudios del infatigable y laborioso investigador tinerfeño, que ampliará en publicaciones luego citadas.

- Sebastián Padrón Acosta: *Antología de La Laguna y su Santísimo Cristo*. Fiestas de septiembre de 1943. [Folleto de 30 págs., s. n., con texto y poesías de Zero y tres sonetos de Manrique, entre otros poetas].

- Domingo Pérez Minik: *Antología de la poesía canaria*, I. Goya Ediciones. Santa Cruz de Tenerife, 1952, 393 págs.

Aunque se trata de una antología, Pérez Minik hace un estudio sobre cada poeta de los por él seleccionados, que son un total de veintisiete; de los incluidos en la presente, Pérez Minik estudia a Nicolás Estévez, Tabares Bartlett, Zero, Guillermo Perera, Domingo J. Manrique y Diego Crosa.

- José María de Cossío: *Cincuenta años de poesía española* (1850-1900), Madrid, Espasa-Calpe, 1960, en dos tomos. En el II, capítulo XXX: *Poetas de Canarias*, págs. 1187-1209.

De los poetas de nuestra antología, Cossío estudia ampliamente a Fernández Neda y luego a Diego y Nicolás Estévez, Guillermo Perera, Tabares Bartlett y Zero.

- Sebastián Padrón Acosta: *Poetas canarios de los siglos XIX y XX*. Edición, prólogo y notas por Sebastián de la Nuez. Aula de Cultura de Tenerife, 1966, 451 págs.

- Sebastián Padrón Acosta: *Retablo canario del siglo XIX*. Edición, notas e índices por Marcos G. Martínez. Aula de Cultura de Tenerife, 1968, 278 págs.

En estas dos obras póstumas de Padrón Acosta (1900-1953) se han ordenado sus estudios sobre escritores del siglo XIX, los más amplios y útiles que se han hecho de ese período literario insular, en su mayoría publicados por el autor en el desaparecido diario La Tarde, de Santa Cruz de Tenerife.

- Leoncio Rodríguez: *Perfiles*, Santa Cruz de Tenerife, 1970, 348 págs. [Se trata de semblanzas emocionales de 34 personas importantes de las Islas, entre las que figuran la mayoría de los poetas aquí seleccionados].

- Andrés Sánchez Robayna: *Poetas canarios románticos*, en *Historia de Canarias*, bajo la dirección de Sebastián de la Nuez Caballero. Tomo III. Cupsa. Editorial Planeta, 1981, capítulo II, págs. 111-122. [Estudio de los poetas de nuestro romanticismo; se incluye a Martín Fernández Neda, seleccionado en nuestra Antología].

- Sebastián de la Nuez: *La poesía regionalista de fin de siglo*, en el capítulo III, págs. 123-134, de la obra y volumen anteriormente citado, de Editorial Planeta, 1981. [Se estudian los poetas Nicolás Estévez, Antonio Zero, Guillermo Perera, Tabares Bartlett, Manrique y Diego Crosa].

- Sebastián de la Nuez: *Antología poética de La Laguna*. Santa Cruz de Tenerife, 1983, 138 págs. [Entre los poetas escogidos figuran poesías de Diego Estévez, Tabares Bartlett, Zero, Guillermo Perera y Manrique, cantores de La Laguna, los cuales seleccionamos en nuestra presente Antología. El profesor de La Nuez precede su selección de un estudio sobre la llamada escuela regionalista, en distintas épocas].

- Alfonso Armas Ayala: *Introducción literaria*, en el volumen *Canarias*, de la serie *Tierras de España*, publicaciones de la Fundación Juan March. Editorial Noguer, S. A. Madrid, 1984, págs. 109-139.

RAFAEL M. MARTÍN
FERNÁNDEZ NEDA
(1833-1908)

Nació en La Orotava, cuyo paisaje actuó siempre en el alma del poeta. A los veinte años, según él mismo declara en solitud hecha para matricularse en el primer curso de Jurisprudencia de la Universidad de San Fernando, se dispone a iniciar esa carrera en La Laguna, en el curso de 1854-55, pero de tal curso sólo llegó a celebrarse su apertura, ya que no permitió el Gobierno el restablecimiento de aquel centro. Martín Fernández Neda comenzó a publicar poemas en El Noticioso de Canarias, periódico santacrucero, y el 15 de mayo de 1852 una poesía le sirve para despedirse de la Isla y del Valle de La Orotava; el 28 de diciembre del mismo año fecha en Lisboa el poema *A Portugal*, pero que no se publicará en el Eco del Comercio de Santa Cruz, hasta el 18 de noviembre de 1854; este mismo periódico inserta, fechado ya en La Orotava, el 15 de julio de 1853, sus versos *El desterrado en Santa Elena* y publicado el 5 de agosto de ese año en el Eco. Según se desprende de su encantador artículo *El balcón del chantre*, Fernández Neda estudió en el Instituto de La Laguna durante el bienio progresista, o sea, de 1854 a 1856. En el Eco del Comercio del 26 de abril de 1854, Neda publica las bellas estrofas de corte zorrillesco "a la joven poeta" Victoria Ventoso, que él recogerá en su libro *Auroras*, y el 18 de octubre del mismo año aparece la poesía *Libres*, sobre la revolución de julio, no recogida, por cierto, en el citado libro. En razonado artículo del 27 de diciembre de 1854, en el Eco del Comercio, pide el restablecimiento de la Universidad de San Fernando.

Horas benditas se titula el poema que dedica Fernández Neda a su amigo Agustín E. Guimerá (Eco del Comercio del 2 de mayo de 1855), recogido en *Auroras*. Con unas poesías alegóricas en las que intervienen personajes mitológicos como Baco y Júpiter, y personificaciones de las cuatro estaciones, contribu-

ye el poeta a la brillantez de la fiesta de San Isidro orotaven-se de 1855 (Eco del Comercio del 2 de junio) y en agosto de ese año acompaña a distinguidos personajes locales a una excursión a los altos de "La Camellita" en busca de una necrópolis guanche, cuya destrucción lamenta el poeta en el remitido al Eco del 11 de agosto del referido año de 1855. En el mismo periódico de los días 29 de marzo y 2 de abril de 1856 aparece una prosa poética de Neda titulada *Creer y dudar*, bastante floja.

En el citado *Álbum de literatura isleña*, primera antología canaria, se recogen (págs. 72-75), los versos de Neda titulados *El día de finados*, insertos en *Aurora* luego, en octavas italianas, llenas de religiosidad y de sentimiento hacia la madre perdida en la niñez. Un canto a la primavera en el Eco del Comercio del 1.º de mayo de 1858 (recogido en *Auroras*) es la contribución poética de Neda a la gongorina "estación florida" tan exaltada por los autores de todos los tiempos.

El profesor Sánchez Robayna en su estudio, que citamos en la bibliografía, pág. 120, advierte que Fernández Neda en la *Epístola a Francisco María de León*, incluida en *Auroras*, hace una especie de parodia de la composición, *Mi paseo solitario de primavera*, de Álvarez de Cienfuegos (1764-1809), pero una lectura atenta nos avisa que, tal vez aluda Neda a otra composición de Cienfuegos, *La primavera*, muy hermosa dentro de su estética prerromántica: "¿Quién parte con veloz huida / ante la nube, que con marcha lenta / por la aérea región se va tendiendo? / Es Favonio, que a Ceres la venida / anuncia de la plácida opulenta / lluvia sutil".

Es posible que, dentro de una ironía suave, muy poco romántica, ayuda a ello Neda:

El beso que da Céfiro al capullo,
de quejumbrosa tórtola el arrullo
y como sale el sol por el Oriente.

De todos modos, la sátira positivista de su tiempo del tanto por ciento y de "la suave y fecunda cochinilla / que por oro se trueca en el mercado", sitúa a Fernández Neda muy lejos de la poesía de Cienfuegos.

En febrero de 1859 interviene nuestro poeta en la brillante despedida que el Casino de Tenerife hace al Capitán General, D. Narciso de Ameller, al recitar unos versos alusivos al General, a las fiestas y a las bellas (Eco del Comercio del día 23) y en 6 de abril publica el mismo periódico el poema *A la rosa*, que figura en *Auroras*. El 4 de mayo de ese año, también en el Eco, aparece una sentida composición que Neda dedica a la muerte de la joven poetisa Fernanda Siliuto.

En ese año de 1859 se edita en Santa Cruz la leyenda poética y cómica *El Doncel de Mondragón*, obra de tres autores: Aned-Nalif-Ringame, que encubre los apellidos Neda-Final y Guimerá; se trata de amigos poetas y coetáneos: Fernando Final (1832-1870) y Agustín E. Guimerá (1833-1903). Una sabrosa anécdota de sociedad, que recoge D. José Olivera (1806-1863) en su diario *Mi álbum. 1858-1862*, sobre la accidentada boda de Indalecia Benítez de Lugo (1824-1897), con D. Esteban de Aragón y Soriano, sirvió a los tres autores para versificar en términos de parodia el suceso (Vid. *Mi álbum*, de Olivera, Instituto de Estudios Canarios, 1969, págs. 176-189).

Para D. José Olivera, el joven Martín Neda, "verdadero genio poético", tiene en la obra "la mayor parte". Efectivamente, las quintillas y comienzos del libro octavo muestran la huella del poeta orotavense. Una de las zorrillescas estrofas del aludido libro octavo y que dice:

El viento murmuraba entre el follaje
del jardín del convento, tristes notas,
y en el ancho tazón lloraba perlas
una fuente sonora

ofrece una imagen poética que el autor usará en las seguidillas dedicadas a su hermano Manuel:

La poesía es fuente
que perlas llora

(*Auroras*, pág. 75)

y en el *Canto a la primavera*:

La fuente cristalina
vierte sus perlas.

(Ídem, pág. 4)

En septiembre de 1859 sale Fernández Neda con su hermano para Alicante y desde allí van a Madrid, con objeto de seguir carrera. Ya en Madrid, la toma de Tetuán por las tropas españolas en 1860 le inspira el romance *Improvisación* (Eco del Comercio del 3 de marzo de 1860) y el 3 de noviembre de tal año, el mismo periódico publica *Recuerdos de la patria*, que incluirá en *Auroras*.

En septiembre de 1861 publica, asimismo, en el Eco del Comercio del día 28, fechado en La Orotava, otro romance, también a la patria, que comienza: "Es la patria el árbol santo" y la redacción de Eco saluda al poeta con motivo de su regreso a Tenerife, desde la corte, "donde le han retenido sus estudios". No sabemos cuándo regresó, de nuevo, a Madrid. En 1865 sale en esta capital su único libro, *Auroras*, con prólogo de Carlos Caro y dedicado "al marqués de Sardoal, amigo y compañero del autor". En ese año, Pérez Galdós le dedica un trabajo en La Nación, de Madrid, al que aludimos en la Bibliografía.

En abril, octubre y diciembre de 1879, Neda escribe unas crónicas desde París, tituladas *Les Etoilles*, publicadas en la Revista de Canarias, de Santa Cruz (8 de noviembre y 8 de diciembre de 1879 y 8 de febrero de 1880), Neda se refiere en ellas al mundo famoso de las grandes artistas y al naturalismo literario de Zola, que censura. El poeta nos informa que ha visitado Suiza, el Mediodía francés y la Costa Azul.

Fernández Neda se casó con Carmen González del Castillo, que inspiró al poeta finas composiciones dedicadas a ella, unas, y alusivas, otras, pero presente la amada en casi todas. Carmen hacía versos y publicará, ya casada con Neda, dos poemas en la Revista de Canarias; uno titulado *Ayer y hoy*, del 8 de mayo de 1879, y otro, *Mi ventana*, en airosas seguidillas, muy de moda por entonces, el 8 de agosto del mismo año y también en la citada revista.

El poeta dedicó a su amada el soneto que comienza "Gozo tanto en mirarte, que me olvido", coleccionado en la antología de Narciso Díaz de Escobar y Joaquín M.^a Díaz Serrano: *Los mejores sonetos de España y América*, Barcelona, Edit. Maucci [s. a.], pág. 130, incluido en *Auroras*; el soneto de Carmen, que le contesta airada, o mimosa, también lo reproducimos.

Fernández Neda se referirá varias veces a una coqueta y voluble Leonor, pero vuelve siempre al hondo amor de su vida y en una de las últimas composiciones de *Auroras*, titulada *Delirium*, escribe:

¿Murió nuestra pasión, o está escondida
cual tempestad rugiente,
en el revuelto mar de nuestra vida?
¡Oh, ya veo la nube estremecida,
el rayo encadenar sobre tu frente!

.....
Lo que te adoro
tu corazón lo sabe.

En cuanto a los temas cultivados, Neda escribe, según hemos dicho, poemas a la patria isleña, así como dedica una atenta mirada al folklore tradicional; tal es el aludido romance a la fiesta de San Isidro, que el poeta estima "cuadro de costumbres de las Islas Canarias", con referencias a la raza indígena, a la conquista, al 25 de julio, a los bailes insulares, romance que comienza y termina con el

Jupa la japa-lomita mía,
Jupa la japa-que viene el día.

Se trata de un responder o arcaico estribillo de enigmático fonetismo. Elfidio Alonso Quintero, en *Folklore canario*, Edirca, Las Palmas, 1985, págs. 128 y 134-135, relaciona el misterioso "jupa la japa" con una canción de alba o de amanecer y el término "jupa" como voz hebrea usada en sentido de himeneo o coyunda; parece ser que es en Neda donde mejor se conserva la versión.

El poeta orotavense, buen lector de Zorrilla, se siente atraído por el poema corto de Campoamor: *Un rayo de gloria*, *La espina* o *¿Qué es el amor?*, etc., son baladas que

encajan en las doloras del poeta asturiano. Fernández Neda se suma, en Madrid, a los jóvenes poetas que admiraban la poesía del *lied* alemán, del poema corto nórdico, melancólico más que triste, si bien el tedio y la amargura de cuño romántico —motivo del *Día de Difuntos*— no falta en su obra, pero su manera de tratar la luna, por ejemplo, es ya satírica y burlesca, tan lejana a los arrebatos de la primera hora; su sátira recuerda el aspecto filosófico-satírico de Campoamor y sus poemas *La verdad en el espejo* y *Una historia de amor* manifiestan los tiempos en los que ya se ha estrenado *El tanto por ciento*, 1861, de López de Ayala (1828-1879) y *Lo positivo*, 1863, de Tamayo y Baus (1829-1898). El propio Neda dirá a su amigo León Morales:

Haciendo abstracción del pleonismo
llamemos pan al pan y vino al vino...

Entraba, pues, el auge de una literatura que podemos llamar positivista y, en cierto modo, opuesta a la anterior, pero Neda es un poeta lírico, sobre todo; cultivador del romance, si exceptuamos el titulado *El hijo del guardabosque*, que es un romance narrativo, los demás son subjetivos, líricos.

En las primeras composiciones de *Auroras*, que no recoge todas las que el poeta escribió, Neda está más cerca de los grandes románticos y de sus temas; el poema que dedica a la poetisa Victoria Ventoso (1827-1910), citada, recuerda mucho las brillantes estrofas de Zorrilla a Moraima en el libro octavo del gran poema, *Granada*. Escribe Zorrilla: "Tórtola blanca de azulados ojos", y en idéntica versificación, Neda: "Tórtola de los bosques seculares"..., pero en la segunda mitad del libro, los "suspírillos germánicos", como despectivamente decía Núñez de Arce (1834-1903) llenan por completo los versos del tinerfeño. La traducción que de Heine (1797-1856) hizo Eulogio Florentino Sanz (1822-1881), el gran amigo de Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870) al castellano, influyó no sólo en el autor de las *Rimas*, sino en muchos de los poetas de la época y las baladas y los *lied* germanos, escandinavos, y, en general, la poesía nórdica, impera entre 1857 y 1870, como contrapuesta al orientalismo de los primeros maestros románticos. La última parte de *Auroras*, por tanto, se integra casi con imitaciones de Goethe (1749-

1832), de Klopstock (1724-1803), de Lud Uhland (1787-1862) y Emanuel Geibel (1815-1894), alemanes; del danés Gottlob Oehlenschlaeyer (Olearius) (1779-1850), o del sueco Erick Stagnelius (1793-1832), el malogrado bohemio; lo probable es que Neda leyera poemas de tales autores en revistas o libros franceses, pues tal vez desconociera las lenguas alemana, danesa o sueca. De los poetas franceses, Neda tradujo composiciones de Víctor Hugo (1802-1885), Lamartine (1790-1869) y Musset (1810-1857); en contacto con la generación becqueriana, nuestro poeta no es un canario rezagado, sino que se incorpora a la poesía imperante en España, a partir de la década de los sesenta del pasado siglo.

BIBLIOGRAFÍA

A) OBRAS DE RAFAEL M. FERNÁNDEZ NEDA

El doncel de Mondragón [en colaboración]. Leyenda diabólico-fantástica, joco-seria y agri-dulce, histórico-caballeresca del siglo XVII. Santa Cruz de Tenerife. Imprenta y Litografía Isleña de D. Juan N. Romero, 1859, 144 págs.

Auroras. Poesías. Madrid. Librería de San Martín, Puerta del Sol, n.º 6. 1865. Imp. de J. Peña, calle del Rubio, 35. 308 págs.

Auroras. Selección en Biblioteca Canaria. Santa Cruz de Tenerife, s. a. [1940], 114 págs.

El balcón del chanfre. La cruz quemada. El Valle de La Orotava. Biblioteca Canaria. Santa Cruz de Tenerife, s. a. [1940], 62 págs.

B) SOBRE MARTÍN NEDA

Benito Pérez Galdós: *De un canario a otro canario*, en *La Nación*, Madrid, 1865, reproducido en *El Ómnibus*, de Las Palmas, y recogido, en parte, en la citada selección de *Auroras*; el trabajo lo reproduce íntegro, J. Schraibman en *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 9, 1963.

Sebastián Padrón Acosta: *Poetas canarios*, citado, págs. 150-177.

Andrés Sánchez Robayna: *Poetas canarios románticos*, citado, págs. 120-121.

Nuestra Antología: Los poemas aquí seleccionados figuran en el libro *Auroras*, excepto el que comienza "Es la patria el árbol santo", publicado en el *Eco del Comercio*, n.º 979, del 28 de septiembre de 1861 y que Leoncio Rodríguez incluyó en la selección que publicó de *Auroras*, en su Biblioteca Canaria.

A CARMEN

Soneto

Gozo tanto en mirarte, que me olvido
de lo mucho que sufro con no verte,
y vivo con tu vida de tal suerte
que me figuro que antes no he vivido.

Tu amor el rayo fulgurante ha sido
que dio aliento vital al pecho inerte:
el ángel eres que arrancó a la muerte
la vaga sombra de mi bien perdido.

No hay un solo recuerdo en mi memoria
que no te pertenezca; un pensamiento
que tú no inspires, y te adoro tanto,

que no envidio la dicha de la Gloria
mientras guarde la fe de un juramento
que por ser de tus labios es tan santo.

**CONTESTACIÓN AL ANTERIOR SONETO
POR LA SEÑORITA D.^a C. G. DEL CASTILLO**

Soneto

"Gozo tanto en mirarte"... ¿Por qué mientes?
¿Acaso ignoro yo que has olvidado
hasta el recuerdo del placer pasado
y que la dicha del amor no sientes?

¡Que no amas sino a mí! Los Inocentes
pasaron; pero el labio desgarrado
no mentirá el amor que te ha jurado;
tú juraste también, mas te arrepientes.

¡Mi pobre corazón, cuánto has sufrido!
Pero, Señor, ¿qué es esto?... Estoy llorando
y del perdido amor cuentas le pido.

¡Qué niña soy! El sueño va pasando.
¡Qué triste despertar! ¡Cuánto he dormido!
y no me agrada ya vivir soñando.

DORMIDA

¡Qué dicha siento al verla! Su lánguida cabeza
sucumbe de un ensueño al mágico sopor.
Delirios virginales realzan su belleza,
pintando en sus mejillas las tintas del amor.

Estático y ansioso contemplo en mi embeleso
las niñas de sus ojos que aún brillan para mí,
y el nido que en sus labios encierra el casto beso,
que al murmurar mi nombre frenético le di.

Envuelve la esperanza con nubes perfumadas
sus tiernos pensamientos y adormecidos ven
espíritus errantes que fijan sus miradas,
que lágrimas de amores derraman en su sien.

Murmuro mis cantares para arrullar su sueño,
y voy en sus cabellos mis labios a posar,
y busco sus pupilas con amoroso empeño,
y quiero en mis delirios los suyos descifrar.

Colócome a sus plantas con el afán del niño
que anhela de su madre el celestial calor;
y en vívidos raudales las fuentes del cariño
por mis mejillas vierten el llanto del amor.

¡Oh! Duerme mientras pongo mi noble sentimiento
al pie de los altares que a la pureza alcé.
¡Oh! Duerme, que tu hermano respirará en tu aliento
el vaporoso incienso de inmaculada fe.

Si acaso en los delirios del sueño que te encanta
la inquieta sombra cruza de mi amoroso afán,
los velos de tus ojos benévola levanta...
Yo sé que tus miradas las mías buscarán.

RECUERDOS DE LA PATRIA

*Los besos más ardientes
huyen como sueños, y la
felicidad como un beso.*

GOETHE

Como el perfume apacible
que, de fresca brisa en alas,
la risueña primavera
sobre la tierra derrama,
vienen en rápido giro
los recuerdos de la patria
a embalsamar con su aroma
las emociones del alma.

El pobre que un día entero
por ganar su pan se afana
cavando la dura tierra
que humedece con sus lágrimas;
al ver el sol que desciende
tras las agrestes montañas;
al oír las tristes notas
de la argentina campana
que en la solitaria torre
la oración nocturna canta;
al contemplar en la puerta
de la rústica cabaña

a su familia amorosa
con fervor arrodillada,
al cielo eleva sus preces,
dando rendido las gracias
por el pan de cada día
que con su trabajo gana.
Limpia el sudor de su rostro;
de sus fatigas descansa,
y sus pesares olvida,
y su espíritu se embriaga
con las afecciones tiernas,
con las emociones santas
del hogar y la familia
en tranquila confianza.

Así el mortal que, afanoso,
el terrible peso arrastra
del dolor y el infortunio
que su existencia desgarran;
infatigable viajero
en el mar de la esperanza,
donde sin rumbo camina
que le lleve a amiga playa,
tras la sombra del deseo
desvanecida al tocarla;
en esas horas tranquilas
llenas de memorias gratas,
que, como brisas de mayo,
llevan aroma en sus alas,
los mil recuerdos invoca
de la niñez y la patria.

¡La patria!, nombre bendito;
sonoro como del aura
el vaporoso murmullo
entre las frágiles cañas;
dulce cual beso primero
que tiembla en la boca amada;
tierno como las canciones

que arrullaron nuestra infancia;
que ansioso el mortal pronuncia
y escrito lleva en el alma;
que el tiempo voraz no borra,
ni disipa la distancia,
ni en la ventura se pierde,
ni se olvida en la desgracia.

Por las espumantes olas
del Atlántico arrulladas,
como seductoras ninfas
que en sus cristales se bañan;
verdes oasis que brindan
tranquilo refugio al nauta
que desde el un continente
a otro continente pasa,
decúbrese entre las brumas
las Islas Afortunadas.
Mas ¡cuánto cambian los tiempos!
¡Cuán presto las dichas pasan,
la felicidad se pierde
y la ventura se gasta!
Hoy sólo quedan recuerdos
de nuestras glorias pasadas;
que la inconstante Fortuna
no vela, no, por mi Patria.

¡Recuerdos! Benditos sean
esos efluvios del alma,
que el sol de la fantasía
desde su seno levanta;
rocío que del presente
fecunda la tierra ingrata;
luz de múltiples colores
que, en vistoso panorama,
los pasados cuadros pinta,
los monumentos restaura,
los nobles hechos renueva,
las muertas glorias ensalza,

y hasta el seco polvo anima
que las sepulturas guardan.

Vuela, pensamiento, vuela;
surca la inmensa distancia
que de los sitios queridos
en donde nací me aparta.
El regio Teide su frente
sobre las nubes levanta
para señalarte el rumbo...
Sigue, salúdale y para
junto al valle pintoresco
que se descubre a sus faldas,
y en ese apacible nido
de frescas rosas descansa.
¡Dichoso, tú, pensamiento!
Bien haya el cielo, bien haya,
que animó la ruin escoria
con su benéfica llama;
que le dio el rápido vuelo
con que se remonta el águila,
y le franqueó los límites
del tiempo y de la distancia.
¡Dichoso tú, pensamiento!
¡Quién en tus alas volara
a respirar el ambiente
fresco y puro de la patria!
¡Cuán tranquila la existencia
en estos sitios resbala
como cristalina fuente
perdida en la verde grama!
¡Cuán ajena de rencores,
y de ambiciones bastardas,
y de amistades hipócritas,
y maledicencia infausta!

Aquí las esbeltas torres
del cristiano templo se alzan
en donde bañó mi frente

del sacro bautismo el agua;
donde mis labios de niño
repetieron las palabras
de las oraciones tiernas
que mi madre pronunciaba.
Allí está el soto sombrío
en donde el arroyo mana
y entre guijas se despeña
en anchas cintas de plata.

Como el vapor transparente
que, al despuntar la mañana,
sobre las verdes colinas
onduloso se levanta,
al calor de la pasión
allí tendieron sus alas
dorados sueños de amores
que el espíritu embriagaban.
¿Por qué la Virgen del Valle
a las praderas no baja
a recoger azucenas,
menos que su rostro blancas?
Aún la veo en mis delirios
y creo oír sus palabras,
y embriagado de ventura
arrodillarme a sus plantas.
Allí entre aquellos cipreses
una cruz escueta se alza,
que lleva escrita la fecha
de mi primera desgracia.
A su pie derramé flores
con mis lágrimas regadas...
¡Pobres flores!... ¡pobre madre!
¡Allí sus restos descansan!...

Aquí el pensamiento mío,
entre nubes de oro y nácar,
creyendo un Edén el mundo,
alegre y libre volaba.

Allí deliró con glorias,
y suspiró por sus galas,
y anheló triunfos mentidos,
y creyó promesas falsas.

Días, venturosos días
que borda de oro la infancia,
y el sol de las ilusiones
con brillantes tintas baña.
¡Cuán presto llegó la noche,
la faz en sombras velada!
¡Noche cada vez más triste!
¡Noche cada vez más larga!
Ya no lucirá en los montes
la aurora de la esperanza,
que si brillara entre sombras
fuera a mi anhelo más grata.
¡Días, mis días queridos,
cuyos recuerdos halagan
las amarguras de hoy,
los delirios del mañana!
El bien perdido no vuelve
y en más se estima si falta...
Cenizas mis glorias son
que el viento furioso arrastra.

Dicen que borra el olvido
las afecciones más caras;
que las memorias las piedras
mejor que los pechos guardan
y que por eso en las tumbas
queridos nombres se graban...
En el osario del mundo,
de mis muertas esperanzas,
sobre un sepulcro de tierra
recuerdo vivo es el alma,
y allí grabado está el nombre
de mi inolvidable Patria.

LA FIESTA DE SAN ISIDRO

Romance de ciego

Cuadro de costumbres de las Islas Canarias

Jupa la japa,
lomita mía;
jupa la japa
que viene el día.

I

Aldeanos, aldeanos,
bajad de vuestras colinas
que en el templo alborozadas
ya las campanas repican:
Marchemos a solazarnos
en las fiestas de la Villa
que, si la fama no miente,
serán como nunca vistas.
Luzcan sus galas las mozas;
cúbranse con la mantilla
y el sombrerico de palma
adornado de ancha cinta.
Vengan los fornidos mozos
con sus vestiduras ricas
y sus varas de avellano
con flotantes banderillas.

Pongan las madres sus tocas
y sus preseas de niñas,
y los ancianos sus capas
guardadas para estos días.
Resuenen las panderetas
y ándense las manos listas
repiqueteando los dedos
para acompañar la isa;
rasgueando las guitarras,
punteando las bandolinas.
Canten festivos romances
las viejas marisabidas
de galanteos de antaño,
desconsuelo de las chicas:
Los viejos, de tradiciones
de las costumbres antiguas;
de la fuerza de los guanches;
las guerras de la conquista,
y la rota del "Inglés"
codicioso de estas islas;
y el coro alegre responda
mientras el vate se inspira:

Jupa la japa,
lomita mía;
jupa la japa
que viene el día.

II

Vamos al llano, muchachas,
que ya sale de la ermita
el glorioso Isidro, honra
de la coronada Villa.
Ya asoman los estandartes,
y los viejos que este día
han de sortear la yunta
que en nombre del Santo rifan.

Ya salen en dos hileras
niños de la gente rica,
vestiditos de pastores
que dan al amor envidia;
ya salen sembrando flores
con que la calle entapizan,
y dulces que los muchachos
arrebatan entre riñas.
Ya asoma el Santo, ya asoma,
¡eh! muchachas, de rodillas:
pedidle vosotras novios
y que dore las espigas,
mientras ansiosos rogamos
porque nos vuelva las viñas
que nos daban con su jugo
nuestro pan de cada día.
Ya pasa el Santo, ya pasa;
vamos siguiéndole, chicas,
hasta el templo, reverentes,
para oír la Santa Misa
y el sermón; ¡pues ahí es nada
el padre que lo predica!
¡Oh! qué hermosa está la iglesia
con tanta vela encendida,
y arcos de ramaje, y flores,
y banderas y cortinas.
Suenan los cantos sagrados;
brota la orquesta armonías,
y del oloroso incienso
ondulantes nubes giran.
Vamos a ver a los pobres
que les dan un pan de a libra
y los visten y los calzan
en celebridad del día.

III

¡Qué animado está el paseo!
¡Cuánta gente!... ¡Dios me asista!
Y ¡vaya un lujo!, comadre;
¡y qué mujeres tan lindas!
Mirad un cordero blanco
que se rifa entre las niñas,
galán con cuernos de oro,
luciendo lazos de cintas.
¿Qué sucede en aquel sitio
que tanta gente se apiña?
¡La lucha!, allí están los mozos
más pujantes de la isla.
Vámonos, compadre, vámonos,
a mirar a los que lidian;
que no será buen patriota
quien sus costumbres no estima.
Quedaos aquí, muchachas,
y ved do ponéis la vista,
que rosas de galanteos
tienen aromas y espinas;
no abráis oído a lisonjas,
porque son mala semilla
y pueden dañar el campo
donde virtudes crecían.

IV

Es ya noche; de las ramas,
que suave mece la brisa,
penden guirnalda de flores,
y hay antorchas infinitas,
y fuegos artificiales
para recrear la vista.
Alegres músicas suenan,
y los bailes se improvisan,

donde la gente aldeana
baila, entre cantos y risas,
bien el tango guanchinesco,
o el fandango, o las folías.
No os dejéis ceñir, muchachas,
si no es en la Vicaría
con lazos que no se rompen
y abrazos que fortifican.
Nunca olvidéis que el pudor
es la fuente cristalina,
cuyas aguas son espejo
en donde el alma se mira.
Retirémonos, que es tarde,
a nuestras chozas tranquilas,
donde la pobreza y honra
en sagrada paz habitan,
y no echa el odio veneno,
ni rencor siembra la envidia;
vamos cantando, muchachas,
mientras el cantor se inspira:

Jupa la japa,
lomita mía;
jupa la japa
que viene el día.

ROMANCE

Es la patria el árbol santo
en cuyas ramas anidan
las aves de los recuerdos
que cantan pasadas dichas.

Es el jardín donde crecen
las vistosas florecillas
de olorosas esperanzas,
ilusiones purpurinas,
y pensamientos de oro,
y afecciones siempre vivas.

Es la fuente bullidora
que brota de la colina
e inquieta como el deseo
por los anchos prados gira,
y desalentada corre,
y se despeña ente guijas.

La palmera a cuya sombra
jadeante se reclina
el afanoso viajero
del desierto de la vida;
la estrella que el marinero
sigue con ansiosa vista,
cruzando en su frágil leño
por una mar intranquila...

Patria, patria, dulce nombre
que nunca el mortal olvida
ni cuando llora sus penas,
ni cuando canta sus risas:
sacro fuego que en el pecho
inextinguible germina
y alumbra su santuario
cual la lámpara votiva
que ante las aras del templo
la piedad tiene encendida.

¿Quién ¡ay! de su madre ausente
no recuerda sus caricias
y aquel amante desvelo
con que nos guarda y nos mimas?

¿Dónde hay cariño que borre
el cariño que ella inspira,
ni hermosura que la iguale,
ni afecciones que la rindan?

¿Quién lejos del bien que adora
puede recrear su vista,
lleno el corazón de penas
y de llanto las pupilas?
Corran sus amargas fuentes
por mis pálidas mejillas
que sin el perdón del cielo
no veré la madre mía,
quien el mundo del dolor
dejó, y el del bien habita;
pero otra madre me resta,
la Patria donde a la vida
abrí mis ojos y en donde
reposarán mis cenizas.

Dicen que ausencia aquilata
las afecciones sentidas,
y que del perdido bien
en más el valor se estima,
y esta verdad dolorosa

mi ánimo triste confirma,
que en ausencias he llorado
los recuerdos de mis risas.
¡Oh!, cuántas veces mis votos
confié a las rápidas brisas
cuyas alas transparentes
la traidora mar salpica
y han ahogado entre sus olas
sin arribar a estas islas.

Mas en cambio nada iguala
la venturosa alegría
del que retorna a su patria
y su sacro suelo pisa.
Brotan del nido del alma
las ilusiones benditas
que vuelan alborozadas
cual viajeras golondrinas
que vuelven a sus montañas
al ver la estación florida.
Las rosas de los recuerdos
abren su corola erguida
y en el ambiente suave
derraman su esencia rica.
El cielo se viste galas,
brota la selva armonías
y alborozados despiertan
los ecos de las colinas.
La firme amistad acude
con halagüeña sonrisa,
y el mudable amor suspende
sus saetas vengativas.
Allí aguarda en el hogar
el calor de la familia,
y hasta al oír en el templo
que las campanas repican
se figura nuestro afán
que nos dan la bienvenida.

Fresco valle perfumado
que el cano Teide domina
con su corona de llamas
y sus vestiduras níveas,
risueño como el semblante
de sus seductoras hijas
a cuyas plantas de flores
extiéndese alfombra rica;
apacible como un sueño
que brota en la fantasía
al grato y naciente fuego
que el dulce amor vivifica;
valle gentil donde el cielo
sus rectos dones prodiga,
nunca la fortuna airada
aparte de ti la vista,
ni llores como yo ausencias
alejado de estos climas,
donde alegre la existencia
y armoniosa se desliza
cual débil rayo de luna
sobre las aguas tranquilas.

LA ESPINA

Balada

Laura: ¿qué tienes?

—No sé.

¿Por qué estás triste?

—Lo ignoro.

Pero tú lloras...

—¡Ay! lloro

sin saber, madre, por qué.

Todo mi mal está aquí.

¿En dónde?

—En mi corazón.

Hija: sus latidos son

¿de amor acaso?

—Sí, sí

¡Laura, Laura!

—Es un dolor

de grata melancolía.

Ojalá nunca, hija mía,

supieras lo que es amor.

—Esta rosa purpurina,

hoy un mancebo me dio... ¡Ay!

¿Qué tienes?

—Me picó,
al darle un beso, una espina.
¡Oh! para siempre la calma
de tu existencia perdiste...
Cuida que el amor ¡ay, triste!
No clave un dardo en tu alma.

NICOLÁS ESTÉVANEZ MURPHY
(1838-1914)

"Parecía —escribió Pío Baroja de Nicolás Estévez— un militar francés del segundo imperio". La figura de nuestro paisano es, sin duda, de las más atractivas del siglo XIX, de tal manera que ha resultado un personaje. Estévez era esencialmente un político, un librepensador, casi anarquista, a fuer de pensamiento independiente; militar de carrera, la que abandonó por cuestiones de conducta personal y convicciones políticas.

Don Nicolás fue republicano de toda la vida, parte de la cual cuenta en sus valiosos *Fragmentos de mis memorias* (publicados en esta Biblioteca Básica Canaria), uno de los documentos más sinceros e importantes del XIX español; en esas memorias el autor se refiere brevemente a su niñez, vida militar, a su intervención en la guerra de África, en la toma de Tetuán (1860), a sus destinos en la Península, Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba. Para informarse de las andanzas de este hombre tan singular es imprescindible la lectura de la obra de Marcos Guimerá Peraza, titulada: *Nicolás Estévez o la rebeldía*, así como de las *Cartas*, del propio Estévez, editadas también por Guimerá Peraza.

Estévez salió por primera vez de Tenerife para ingresar en la Escuela Militar de Infantería, en Toledo, entonces en el Palacio u Hospital de Santa Cruz, con catorce años, a fines de 1852, y regresa, con permiso, a los diecinueve, en 1857, con objeto de pasar la primavera con su familia; tras el permiso, regresa a su destino militar, y no vuelve a Tenerife hasta 1862, el año que murieron sus padres, a quienes vio por última vez en 1857. Nicolás tenía veinticuatro años en 1862 y es en agosto de ese año cuando regresa a la

isla y vive con sus hermanos, en la casa de Geneto, lo que resta de año hasta abril de 1863, en que vuelve a la Península, por Barcelona. Es curioso que Don Nicolás no aluda para nada a la epidemia de fiebre amarilla que asoló la ciudad de Santa Cruz, de octubre de 1862 a febrero de 1863; su hermano menor, Patricio, en cambio, dejaría sentidas páginas sobre la epidemia.

Nicolás vuelve, dentro del año 1863, de nuevo a Tenerife, destinado al Batallón de Cazadores de Antequera; regresa por Cádiz a la isla, desde donde vuelve a Cádiz en breve comisión de servicio. Y ya en julio de 1864 su batallón es destinado a Puerto Rico; tras corta estancia allí, parte con su tropa a la campaña de Santo Domingo, en 1865; pasa después a Cuba y en esta isla obtiene permiso para ver a su familia: sus hermanos, Paco y Diego, mueren en 1866, luego su hermana Isabel; Nicolás sólo puede llegar a Geneto a fines de ese trágico año para los Estévez; en febrero de 1867 muere la última hermana, Cristina, musa platónica del cincuentón D. José Olivera (1806-1863). De la familia Estévez no quedan más que Nicolás y Patricio, quien contará, desolado, la despedida que a su hermano hizo, al incorporarse éste a su destino en ese año de 1867; tenía veintinueve años y Patricio, diecisiete. Nicolás no volvería a vivir en Tenerife, que sólo visitará, de paso a La Habana, en 1906.

Nos interesa ahora de nuestro autor su creación poética y si nos detenemos en el tiempo que vivió en la isla, o sea, hasta sus catorce años; unos meses primaverales de 1857; unos nueve de 1862 a 1863, cuando hace excursiones con sus hermanos a Punta del Hidalgo, donde los recibía el anciano Don Miguel Cullen, a Valle Guerra o a La Orotava, y luego, tras intervalo peninsular, cuando vive, destinado en su batallón a Santa Cruz; por agosto de 1863 sube al Teide, que finalmente describe, con sus amigos de la tertulia de la calle de la Noria... Es por la época donde el paisaje tinerfeño, los "barrancos profundos y pedregosos", los pastores, la cima de los montes, las costas y los riscos impresionan su alma; tales visiones, actuando en su sensibilidad, así como unas lecturas no muy detenidas a Viana y a la *Historia* de Viera y Clavijo, le proporcionan información para construir una poesía

desigual, pero con unos aciertos y una emoción sin duda únicos.

Nicolás Estévez se encuentra un acerbo poético y unos sentimientos regionales que habían sido abordados por los poetas románticos isleños y antes aún, como sabemos, por el prerromántico Graciliano Afonso (1775-1861), cultivador de temas específicos de Canarias, como los del mar, el Teide, el 25 de julio y una interpretación de la Conquista, negativa para el invasor, como harían también muchos poetas americanos de nuestra lengua con los indígenas de su tierra, aparte el cultivo que Afonso hace de la leyenda canaria, y en esta senda siguen los románticos propiamente dichos, como ya hemos apuntado, tal una Victoria Ventoso (1827-1910), o un Ignacio de Negrín (1830-1885). Los temas regionales no comienzan, pues, con la poesía de Nicolás Estévez, como sin fundamento se ha escrito, porque ya estaban trazados y abordados; jamás cantó Don Nicolás a La Laguna y es absurdo considerarlo como un poeta de la ciudad, la que, por supuesto, no tuvo escuela literaria que la caracterizara. La Laguna, repetimos, ha sido nada más y nada menos que numen u objeto para ser cantado, término lírico, pero insistimos que hablar de escuela de La Laguna, carece de base seria y menos el incluir en ella a un poeta como Nicolás Estévez.

En los libros de poesía, *Romances y cantares*, *Confidencial* y *Rastros de la vida* (prosa y verso), Estévez, entre muchas composiciones de diversos asuntos, cultiva las referidas a temas propios isleños como cantos a Santa Cruz (*En la patria*, 1857, y el romance *A Santa Cruz*), al Teide (que fecha en 1862 en el vapor "Ciudad Condal"), a la isla y el paisaje (*A...*, en quintillas), o la evocación sentimental de la niñez en parte de sus *Ecos del alma*, fechada en Puerto Rico, 1864; al tema del 25 de julio, es decir, *A Nelson*, 1871, o amplias alusiones al mar en el poema *Capricho*: "el mar que meció mi cuna / y mi tumba cubrirá", de 1874; todas ellas insertas en *Romances y cantares*.

Pero la más notable de sus composiciones regionales (que también recoge el citado libro) es el famoso poema en siete cantos, titulado *Canarias*, que apareció en Revista de Canarias, n.º 2, del 23 de diciembre de 1878, en diversos metros:

serventesios, seguidillas, romance octosílabo y heroico, o de endecasílabos, y en endechas reales, conforme a la polimetría de los románticos. Ya Sebastián Padrón Acosta, en su estudio sobre el poeta, destacó el primero y séptimo de los cantos como los mejores de *Canarias*.

Efectivamente, la descripción colorista del paisaje que comienza con el verso: "Un barranco profundo y pedregoso", de tanta fortuna entre los poetas posteriores de nuestro realismo ochocentista, constituye un acierto. En los cantos que siguen a este primero, Estévanez hace un recorrido, desde el normando Betancur al "poderoso Lugo", de la historia canaria, para falsearla, como la falsearon Graciliano Afonso y los románticos.

Aparte al anacronismo que comete Don Nicolás al atribuir flechas y aljabas a los guanches (canto III), ya señalado por Padrón Acosta en su estudio (pág. 110), Estévanez, que introduce al Teide como personaje animado, para darle tonos épicos a su poema, se inventa una pasión del general Lugo por la indígena de Gran Canaria, Guayarmina, la cual, apartándose de los "impuros brazos del gallego", lo rechazó y prefirió la muerte. Ni Lugo, a pesar de su apellido, era gallego directo, sino andaluz de Sanlúcar de Barrameda, ni tuvo nada que ver con Guayarmina, hija, al parecer, de Thenesort GuadartHEME, según el historiador Don Pedro Agustín del Castillo (1669-1741), en su *Descripción*, terminada en 1739, y que es el primero en dar este nombre indígena para la que sería Doña Margarita Guanarteme, casada con Miguel Trejo Carvajal (Castillo: *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, Imprenta Isleña, 1848, págs. 141-142; en la edición de Miguel Santiago, Madrid, 1948-1960, tomo I, fascículo 2, págs. 401 y siguientes).

La actitud, pues, de Estévanez ante el conquistador es la ya tradicional del disparate histórico y la fantasía propia, sin otros valores que los poéticos, cuando éstos son tales.

De la más honda y emocionada poesía son las catorce endechas reales del canto VII y último del poema *Canarias*, donde el poeta define lo que es la patria y cómo es su espíritu, el del creador. Nunca Don Nicolás profesó entre las

huestes de la rivalidad habida entre las dos islas de mayor población, como se había venido precisando literariamente desde Cairasco y Viana. A Estévez le resbalaba el problema de la capitalidad porque no le importaban las capitales, aparte, claro está, que él, desde los veintinueve años, no volvió a vivir en su tierra. El poeta afirma que la historia le tiene sin cuidado, o sea el que la sangre de sus venas venga de Arabia, de los celtas, o de los godos; no cree en la Historia ni en los Estados, "que duran breves horas".

Estévez acertó al residenciar el sentimiento de la patria en la Geografía, en lo firme de la tierra: peña, roca, fuente, senda, choza, cumbre, isla, y frente al Mundo o Europa, el poeta achica, minimiza la extensión para trasmutarla en sombra de un almendro. No entendió esto Don Miguel de Unamuno en su libro *Por tierras de Portugal y España*, cuando escribió: "¡Pobre del que no tiene otra patria que la sombra de un almendro! ¡Acabará por ahorcarse en él!". Más adelante, en un artículo publicado en *El Sol*, de Madrid, el 20 de septiembre de 1931: *Comentario. El almendro de Don Nicolás Estévez*, que *La Prensa*, de Santa Cruz, reprodujo el 6 de octubre, Unamuno se refiere en él a lo que llama "almendreño" espíritu, menudo, casero y particularista, para explicar lo que no entendió, si bien no alude ahora al ahorcarse desde el almendro. Los jóvenes de *La Rosa de los Vientos*, en un manifiesto universalista, aparecido el 1.º de febrero de 1928 en *La Prensa*, proclamaban la supremacía de lo universal sobre lo regional y preferían el traje de marinero al del campesino; por eso colocaron las insensatas palabras de Unamuno al frente del manifiesto; tampoco entendieron ellos el sentido que daba Estévez a la patria; no era Don Nicolás regionalista, ni "almendreño" en el concepto que los jóvenes y Don Miguel pretendían dar a Estévez, el cual no profesaba un particularismo regional de campanario aldeano, sino un individualismo espiritual y romántico. En el poema *Capricho (Romances y cantares*, pág. 163), escribe:

Yo que por familia tengo
a toda la humanidad,
y el universo por patria
y por religión amar,
con el pensamiento fijo

en mi sublime ideal
todos los ríos adoro
que acoge en su seno el mar.

Lo que Estévanez llevaba en su recuerdo, lejos ya de la isla, aparte del almendro y su sombra, ¡su sombra sobre todo!, eran las rosadas auroras tinerfeñas, los montes, los barrancos, las playas y las olas. Lejos del pueblerinismo regionalista, chato y quisquilloso, Don Nicolás tenía un alma ancha, como la estela de su vida demostró; un alma que transformaba la patria en espíritu, memoria, cuna, ermita y fosa, elementos sutiles y puros. Lo que Don Nicolás define, como una vivencia nueva y personalísima, es que al radicar su patria en valores como peña, roca, fuente, choza, semejantes elementos simples cobran esencia universal, ya que pueden anidar en cualquier alma sensible de cualquier país del mundo, lo que no supo ver Unamuno ni lo supieron ver los jóvenes de La Rosa de los Vientos. El espíritu del poeta se proclama isleño y su patria una isla, unos riscos. Una isla idealizada más tarde en el poema *Confidencial*, de su librito *Musa canaria*, pág. 87, en el que el almendro familiar es hilo de amarre sutil entre la actualidad melancólica del poeta en 1900 y la juventud perdida. Estévanez ya sabemos que no volvió a vivir en las Islas, aunque aludiera al morir en ellas, junto al mar que meció su cuna. Lo mismo escribió Fernández Neda y tampoco volvió. Don Nicolás fue un viajero impenitente por diversos mundos; hombre de ideología universalista prefirió que su cuerpo, al morir, fuera incinerado. Parece ser que en París, en 1914, se cumplió lo que escribió en el poema *Mi último deseo* (en *Rastros de la vida*), pues no quiere dejar un futuro cadáver putrefacto, sino que encarga:

Dad mis cenizas al viento
en la orilla de la mar.

En el resto de los poemas dedicados a las Islas, en especial a la que él vivió en su niñez y juventud, por supuesto que profesa gran amor al paisaje, al Teide, al mar, a Santa Cruz, a la gesta del 25 de julio, y es indudable su influencia en los poetas tinerfeños posteriores, según muy bien advirtió Padrón Acosta. Estévanez, como los poetas

realistas, describe emocionados pormenores de paisaje en la línea de su contemporáneo Gaspar Núñez de Arce (1834-1903) y de Zorrilla (1817-1893); en algunas composiciones cortas, como *Las nubes* o *Suspiros*, se adivina, con facilidad, el recuerdo de Bécquer.

En el aludido librito, *Musa canaria*, que le editaron al poeta sus amigos de Santa Cruz, y sin duda su hermano Patricio, se recogen las poesías de temas insulares, como advertíamos; todas, menos las tituladas, *Mis banderas*, París, junio de 1893, y *Confidencial*, de julio de 1900, dedicada a su hermano, habían sido publicadas en *Romances y cantares*; respecto a los cantares, propiamente dichos o coplas, los once primeros están, asimismo, publicados también en *Romances y cantares*, no así los siguientes, ni las que se titulan *Coplas*, de las páginas 35-38, de *Musa canaria*.

Pero este gobernador y ministro de la primera República, cuya singular personalidad como tal y como escritor en prosa sobre diversos asuntos no es éste el lugar para ser tratado, sí conviene advertir que fue un versificador político y social, cierto que no fuera éste el aspecto donde sus dotes poéticas sobresalieran en demasía. Una buena parte del tan citado *Romances y cantares* contiene poemas del mentado carácter político; a saber: *Protesta*, que incluyó *Poetas canarios*, 1878, la antología de Mujica y que se reprodujo luego en la Ilustración de Canarias del 15 de marzo de 1883, es un canto a la libertad; *Toledo*, también publicado en la Ilustración del 15 de diciembre del mismo año, donde el poeta canta las glorias de la imperial ciudad, pero condena su fanatismo, "con cristos, brujas y cuentos"; el soneto al *Dos de mayo de 1808* exalta el sacrificio del pueblo, de los héroes Ruiz, Daoiz y Velarde, pero censura a Fernando VII: "Y al cabo triunfa el déspota cobarde". En *Delirios*, con veinticuatro años, Estévez se siente capaz de cantar todas las glorias militares posibles y acabar con todos los despotismos: "Y en el peñón de Gibraltar sangriento / clavaré la bandera española", pero son: "¡Delirios de soldado y de poeta / que sueña en la República española"; en *La Alcuza* se llega a la soflama destinada a sublevar la mansedumbre del obrero; *En la cárcel* es una alabanza a los que perdieron sus ideales después de la revolución de 1868, no tan "gloriosa" para él,

que desde la cárcel de Salamanca, en 1869, asegura, con optimismo:

Y después de la victoria
nuestros hijos crecerán,
bajo los gloriosos pliegues
del pabellón federal.

En la sierra es el título de un entusiasta romance en que el poeta lanza la vieja alabanza al monte y el anatema a la ciudad:

Pero que vengan al monte
si me quieren arrancar
el derecho de llamarme
socialista y federal.

En *El obrero* vuelve a profetizar, en exaltados extremos románticos, el triunfo de "la religión sublime del trabajo", cuando piensa que el trabajador "será dueño del mundo" y "luchando sin cesar por la justicia / puede el obrero trastornar el orbe". En estas y otras composiciones, el poeta versifica sus ideas, que dominan como tales, sin que les acompañe su calidad poética; en ellas, más que poeta, a derechas, Estévanez es el versificador que bordea el romance de ciegos. No faltan, por supuesto, algunas composiciones dedicadas a su futura esposa, otras de campechana simpatía; romances de tipo tradicional morisco: *Zelima y Abén-Abu*, muestras de gran amor por la tierra y patria grande española, como lo patentizan *Reminiscencias*, *España*, *Al pueblo español* y en *Mis banderas* proclama que "españoles y autónomos seremos / los africanos hijos de Canarias" y, más arriba: "La bandera española / será siempre bandera de mi patria", bandera que él desea ver junto a la "tricolor bandera de Canarias". Estévanez dedica poemas a Cuba, París, Marsella, etc., que manifiestan la diversidad de los afectos de un hombre que en el poema *Mi retrato* escribe su biografía en verso.

Como poeta, la cultura y pericia literarias de Estévanez no son grandes; algunas composiciones como *Las nubes*, *La noche*, *A una goleta*, que a Padrón Acosta le parece inspirada en la que Lope de Vega pone en boca de Don Fernando en

el acto III de *La Dorotea*; *Bajo una encina*, y alguna otra, puramente poéticas, son expresión de un creador romántico ya tardío, de tintes sentimentales y becquerianos. Estévez no entendió la poesía modernista, lo que se explica en su generación, y en sus últimos años; por eso hace una burla traviesa en *Moderniana*, 1903.

BIBLIOGRAFÍA

A) OBRAS DE NICOLÁS ESTÉVANEZ

No es fácil dar una relación completa de las obras de Estévez; a veces publicaba con seudónimo, como el libro *España. Impresiones de un viajero hispanoamericano en las Fiestas colombinas*, Madrid, 1892, que apareció bajo el nombre de Ático Selvas Zenón (letras que componen su nombre y apellido), o *Nuevos chascarrillos baturros*, Madrid, Administración del Noticiero, Guía de Madrid, s.a., por Caireles y León Fogoso, otro seudónimo; como traductor para la editorial Garnier, de París, figura bajo el nombre de "Miguel A. Pérez", según Don Luis Maffiotte; en algunos diarios firmaba "Estevanillo"; en el Diario de Tenerife, que dirigía su hermano Patricio, aparecía algún artículo con la firma de "Marcos Pérez de Buenavista", etcétera.

Mencionamos las siguientes, que no agotan las que publicó:

Romances y cantares, México, 1881. Tercera edición: París, Garnier hermanos, 1891. Biblioteca poética; carta-prólogo de Eduardo Benot.

La milicia, tipos y costumbres militares, sexta edición, Santa Cruz de Tenerife, Imprenta de José Benítez, 1883.

Nueva edición, Toledo, 1892.

La vuelta al mundo por un joven norteamericano, París, Garnier hermanos, 1887.

Curiosidades científicas domésticas, traducidas y arregladas del francés. París, Garnier hermanos, 1887.

El álbum de los niños, París, Garnier hermanos, 1889.

Cuentos y leyendas, coleccionadas por..., París, Garnier hermanos, 1892.

Los goces de la vida, París, Garnier hermanos, 1892.

Resumen de la Historia de América, París, Garnier hermanos, 1893.

Entretenimientos matemáticos, físicos, químicos, etc., París, Garnier hermanos, 1894.

Los juegos de la infancia, por un papá, París, Garnier hermanos, 1897.

Episodios africanos, París, Garnier hermanos, 1897.

Diccionario militar, con un vocabulario español-francés-alemán. París, Garnier hermanos, 1897.

Nociones de Geografía Universal, quinta edición, París, Garnier hermanos, 1897.

Calandracas, Barcelona, Antonio López, editor, s.a. [1898].

Las metamorfosis del siglo o el animal humano, París, Garnier hermanos, 1899.

Musa Canaria, Santa Cruz de Tenerife, Imprenta Isleña, 1900.

Fragmentos de mis memorias. Se comenzaron a publicar en el folletón de Los lunes del Imparcial, el gran diario de José Ortega Munilla, en 1899 y 1900, incompletas.

Segunda edición, pero primera como libro: Madrid, Tipografía de R. Álvarez, 1903.

Tercera edición con el título *Mis memorias*, Madrid, ediciones Giner, 1975, prólogo de José Luis Fernández-Rúa.

Selección de *Fragmentos de mis memorias*, n.º 12 de B. B. C., edición y prólogo de Nicolás Reyes González, 1989.

Rastros de la vida. Artículos y remembranzas [prosa y verso]. París, Garnier hermanos, 1913.

Cartas, edición, estudio y notas por Marcos Guimerá Peraza. Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura, 1975.

B) OBRAS SOBRE NICOLÁS ESTÉVANEZ

Isaac Viera: *Vidas ajenas*, Santa Cruz de Tenerife, Imprenta Isleña, 1888. Una semblanza de Estévanez, entre las sesenta y tres de autores canarios que escribe el señor Viera.

Pío Baroja: *Juventud, egolatría* (1917), Madrid, Espasa-Calpe, edición de 1935, págs. 155-156. Baroja recuerda a Don Nicolás en el célebre

café de literatos e intelectuales de París, *Flore*, del boulevard Saint-Germain y con más amplitud en:

Pío Baroja: *Intermedios*, Madrid, Espasa-Calpe, 1931, págs. 138-142, en la que hace una semblanza de Don Nicolás.

Miguel de Unamuno: *Por tierras de Portugal y España*. Madrid. Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1930, pág. 263.

Félix Centeno: *Recuerdos póstumos de Don Nicolás Estévez*, en La Prensa, Santa Cruz de Tenerife, 1.º de diciembre de 1932.

Roberto Castrovido: *En la vida de Don Nicolás Estévez*, en Hoy, diario de Santa Cruz de Tenerife, del 4 de mayo de 1933 [probable reproducción de alguna publicación peninsular].

Roberto Castrovido: *Canarias y los Estévez*, en Hoy, del 18 de junio de 1933 [tal vez reproducción].

Natalio Rivas: *Don Nicolás Estévez y su proyección sobre la España de hoy*, en Hoy del 3 y 8 de junio de 1933 [acaso reproducción].

En el Diario de Madrid del 20 de enero de 1935, el periodista Julio Romano publica un reportaje titulado *Castrovido o la fraternidad republicana*, en el que el maestro Castrovido hace una noble evocación de la persona y conducta de Estévez.

Domingo Pérez Minik: *Antología*, citada, 1952. Estudio y selección poética de Estévez.

Sebastián Padrón Acosta: *Poetas canarios*, citada, 1966. Estudio del poeta.

Sebastián de la Nuez: *Cartas de Nicolás Estévez a Galdós*, comunicación de 1966, en *Estudios Canarios*. Anuario del Instituto de Estudios Canarios; XI-XII-XIII. La Laguna, 1968, págs. 27-35.

Elfidio Alonso Quintero: *Los "otros" canarios: El mito del almendro y Don Nicolás Estévez*, diez artículos en El Día, de Santa Cruz de Tenerife, del 21, 23, 25, 27, 29 de junio y 3, 5, 7, 9 y 11 de julio de 1968.

Elfidio Alonso Quintero: *Los primeros versos de Don Nicolás Estévez*, cuatro artículos en El Día del 6, 13, 27 de septiembre y 4 de octubre de 1969.

Marcos Guimerá Peraza: *Nicolás Estévez o la rebeldía*. Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura, 1979.

Nuestra Antología: Los poemas aquí seleccionados se encuentran en *Romances y cantares*, los cuatro primeros; *Suspiros*, en *Rastros de la*

vida; *En la playa de San Juan de Luz*, en la revista Arte y Letras, de Santa Cruz de Tenerife, n.º 1, del 17 de enero de 1903; *Moderniana*, en el n.º 5 de la citada revista, del 16 de marzo del referido año de 1903 y *Canto senil*, en el Almanaque del Cuento Regional, La Laguna, diciembre de 1909.

CANARIAS

I

Un barranco profundo y pedregoso,
una senda torcida entre zarzales,
un valle pintoresco y silencioso,
de una playa los secos arenales;

Un cabrero en la cumbre que silbaba,
una bella pastora que corría,
una rústica flauta que llenaba
los riscos y las grutas de armonía;

En el aire reflejos y cambiantes,
en el cielo colores transparentes,
en la noche luceros rutilantes,
crepúsculos brillantes y esplendentes;

Un gallardo mancebo en la montaña
que las cabras monteses perseguía
en la cima del monte una cabaña
y un torrente que al valle descendía;

Tales fueron los goces fugitivos
de cien generaciones ignoradas;
éstos fueron los cuadros primitivos
de las risueñas islas Fortunadas.

II

Tenerife es la gloria
de los canarios,
con sus nevadas sierras
y sus barrancos.
Y desde el Pico,
se ven las siete gracias
y el Paraíso.

III

Con las atlánticas brisas
llegó hasta Europa la fama
de las deliciosas vegas
de las siete islas hermanas.

Oscuros aventureros
y valentones de daga,
soñaban como era moda
en las conquistas lejanas;

Y levantando bandera
para las Afortunadas,
partieron a la conquista
en nombre del rey de España.

Un caballero normando
que Betancur se llamaba,
fue el primer conquistador
que desembarcó en sus playas;

Y después otros caudillos
y repetidas armadas,
combatieron en las islas
con furia hasta conquistarlas.

Dominaron y vencieron
con perfidias y matanzas,
valiéndose de la astucia
y de sus mejores armas;

Pero les costó más tiempo
que a César rendir las Galias,
que a Aníbal vencer a Roma
y a Alejandro toda el Asia.

En la epopeya de un siglo
de la defensa canaria,
cien veces los invasores
perdieron las esperanzas;

Y mientras hubo un isleño,
hubo resistencia brava,
pues todos dieron la vida
por la independencia patria.

Y cuando los invasores
pusieron al fin su planta
al cabo de una centuria
en el monte de Guajara,

No quedaba a los isleños
ni una flecha en sus aljabas,
ni en sus cuevas un cuchillo,
ni hierro para sus lanzas.

Castillos hay desde entonces
en las poéticas playas,
y no resuena en los riscos
de los pastores la flauta.

Desde entonces por las cumbres
no va el montañés de caza,
ni la indígena matrona
mora libre en su cabaña.

Todos son esclavos viles
en aquella tierra ingrata,
del hacendado los unos,
los otros, de la ignorancia.

Nadie esgrime por la gloria
las libertadoras armas,
que las razas ennoblecen
y el espíritu levantan.

¡Malhaya el mercantilismo
que envilece y que degrada;
maldito el normando sea,
y maldita sea su raza!

IV

Cantan los vates isleños
las glorias de la conquista,
y olvidan los gratos nombres
de sus héroes y heroínas.
Aquellos aventureros
que ensangrentaron las islas
y legaron a la historia
más que proezas, rapiñas,
con su Fernández de Lugo,
y su brioso Buendía,
no merecen los aplausos
ni la admiración sentida,
que mi corazón tributa
lleno de melancolía
a Bencomo y a Tinguaro,
y a la hermosa Guayarmina.
De los fuertes invasores
celebrems la energía,
y su valor y constancia
en tan penosa conquista;
pero paguemos tributo

de admiración y justicia
a los que honraron la patria
dando por ella la vida.

V

Los caudillos de Anaga y de Tegueste,
los menceyes de Adejé y de Taoro,
de Abona y Tacoronte los guerreros,
de la Punta el hidalgo valeroso;

Los que en Tigaiga y en Centejo osados,
con singular y temerario arrojo,
de la indomable España con sus pechos
contuvieron el ímpetu brioso;

Los que en Añaza con vigor lucharon,
los que en Geneto con aliento heroico
despreciando la férrea artillería
combatieron al lado de Bencomo:

Aquellos insulares no vencidos
se reunieron en célebre Tagoror,
al saber la traición y la vergüenza
del de Güímar monarca poderoso.

El ambicioso rey de aquella banda
seguido solamente de unos pocos,
se sometió sin lucha al enemigo
a los suyos vendiendo y a sí propio.

Y en el Tagoror los demás isleños,
sobre el de Güímar derramando el odio
que despertara la invasión cristiana
en sus leales pechos generosos,

Juraban por la sombra de Tinerfe
venganza fiera que asombrara a todos,
cuando oyeron estrépito cercano
y en las alturas estampido ronco.

Prodújose en los guanches al oírlo
indescriptible, bélico alboroto,
del de Lugo temiendo una emboscada
en las selvas cercañas al Tagoror;

Pero de pronto con su voz potente
—¡Es el Echeide!, les gritó Bencomo;
¡Silencio y de rodillas! Mientras habla
permanezcamos a sus pies de hinojos!—

Y era el gigante que encendido en fuego
y lanzando rugidos temerosos,
en medio de la noche parecía
de los infiernos colosal aborto.

Postráronse los guanches conmovidos,
reinó silencio sepulcral en torno,
y percibieron todas las palabras
del Echeide, que hablaba de este modo:

«Sois mis hijos: escucho vuestra queja
»y la desgracia miro en vuestros rostros,
»y en vuestro duelo, como padre acudo
»para secar el llanto en vuestros ojos.

»Yo soy el Tiempo; y en mi frente cana
»como nevada cumbre en el otoño,
»está la autoridad con que yo vengo
»para hacerme escuchar entre vosotros.

»Es la traición del déspota de Güímar
»en la historia del mundo un episodio,
»que por pequeño olvidarán mañana
»los mismos que lo pagan con tesoros.

»No penséis en venganzas infecundas,
»dejadme las venganzas a mí sólo,
»pues yo alcanzo lo mismo a los gigantes
»que a los más diminutos infusorios.

»El enemigo que tenéis delante
»os vencerá con la traición y el dolo,
»si no alcanza a domar vuestra fiera
»con sus torrentes de encendido plomo.

»Por la patria que amáis cual buenos hijos,
»recibid al hispano entre vosotros,
»y cruzada su sangre con la vuestra
»se engendrará una raza de colosos.

»Y cuando llegue el suspirado día
»de la justicia en el terrestre globo,
»romperán los canarios las cadenas
»que a los unos oprimen y a los otros.

»Hoy es preciso doblegar la frente
»sin ocultar avergonzado el rostro:
»ya tenéis en la historia asegurado
»entre los héroes un lugar honroso.

»El destino del orbe nos exige,
»ya que en el centro de los mares somos
»puerto de salvación entre dos mundos
»y puerto de descanso entre dos polos.

»Abrir al extranjero nuestras playas,
»en nuestras playas ofrecerle apoyo,
»cuando va con su genio al Nuevo Mundo,
»cuando va con un esfuerzo al Tormentorio.

»Aquí descansarán los argonautas
»que van a descubrir el cabo de Hornos,
»y a registrar la redondez del mundo,
»y los secretos a romper del Cosmos:

»Por aquí pasarán los navegantes
»que en el Oriente buscarán el oro,
»desafiando en el Sur, de las Tormentas
»el épico y horrible promontorio;

»Y pasarán también los capitanes
»que a los Andes subiendo como el cóndor,
»vencerán a mi hermano el Chimborazo
»que produce el volcán y el terremoto.

»Cuando pasen los siglos, y con ellos
»de nuestros días los mezquinos odios,
»ya no irán desde el viejo al nuevo mundo
»rudos guerreros con salvaje encono;

»Pero veréis llegar a nuestras islas
»en ciudades flotantes, y en colosos
»que cruzarán el viento, o de los mares
»navegarán por los abismos hondos,

»A los del porvenir sabios guerreros,
»a los guerreros de un futuro hermoso,
»que del nuevo vendrán al viejo mundo
»con sus libros, su fe y sus telescopios.

»Ellos harán del África vecina
»civilizado, incomparable emporio;
»de riqueza, de ciencia, de virtudes
»derramando en su seno los tesoros.

»Escuchad mis consejos paternales;
»que depongáis las armas os propongo;
»y en alianza perpetua con Castilla
»alcanzaréis un porvenir glorioso.»

Dijo: y al punto se cegó su cráter,
y se cerraron sus abiertos ojos,
y su llama apagó con un rugido
que fue repercutiendo hasta los polos.

Sencillos los isleños, aunque bravos,
se impresionaron tanto y de tal modo
con las palabras del augusto Echeide,
que prorrumpieron en acerbo lloro.

Quebró su fortaleza aquel discurso
de su gigante encanecido y ronco,
más que al verse en los campos de batalla
por los cañones enemigos rotos.

Arrojaron sus armas los guerreros,
de la patria llorando los despojos;
y en vez de clemencia castellana
sólo hallaron verdugos rencorosos.

VI

Era el conquistador omnipotente:
sometidos los guanches a Castilla,
imperaba en Canarias el de Lugo
verdadero monarca de las islas.
Los pocos naturales que pudieron
sobrevivir a la canaria ruina,
legaron a sus nietos la venganza
para un seguro aunque lejano día.
Y despojados de sus propias tierras
por la extranjera criminal codicia;
repartidos sus bienes, sus ganados,
entre aquella falange comunista,
se fundieron al punto en sólo un pueblo,
en una sola, fraternal familia
con los mismos soldados españoles
que demostraron más su valentía,
despojados también por los magnates,
hambrientos segundones de Castilla,
y por otros taimados mercaderes
que acudieron, después de la conquista,
como acuden después de la matanza
las asquerosas aves de rapiña.

El poderoso Lugo, que colmaba
de sus negras pasiones la medida,
absoluto señor de aquellas tierras,

sin freno en su ambición y en su avaricia,
se enamoró de una doncella hermosa
que llevaba por nombre Guayarmina.
Quiso hacerla su esclava, no pudiendo
por el amor ni el oro seducirla;
pero la isleña despreció al tirano
sin temor a su fuerza ni a sus iras.
En los impuros brazos del gallego
hubiera hallado lisonjera vida:
resistiendo sus torpes amenazas
en Agaete de su honor cautiva,
vivirá eternamente su memoria
en las canarias fértiles campiñas.
Y al recordar su desastrosa muerte
que fue venganza del de Lugo digna,
maldecirán de Lugo la venganza
aplaudiendo a la heroica Guayarmina.

VII

La patria es una peña,
la patria es una roca,
la patria es una fuente,
la patria es una senda y una choza.

Mi patria no es el mundo,
mi patria no es Europa,
mi patria es de un almendro
la dulce, fresca, inolvidable sombra.

A veces por el mundo
con mi dolor a solas
recuerdo de mi patria
las rosadas, espléndidas auroras.

A veces con delicia
mi corazón evoca,
mi almendro de la infancia,
de mi patria las peñas y las rocas.

Y olvido muchas veces
del mundo las zozobras,
pensando de las islas
en los montes, las playas y las olas.

A mí no me entusiasman
ridículas utopías,
ni hazañas infecundas
de la razón afrenta y de la Historia.

Ni en los Estados pienso
que duran breves horas,
cual duran en la vida
de los mortales las mezquinas obras.

A mí no me conmueven
inútiles memorias
de pueblos que pasaron
en épocas sangrientas y remotas.

La sangre de mis venas,
a mí no se me importa
que venga de la Arabia
o de las razas célticas y godas.

Mi espíritu es isleño
como las patrias rocas,
y vivirá cual ellas
hasta que el mar anegue aquellas costas.

La patria es una fuente,
la patria es una roca,
la patria es una cumbre,
la patria es una senda y una choza.

La patria es el espíritu,
la patria es la memoria,
la patria es una cuna,
la patria es una ermita y una fosa.

Mi espíritu es isleño
 como las patrias costas,
 donde la mar se estrella
en espumas rompiéndose y en notas.

 Mi patria es una isla,
 mi patria es una roca,
 mi espíritu es isleño
como los riscos donde vi la aurora.

EN LA PATRIA

Santa Cruz, patria querida,
consuelo del navegante,
sirena del mar Atlante
por las espumas mecida;

bella ninfa de los mares,
paloma de la ribera
que te arrullas placentera
al son de blandos cantares;

hermosa ciudad marina
de blancura nacarada,
entre montes reclinada
como en su concha una ondina;

hija del Teide gigante,
la de la playa riente,
la del cielo transparente
y el piélago murmurante;

brindas contento y amores
con tus fuentes cristalinas,
con tus rosas purpurinas,
con tu corona de flores,

que en tu plácida ribera
se entrelaza majestuoso
el tamarindo pomposo
con la flexible palmera;

y eres con tus pasionarias
y violetas y jazmines,
la ciudad de los jardines,
la reina de las Canarias

Soy dichoso, patria mía,
y está colmado mi anhelo,
que vuelvo a mirar tu cielo
azul como tu bahía;

y los sitios de la infancia
con llanto en los ojos miro,
y amorosamente aspiro
de tu ambiente la fragancia;

y entre el mar y el firmamento
miro las embarcaciones
que desplegan sus pendones
sacudidos por el viento.

Santa Cruz, patria querida,
mi consuelo y mi esperanza,
eres puerto de bonanza
en mi borrascosa vida.

Santa Cruz de Tenerife, 1857.

A UNA GOLETA

Goletilla ligera
que te columpias
con tu quilla rompiendo
las ondas turbias;
goletilla impalpable
como la bruma
que pareces la reina
de las espumas.

¿A dónde te diriges,
leve y gallarda,
al soplo de las brisas
de la mañana?

¿A dónde, tan velera,
tu rumbo marcas
alegres como en sueños
una esperanza?

¿A dónde, goletilla
blanca y esbelta,
te diriges trazando
rápida estela?

¿No temes los peligros
de otras riberas,
ni las corrientes duras
ni las tormentas?

¿Por ventura te cansa
la azul bahía
con sus montes lejanos,
playas floridas,
embarcaciones blancas,
aves marinas,
y cantares y luces
por las orillas?

¿O buscas anhelante
ricos tesoros
navegando atrevida
de polo a polo?

¿O visitar pretendes
pueblos remotos
despreciando los vientos
y los escollos?

¿A dónde, aventurera,
vas atrevida?
¿Cómo dejas, ingrata,
con alegría
los risueños celajes
de las Antillas
y del trópico ardiente
las armonías?

¿A tu querida patria
vuelves la proa?
¿Y acaso, navecilla,
cándida ignoras
que de la nave ausente
las brisas borran
no más pronto la estela
que la memoria?

Retorna, goletilla
de velas blancas,
a las vedes riberas
americanas.

Tal vez arrepentida
llores mañana
recordando los goces
de estas comarcas.

¿Pero no me respondes
alba goleta?
Mis palabras no escuchas
pues ya te alejas
y entre espumas avanzas
rápida y bella
con la gracia y el brillo
de una sirena.

Avanza, goletilla,
la mar es tuya;
olvida mis palabras,
que la fortuna
solamente se logra
cuando se lucha,
y la gloria es el premio
del que la busca.

Si pereces luchando
sobre las olas
arrullarán tu muerte
músicas roncadas.

A la mar, goletilla,
busca la gloria,
desprecia los deleites
de nuestras costas.

Yo también, despreciando
tiernos hechizos,
desdeñando altanero
goces tranquilos,
ahogo los pesares
del pecho mío
del mar de las pasiones
en el bullicio.

Pero ya la goleta
rápida avanza;
apenas se distingue
confusa y vaga;
ya la ocultan las olas,
ya la levantan,
ya se pierde entre espumas
en lontananza.

Puerto Rico, 1866.

LAS NUBES

Blanca, ligera, caprichosa nube
con tintas de arrebol,
gasa leve que flota en el espacio
con tenue resplandor,
nácar que quiebra los raudales tibios
del anublado sol,
es un ensueño de amorosa dicha,
es un recuerdo de fugaz amor.

Opaca, negra, pavorosa nube
cual velo de crespón,
nube preñada de húmedos vapores,
sin luz y sin color,
sombra que aleja la risueña musa
de alegre inspiración,
es la memoria de un placer perdido,
es un remordimiento abrumador.

Pero las nubes con que borda el alba
del cielo la extensión,
los celajes que brillan en oriente
con nítido fulgor,
los risueños cambiantes matutinos
del iris y del sol,
son esperanza de futura dicha,
son reflejos de mágica ilusión.

SUSPIROS

¿Por qué nacimos, para qué vivimos,
a qué nos afanamos sin sosiego,
si pasamos los hombres por el mundo
como pasan las nubes por el cielo?

De las nubes no queda ni la sombra
en el espacio azul que recorrieron;
de los hombres, la tierra que pisaron
tampoco guarda rastro ni recuerdo.

¡Ni siquiera sabemos si la vida
es una realidad o es un ensueño,
una nube, un celaje, de un suspiro
tenue rumor sin eco!

EN LA PLAYA DE SAN JUAN DE LUZ

El mar en noches oscuras
pone tristeza en el alma,
que son amargas sus voces
cual sus ondas son amargas.
Pero no son menos tristes
en estas noches tan claras,
los lamentos de sus olas
cuando mueren en la playa.
Si entre horizontes espesos
el mar y los vientos braman,
la musa de la elegía
más bien suspira que canta.
Y si la luna ríela
en el azul de las aguas,
inspira trovas dolientes
la musa de las baladas.
Así yo, para estar triste,
vengo de noche a la playa,
que arenas, olas y espumas
alimentan mis nostalgias.
¡Cómo no, si me recuerdan
las espumas de mi infancia,
las olas de mi existencia,
las arenas de mi patria!

MODERNIANA

¡Qué noche, qué noche, qué noche,
qué frío, qué frío, qué frío,
qué niebla, qué niebla, qué niebla,
Dios mío, Dios mío, Dios mío!

¡Qué cosas, qué cosas, qué cosas,
qué versos, qué versos, qué versos,
qué cantos, qué cantos, qué cantos,
adversos, inversos, perversos!
Cantemos la vida, la vida y la muerte,
la muerte y la vida, la fe y el amor,
las cosas modernas, modernas, modernas,
el hambre, la lucha, la lucha, el dolor.

Cantemos lo nuevo, lo nuevo, lo nuevo,
nacer en pelota, nacer y mamar,
crecer como un árbol, sudar como un potro,
correr como un gamo, reír y llorar.

* * *

Dejemos la musa, la musa inocente,
la musa incolora, la musa pueril
que amaron los vates sin estro ni fondo
del Ebro, del Tajo, del Tormes, del Turia,
del plácido Betis, del ronco Genil.

Del Ebro, del Tajo,
del Tormes, del Turia,
del Jándula, el Betis,
el Darro, el Genil.

No más Argensolas, no más Esproncedas,
no más Garcilasos, Herreras, Cetinas,
Quevedos, Riojas, Arolas, Quintanas,
chocheces, chocheces, rutinas, rutinas.

Cantemos en rimas de corte moderno;
de corte futuro, futuro, futuro
las nobles fatigas que pasa el poeta
buscándose un duro,

si envuelto de nácar en nube sutil,
de forma ideal,
repite, repite las moder-nerías
del estro moderno
que es pira-
midal!

CANTO SENIL

Iba yo a su cita
corriendo, volando,
por una vereda
que cruza el barranco,
y me parecía,
loco de entusiasmo,
el camino corto
pero el tiempo largo.

Saltaba la cerca...
Después otro salto
al ver el postigo
por ella entornado,
y en él la silueta
de contornos vagos
anunciando besos,
prometiendo abrazos.

Los reflejos tibios,
los albores pálidos
que anuncian el día
cuando canta el gallo,
abren el postigo,
y otra vez al campo,
y otra vez la senda
que cruza el barranco.

Pasaron los días,
corrieron los años,
y los rizos negros
se volvieron blancos.
Ya no me conocen
en aquellos campos,
ya no se me tienden
con amor los brazos.

Allí está la cerca
lo mismo que antaño,
pero me saludan
cada vez que paso
las miradas torvas
de los nuevos amos,
los niños huyendo,
los perros ladrando.

Desde lejos miro,
miro desde un alto
y aunque la silueta
de perfiles vagos
no está en el postigo
tendiendo los brazos,
revive en mi mente
como por encanto.

Han desvanecido
muchos entusiasmos
las vicisitudes
y los desengaños;
pero en mi memoria
con eternos rasgos,
vive la figura
de contornos vagos.

DIEGO ESTÉVANEZ MURPHY
(1842-1866)

Hermano de Nicolás, nació en Santa Cruz de Tenerife; fue un malogrado y sólo vivió veinticuatro años; era marino ya en 1858 y a sus dieciséis años navegó en El Guanche, el bergantín isleño, rumbo a las Antillas; en la goleta San Miguel aprendió lo que era una tempestad, que le ofrece el espectáculo dramático del mar, cuyo sentimiento profesó el joven marino, en el sentido esproncediano del "negro mar que brama" y, antes que él, supone un precedente isleño de semejante actitud, la del asimismo marino y poeta del mar, el tinerfeño Ignacio de Negrín (1830-1885). Diego Estévez fue nombrado más tarde profesor de la Escuela Náutica de Santa Cruz de Tenerife y en 1865 viajó en el verano a Londres; en octubre de ese año regresó a Tenerife y, enfermo ya del llamado "mal del siglo", como su tío, el también poeta Ricardo Murphy (1814-1840). Diego murió en marzo de 1866, en la casa de Geneto; su hermano Paco había muerto en enero y no volvieron a ver a Nicolás, desde 1863.

Diego Estévez era un romántico tardío que por la brevedad de su vida no evolucionó hacia una poesía más serena y descriptivista. Diego, como Negrín o Neda, alude al tema intimista del culto a la madre muerta, en la poesía *Un recuerdo* y en *San Diego del Monte*, en la casa en que pasaron su niñez los Estévez, en vida de los padres; el poeta evoca la anécdota en que su madre, afligida por creerlo desaparecido, lo halló dormido bajo un laurel, o a la trágica estampa ofrecida por ella:

Aún percibo el rumor de tus pisadas
presurosas, inciertas, recatadas...
Y aún me parece que te estoy mirando
por la casa, afanosa y diligente,
los separados muebles ordenando.

Pero luego te miro
pálido el rostro, lágrimas vertiendo
ronca la voz, la boca ensangrentada,
con la razón perdida... Ya corriendo,
ya sin fuerzas, rendida y desmayada...
Ya también anhelante, a todos lados
revolviendo los ojos espantados...

El paisaje, los floridos senderos, actúan en su recuerdo, en el sentido concreto de su hermano Nicolás: los álamos blancos, el almendro de la casa de Geneto:

Si una tapia y unas ruinas
y una torcida vereda
y una ermita y una choza
y una mata y una piedra
en el que creció a su lado
recuerdos gratos despiertan.

Recuerdo materno y paisaje son motivos de la cita poética de este mozo unido al dolor de tal manera, que Tabares Bartlett escribió, refiriéndose a Diego, respecto al sufrimiento que "le acompañó sin cesar a su paso por el mundo como una ley invencible de su destino".

Diego Estévez, repetimos, es un romántico tardío y, por razón de sus fechas vitales y por sus notas descriptonistas, detalladas, que anuncian el paisaje realista de su hermano Nicolás, lo incluimos en el grupo de los poetas de la segunda mitad del XIX; cantor del mar en diversas composiciones y con leves pinceladas a un amor perdido, Diego es un romántico más esproncediano y arrebatado que los sentimentales y melancólicos "germánicos" de la segunda mitad del pasado siglo; en su intimismo al amor materno ya perdido, como hemos visto, es su actitud arrebatada y con una pasión tan distinta al mismo recuerdo que anida en Nicolás, porque Diego es más romántico, tanto en el tratamiento del amor materno, en los acentos del amor perdido, como en su tratamiento del tema del mar, que él, por isleño y marino de profesión, siente en los violentos y arrebatados acentos que recuerdan los tonos de la famosa *Desesperación*, atribuida a Espronceda:

Mas yo quiero los hórridos silbidos
que incontrastable lanza el aquilón,
o de una mar en borrasca los bramidos
para llenar con algo el corazón...

.....

Levanta, ¡oh mar!, tus ondas hasta el cielo
con la cólera inmensa de Satán.

Con razón señaló Padrón Acosta, al estudiar al poeta, que su antecedente en esta poesía marina está en la obra de Ignacio de Negrín, si bien Diego es bastante menos grandilocuente que Negrín.

Agudamente advierte José María de Cossío en su citada obra, pág. 1201, que hay en Diego un "realismo directo con cuyo secreto era difícil que diera un poeta romántico" y estima "mal aconsejado" al seguir el modelo esproncediano a quien sabe, como Diego, "testimoniar lo auténtico del ambiente marino".

Diego Estévez, al igual que su tío Ricardo Murphy, estuvo en Londres, donde se sintió también enfermo de tuberculosis. Ricardo cantó al mar, pero en suaves tonos y, como Nicolás, aludirá, asimismo, al triunfo de Santa Cruz sobre Nelson. Ricardo y Diego quisieron regresar a la patria isleña. Ricardo soñaba con volver a ver al Teide: "¡Lograra yo a lo menos avistarte / monte de mil recuerdos! La alegría / que en el alma sintiera, acaso entonces / el prodigio feliz obrar podría / de destruir la abrasadora fiebre / que lenta me consume y aniquila"... Diego, el sobrino, titula su último poema, *Insomnio y fiebre*, y también era consumido y aniquilado por la fiebre y trasladó, igualmente, su drama de enfermo en versos de angustia: "¡Me abrasa la fiebre / y tiemblo de frío!". Ricardo se quedó en el mar; Diego llegó a la isla en octubre de 1865; el 27 de marzo del siguiente año se moría en ella.

BIBLIOGRAFÍA

A) OBRAS DE DIEGO ESTÉVANEZ

Poesías. Madrid, establecimiento tipográfico de R. Vicente, 1874; 76 págs. Prólogo de Ramón Gil Roldán y Ríos.

Diego Estévez. Biblioteca Canaria, Santa Cruz de Tenerife, s.a. [1940]. Se trata de una selección de siete de las trece composiciones poéticas que integran el libro anterior, hecha por Leoncio Rodríguez para su Biblioteca Canaria.

B) OBRAS SOBRE DIEGO ESTÉVANEZ

José Tabares Bartlett: *Diego Estévez y Murphy*, en la Ilustración de Canarias, n.º 1, del 15 de julio de 1882; incluido por Leoncio Rodríguez como prólogo a la citada selección precedente.

Leoncio Rodríguez: *La sugestión del mar*, en La Prensa, del 3 de marzo de 1935.

Sebastián Padrón Acosta: *Poetas canarios*. Biblioteca Canaria, s.a. [1940].

Sebastián Padrón Acosta: *Poetas canarios de los siglos XIX y XX*. Aula de Cultura, 1966.

Nuestra Antología: Los poemas seleccionados se encuentran en las *Poesías*, 1874, y en la selección de Leoncio Rodríguez. Los romances I. *La partida* y II. *El regreso*, bajo el título de *Romance marítimo*, figuran en la mencionada antología *Poetas canarios*, de Elías Mujica.

ROMANCE MARÍTIMO

I

LA PARTIDA

Rumor a bordo se escucha
de escotines y cadenas,
y el cabestrante que gira,
y voces de "leva", "leva",
porque dejamos las costas
de nuestra patria risueña,
la de los campos floridos,
la de las noches serenas,

... ..
Ya está el ancla suspendida,
cazadas están las velas,
y no al bergantín las olas
a su paso balancean,
que altivo las va cortando
dejando espumas por huellas;
mas con el ruido del agua
que en los costados se estrella,
sollozos entrecortados,
suspiros hondos se mezclan.
¿Y cómo no? Si una torre
que majestuosa se eleva,
si una tapia, y unas ruinas,
y una torcida vereda,

y una ermita y una choza,
y una mata, y una piedra,
en el que creció a su lado
recuerdos gratos despiertan,
¿cómo el alma no han de herirle
cuando la mira y se alejan?
¿Y qué pecho no se ablanda
por inflexible que sea,
al pensar que los que adora
sus rostros en llanto anegan,
mirando partir la nave
que sus amores se lleva?
Allí el tierno pajecillo
la tosca reliquia besa
que a su cuello cariñosa
su hermanita le ciñera;
allá marinero rudo
los sueltos cabos enreda,
y en vez de hablar de una escota
con un briol forcejea;
aquí el anciano marino
que las borrascas desprecia,
con el humo de su pipa
su curtido rostro vela
para que nadie conozca
que la emoción se lo altera;
y yo también entre tanto
disimulando mi pena
busco y miro una ventana
donde desplegado ondea
blanco pañuelo que agita
una niña pura y bella
que al agitarlo me envía
su despedida postrera...
Mas el bergantín se lanza
cual disparada saeta
sobre montes ondulantes
que forman la brisa fresca,

y opacos ya se confunden
y la bruma encubre densa
sobre el lejano horizonte
el cielo, el mar y la tierra.
¡Adiós, pues, mis bellos campos!
¡adiós de mi amor las prendas!
¡adiós, montañas azules!
¡adiós, queridas riberas!

II EL REGRESO

Rompe bergantín las ondas,
rompe las ondas saladas
a impulso del blando aliento
de las juguetonas auras,
que favorables te impelen
hacia nuestras bellas playas;
no perezoso te mezcas,
que aquí no reina la calma;
no vanidoso te mires
en el cristal de las aguas,
que bien en noches tranquilas
tu imagen viste grabada
entre reflejos de luna
en mares de tersa plata,
allá en la tórrida zona
do airoso te columpiabas
sin que ni un soplo de viento
tus blancas velas inflara.
Hoy que allá en el horizonte
sobre el cielo se destacan
las cúspides altaneras
de los montes de mi patria,
rompe bergantín las ondas,
rompe las ondas saladas.
... ..

Reina a bordo la alegría,
y en estruendosa algazara
la muestran los marineros
que a un tiempo ríen y cantan.
Es que a todos regocija
y los ánimos exalta,
ver que poco a poco brotan
de la población las casas;
porque hay allí caros seres
que impacientes los aguardan.
Quien con bruscos movimientos
sobre la cubierta salta;
quien satisfecho rasguña
tres cuerdas de una guitarra;
quien penetra en la cocina
y tras reyerta obstinada
con el viejo cocinero
que defiende sus comarcas,
sale cargado de pinzas,
de sartenes y cucharas;
y quien viste al manso perro
con camisilla de lana,
pantalones de bayeta
y una montera encarnada...

Recostado en el castillo,
vertiendo sus ojos lágrimas
que candente surco abriendo
por sus mejillas resbalan,
un marinero suspira
y en tierra la vista clava.
¡Ay! ¡Infeliz! que en la ausencia
recibió la nueva infausta
de la muerte de una esposa
que con delirio adoraba,
y mira con turbios ojos
las casitas de la playa
donde la suya percibe

triste, sola, abandonada...
Y otro en tanto más dichoso,
y a quien la impaciencia abrasa
de estrechar al hijo tierno
que naciera en su barraca
mientras él con pecho firme
las tormentas arrostraba,
ya presuroso camina,
ya pensativo se para,
ya luego con ansia loca
trepas la torcida jarcia
y desde allí, en la ribera
fija curiosa mirada.

Mas, ¡ay de mí! ¿Dó se encuentra
la que el pañuelo ondeaba
cuando partí de estas costas
lleno el pecho de esperanzas?
¿Por qué su contorno esbelto
no recorta su ventana?
¿Por qué, corazón, palpitas,
mientras por mi mente vagan
dudas mil, desgarradoras,
y mil sospechas amargas?
¡Pobre marino! ¡que el viento
muestra con él su inconstancia,
y encuentra inconstancias nuevas
cuando en tierra firme salta!
Y un gemido doloroso
que de mi pecho se escapa
confuso muere entre el ruido
de la cadena del ancla
que las aguas atraviesa
y allá en el fondo se clava.

A DOLORES

¡Dolores! ¡Qué triste nombre!
¿Por qué Dolores te llaman?
¿Acaso en el pecho llevas
aguda espina clavada?
¿Vierten tus rasgados ojos
en la noche solitaria
puras y líquidas perlas,
porque perlas son tus lágrimas?
¿Suspiras cuando percibes
alguna trova lejana
que llega hasta ti confusa
del suave viento en las alas?
¿Palpita ansioso tu pecho
cuando miras arrobada
algún rayo de la luna
que se quiebra en tu ventana?
¿Recuerdas un bien perdido?...
¿Tal vez en silencio amas?...
No lo sé; mas ¡ay! tu nombre
por doquiera me acompaña,
porque es tu nombre Dolores,
y yo los llevo en el alma.

INSOMNIO Y FIEBRE

¡Qué noche tan larga!
¡Qué lento suplicio!
¡Me abrasa la fiebre
y tiemblo de frío!
¡El sueño a mis ojos
no acude benigno,
y extrañas ideas
conturban mi espíritu!...
Venid a mi mente
recuerdos queridos
del tiempo pasado,
tan dulce y tranquilo;
venid, presentadme
los cuadros sencillos
de infancia inocente;
sus goces cumplidos;
mis verdes praderas,
mis juegos de niño;
la fuente sonora,
cercada de pinos,
que brota de un suelo
cubierto de lirios;
mis álamos blancos
mi almendro florido;
la cruz arruinada
de tosco ladrillo...
que al paso el viandante

besaba contrito;
de invierno las noches
en que hórridos silbos
de viento impetuoso
tronchando los pinos;
de truenos cercanos
el ronco estallido,
la lluvia azotando
los débiles vidrios,
y el turbio torrente
llevando consigo
ramajes y troncos
del bosque vecino,
mis ojos cerraban
con sueño fatídico;
y entonces miraba
confuso, aturdido,
mi lecho cercado
de pálidos cirios,
y un monje severo
con duro cilicio
que lento cruzaba
mirándome altivo;
y luego en el techo
de pronto encendido,
brotaban lucientes
y agudos cuchillos,
monstruosas cabezas
con ojos torcidos,
y allá en la penumbra
pendiendo del friso,
ropones talaes
en sangre teñidos...
Mas luego que Aurora
vertiendo rocío
mostraba halagüeña
su rostro divino,
¡qué alegre escuchaba

de los pajarillos
las tiernas canciones
y lánguidos trinos!
¡Recuerdos que adoro
con ciego delirio!
¡Ay, dulce prestadle
benéfico alivio
a un alma que llora
sus goces marchitos,
su muerta esperanza,
su amor! ¡Oh, Dios mío!
¡Cuán negros pesares
mi pecho han herido!
Hoy, débil, cansado,
sin fuerza camino,
pues ya no me alientan
ni fe, ni cariño,
ni sueños de gloria,
ni el sordo bramido
del mar que adoraba...
¡Todo lo he perdido!
Rumor misterioso
cercano percibo;
rumor que en las noches
serenas de estío
también he escuchado
con suave deliquio;
que es tenue, muy tenue,
muy vago y tristísimo;
rumor que oye el alma
mejor que el oído;
que no se comprende,
que muere indeciso...
Murió; ya no escucho
ni el hálito mío,
¡que el aire me falta
y apenas respiro!

... ..

Ayer vi un cadáver
flotando en el río,
sangrientos los ojos,
el gesto fruncido.
Recuerdo que al verle
bañó sudor frío
mi pálido rostro;
con fuertes latidos
temblara mi pecho
y... ¡extraño delirio!,
pensaba yo entonces
que hallábame unido
al yerto cadáver
con lazos muy íntimos;
que efluvios de mi alma
bajaban al río
volando a prestarle
su aliento perdido...
¡Misterio es el hombre!
¡Su mente un abismo!

... ..
No ha mucho, yo hallaba
placeres cumplidos
en grandes ciudades
de inmenso gentío.
Hoy ¡cuánto he cambiado!
Me cansa el bullicio.
¡Dichosa mi suerte
si hallara un retiro
do aliento cobrara
mi pecho oprimido;
do sombra me dieran
laureles y tilos,
y secas sus hojas
un lecho mullido;
do nunca reinaran
ni cierzos y fríos
ni lluvias y nieves

ni viento y granizo;
do un aura suave
trajera a mi oído
los tristes cantares
de algún campesino,
y el aura le diera
con tierno cariño
su casto perfume,
silvestre tomillo!

... ..
¡Qué noche tan larga!
¡Qué lento suplicio!

... ..
Mas ¡ah!, que ya lucen
de albor matutino
los tibios reflejos,
y el pardo edificio
que al frente se eleva,
solemne y altivo
sus altos remates
ostenta teñidos
de rosa y de grana...
Ya empieza el bullicio...
Ya débil mi cuerpo
se postra rendido...
Se cierran mis ojos...
¡Oh, sueño bendito!
¡Restaura mis fuerzas
y alienta mi espíritu!

JOSÉ TABARES BARTLETT
(1850-1921)

Nació en Santa Cruz de Tenerife, donde transcurrió su niñez, en los barrios de pescadores. Según Leoncio Rodríguez, el mismo poeta afirmaba que sus correrías infantiles se dividieron entre el Charco de la Cazona y el Barranco de Santos. La gran charca que formaba el Barranco, según Desiré Dugour (en *Apuntes para la Historia de Santa Cruz de Tenerife*, segunda edición, Imprenta Benítez, 1875, pág. 6), hoy desaparecida, es posible que debiera su nombre al pez cazón, de "carne tierna y buen gusto" (Viera y Clavijo, *Diccionario de Historia Natural*, edic. de 1942, Santa Cruz de Tenerife, pág. 181).

Pero el poeta vivió después en La Laguna, de la que fue alcalde en dos ocasiones y presidió una tertulia literaria que reunía las figuras más relevantes de su tiempo. Tabares es un cabal representante de la generación realista, agrupada por la Revista de Canarias, que hemos centrado en torno a 1880.

En 1881, con motivo del traslado de los restos del conquistador Alonso de Lugo, desde la iglesia del convento franciscano de La Laguna a la Catedral, la Sociedad Económica de Amigos del País, residente en esta ciudad, convoca un certamen poético sobre la Conquista y acude a él Tabares Bartlett, que obtiene el segundo premio con su *Bosquejo poético sobre la conquista de Canarias*.

El *Bosquejo* se editó en 1881 y junto a él un romance (en realidad, un romancillo) titulado *Recuerdos de la patria*, 1797, que la Revista de Canarias, n.º 41, del 8 de agosto de 1880 había publicado previamente. Tabares, al escribir el *Bosquejo*, en décimas, se inspira en Viana, al que cita expresamente y, aunque exalta a la raza indígena, no hay ningún denuesto para el con-

quistador, ya que Tabares, en la línea vianesca, es hombre ponderado en el tratamiento de vencedores y vencidos. En el aludido romance, *Recuerdos de la patria*, el poeta se manifiesta un descripcionista feliz y entronca con el paisaje realista de Nicolás Estévez:

los áridos abismos,
barrancos que se alargan
desde los altos montes
a las tendidas playas.

La conocida imagen que Viana toma de Espinosa para referirse a los navíos, o sea "pájaros negros de muy blancas alas", se transmutan así en Tabares, bien que para las naves de Nelson:

Como pájaros marinos
que cruzan las ondas mansas
de un lago azul y apacible
donde el cielo se retrata,
vistiendo oscuros plumajes
sus pechos y plumas blancas,
las abiertas y tendidas
batientes y largas alas,
silenciosamente llegan
de otros climas y otras radas.

En el *Bosquejo* incluye Tabares una carta de Núñez de Arce (1832-1903), en la que este poeta le acusa recibo del "hermoso y sencillito romance", carta fechada en 10 de septiembre de 1880, y reproducida por Valbuena Prat en su *Historia de la Poesía canaria*, pág. 49. Núñez de Arce anima a Tabares para que ése siga cultivando las musas.

Los temas de la conquista y del 25 de julio son, pues, tratados por el poeta en las dos composiciones citadas y al segundo tema vuelve a referirse en el soneto *A Nelson* (*Poesías*, 1896) y, como derivación del mismo tema, el soneto *Al cañón Tigre* (ídem).

En las estrofas del poema *La Laguna* (en *Poesías*, citadas) vuelve a mentar a Viana con elogio y en la tradición que titula *Nuestra Señora de Candelaria* se advierte una de-

tenida lectura al canto VI de la obra del bachiller lagunero; en el poema *Tenerife*, 1915, la invocación al culto femenino de Dácil, el gran personaje vianesco, y la nostálgica alabanza de la raza indígena supone lectura devota a Viana y en la aludida composición a La Laguna cita, de nuevo, a Viana con elogio:

¿Quién olvida que dieron tus hogares
al Pindo, Viana, tu inspirado bardo?

Todavía su leyenda poética, *Zebensui*, es una expresión más del culto profesado a Viana; claro está que Tabares, como casi todos los poetas de la época, falsea la lectura de Viana, ya, de suyo, gran poetizador de lo indígena. Tabares se inventa, so pretexto de la visita de Bencomo a Zebensui (Viana, canto X), una entrevista que difiere de la cantada por Viana; Tabares alude a una disputa entre un indígena, Guarimán, no mentado por Viana, y Zebensui, a quien da una esposa, Septimia, onomástica romana que se saca de su numen Tabares, para quien Zebensui "muere de tedio", sin saber qué fue de su esposa. Viana se refiere a la muerte de Zebensui en la batalla de la laguna (Canto XIV). Es decir, se trata de hacer literatura sobre literatura.

Tabares es poeta intimista, como los citados, y tampoco falta en él la devoción materna, y de ello da muestra en la *Elegía*, también publicada en *Poesías*: "¡Dichoso aquel que sobre humilde fosa / donde duerme su madre idolatrada, / una lágrima vierte silenciosa / a tan dulce recuerdo consagrada"; de hondo intimismo es su dolor por la muerte de su hijo Juan (1876-1895), el primogénito, a quien dedica dos sonetos.

Pero el gran acierto de Tabares fue su tratamiento del paisaje insular como poeta realista, desde el "¡Qué cielo tan hermoso, / el cielo de Nivaria!", de los citados *Recuerdos de la patria*, a *La Villa de La Orotava*, a *La Laguna*: "en el invierno alfombra de verdura / campo de oro en los estivos meses" y con mayor amplitud en un poema como *La Caza*, admirado por Menéndez Pelayo, el cual vio el recuerdo de Núñez de Arce en los versos del poeta canario. La sextina de endecasílabos y heptasílabos con rima AaBCcB, usada por Núñez en *Tristezas* (*Gritos de combate*, 1875) es la misma que usa Tabares.

res en *La Caza*; admirable paisaje realista es también el del *Salto del Negro*, evocación de sus correrías infantiles o adolescentes, con sus amigos santacruceros por el Barranco Santos, así como el paisaje de *Trompos y cometas* y de *Tenerife*, ya advertido por Valbuena Prat, quien matizó que la sextina de Núñez es la usada por Tabares, si bien el que primero señaló la influencia de Núñez en nuestro poeta fue Menéndez Pelayo, al acusarle recibo de *La Caza* en carta fechada en 20 de agosto de 1908, también reproducida por Valbuena en su citada obra. "En el estilo y en el metro —escribe Menéndez Pelayo a Tabares— recuerda a Núñez de Arce sin que haya el menor rastro de imitación servil. El fondo es completamente original, con vigoroso sentimiento del paisaje canario, que sabe usted interpretar con sobrios y valientes rasgos".

La Caza, que prologó Ángel Guimerá, está en la línea temática de *La Pesca*, de Núñez, sólo que la tragedia del poeta vallisoletano en absoluto estremece las estrofas del tinerfeño. En *La Caza* domina el sentido del paisaje puntillista, concreto, del excelente poeta realista que Tabares es; él mismo usa una palabra reveladora de la técnica de su estilo, que era la de los creadores de su tiempo:

¡Oh, región de mi patria idolatrada
en mí fotografiada!

El singular paisaje agreste, volcánico, que andando el tiempo llevará a la paleta Martín González, el pintor del sur tinerfeño, antes de que se hiciera urbano, tiene esta nuestra:

La árida costa ensanchándose a los ojos
con sus quiebras y abrojos;
entre sirtes rompiendo y en picachos
las enarcadas olas con coraje
recamando de encaje
a las playas desiertas sus penachos.
Ingentes moles de cortadas grietas
y volcánicas vetas,
que el soplo lento de la edad carcome
sombreadan las profundas hondonadas;
moles desvencijadas
amenazando próximo desplome.

En los barrancos de inseguras rocas
sus atezadas bocas
las cuevas muestran en lo largo a trechos,
y en sus techumbres tétricas y graves,
las carniceras aves
tienen sus nidos de hojarasca hechos.

Fétidos balos, rígidos cardones,
tabaibas y pencones,
verdeguean en predios y en honduras
dándole al suelo cárdenos matices
y enredan sus raíces
en los resquicios de las peñas duras.

Tabares evoca, a igual que Negrín y Estévez, la nobleza de la raza guanche, en un sentido eglógico, aprendido en Antonio de Viana, pero el poeta realista no carga negras tintas para el conquistador, como los románticos y sus epígonos, mas antes que el autor de *La Caza* nadie había logrado la incorporación del paisaje realista, "fotografiado", el agreste paisaje de piedra, cardón y tabaiba al arte poético descriptivo de Canarias con la rotundidad y plenitud que Tabares. Éste es su valor genuino y uno de sus méritos más altos.

Conviene advertir que la influencia de Núñez de Arce es más formal: metro, sentido realista del paisaje (específico y personal en Tabares), etc. que de fondo. Cultiva el poeta canario, como el de Valladolid, tres temas: el histórico, el descriptivista o del paisaje y el filosófico, porque eran los temas comunes de la generación: el tema histórico en Tabares es el propio de la historia canaria: la conquista, el 25 de julio y Nelson (que trata con reiteración); dentro de este apartado, su poema a *Colón* (*Poesías*, 1896), marca una influencia en el *Colón*, 1852, de Campoamor, como muy bien advierte Padrón Acosta en su excelente estudio sobre el poeta; el tema descriptivista lo trató nuestro autor en *La Villa de La Orotava* (1882), el *Teide*, *La Laguna*, *La Esperanza*, *Bajamar*, etc., que hemos visto en *La Caza* llegar a gran altura. Por lo que se refiere al tema filosófico, en el sencillo y cristiano poeta isleño para nada asoma la honda inquietud del autor de *La Duda*, o

de la *Visión de Fray Martín*. En las composiciones de este tema figuran: *La pluma y el pensamiento*, 1878, en Revista de Canarias del 8 de diciembre, recogida en *Ritmos*, *El árbol* (Ilustración de Canarias del 30 de noviembre de 1882), *La opinión popular* (en *Poesías*), etc. Tabares es un poeta sereno, sin el hondo escepticismo de Núñez, ni el de Campoamor, del que es buen lector también Tabares y muy atento, como ya advirtió Padrón Acosta, en el citado estudio. Claro que el aire de la mitad positivista del pasado siglo salpica el espíritu de nuestro poeta, que resuelve su duda apoyándose en una realidad superior, como ocurre en su soneto *Al cañón Tigre* (*Poesías*), donde se pregunta si el cañón fue el causante de la mutilación de Nelson o "fantasma popular, burda patraña", pero como lo que interesa es la vida de la fama, la realidad poética del mito, "verdad o error",

¡Bien con tu fama vives en la Historia!

Para cerrar el apartado del paisaje precisa señalar que en el hermoso poema (con algunos fallos iniciales, la verdad) *El salto del Negro* (*Ritmos*), dedicado a Alonso Quesada, Tabares vuelve al paisaje que con tanto éxito cultiva:

Hoy como ayer, el apacible ambiente
cruzan volando alispas y vencejos,
y traban en la atmósfera tranquila
combates, el cernícalo y el cuervo.

.

¡La misma soledad! El escenario
sin mudanzas; las aves... El silencio...
Las arcadas y arbustos y el molino...
Los cortes de basalto en los extremos.

El poeta, al cabo de cincuenta años, proa a la vejez, baja solo al Salto del Negro, en Barranco Santos (de Santos, el amigo de Alonso de Lugo) y evoca a sus compañeros de la niñez, ya idos; al fondo del "barranco profundo y pedregoso" se detiene:

¡La piedra lisa! A los solares rayos
abrillantada en su gastado centro,
por cuya inclinación se deslizaban
en turno apresurado nuestros cuerpos,

allí está, donde ayer, sola, desierta,
sumergida en el álgido silencio
que nada turba, ni rumor lejano,
ni la ligera ondulación de un eco.

¡Yo estoy solo también!, hados crueles,
¿qué ha sido de mis bravos compañeros,
los que erraban conmigo bulliciosos,
por esta altura y por el cauce seco?

No veo en estos versos una posible influencia del autor de *El lino de los sueños*, como apunta Valbuena Prat, tan gustoso de divagaciones cultas algunas veces y de citar a Wagner en un proceso muy amplio de inducción. Creo que Tabares insiste aquí en su paisaje de *La Caza*, pero el paisaje agreste, ahora, en la vejez, se carga de melancolía al recordar a los compañeros de la niñez; entonces un elemento del paisaje natural, una piedra, que es su acento, hizo vibrar, en notas del viejo y tradicional motivo del *ubi sunt?* la honda nostalgia de nuestro poeta realista:

¿En dónde están?... Reposan en la noche
perdurable y sombría del misterio;
Alba, Guezala, Cárdenas, Llarena,
Neda, Tolosa, Zerpas y Romero.

A igual que Nicolás Estévanez, Tabares tampoco entiende el modernismo; *La caza* es de 1908, cuando Rubén Darío (1867-1916) ha publicado ya casi todos sus grandes libros poéticos; a este respecto es curioso saber que Tabares publicó en el periódico lagunero, *El Pueblo Canario* del 14 de octubre de 1909, un artículo titulado *Pirotecnia literaria*, a propósito del Canto a Salamanca, premiado en los Juegos florales de la ciudad, a Salvador Rueda (1857-1933) en ese año. Don José critica el poema de Rueda, negativamente y afirma: "La escuela poética llamada modernista es a nuestro pobre saber y entender la mayor calamidad que ha podido caerle a las letras patrias... la tendencia no es nueva, como sabemos; es una especie de resurrección del gongorismo español, del preciosismo francés y del manierismo italiano... Hoy han exhumado la risible momia Rubén Darío, Chocano y el propio Rueda", etc... José María de Cossío, de haber conocido este artículo, vería en él la base de sus atinadas pala-

bras sobre Tabares: "Escribe... en plena época modernista. Ni el más leve contagio de tal escuela se advierte en él". No obstante, Cossío tiene gran estimación por la obra realista de Tabares y, tras confirmar el notable influjo en él de Núñez de Arce, manifiesta que *La caza* (que le recuerda el poema de Moratín), es de tal mérito "que dentro de la poesía venatoria dudo que le aventaje poema alguno". Claro que *La Diana, o arte de la caza*, 1765, a pesar de sus sextinas, de Nicolás F. de Moratín (1737-1780), es un poema didáctico y nada tiene que ver con el hermoso poema de Tabares.

Excelente sonetista fue Tabares Bartlett, si bien es cierto que no acertó siempre en todos. Con gran precisión apunta Valbuena Prat que los sonetos de Tabares, a pesar de ser los más populares, "no son las formas más logradas de fondo, aunque sí de técnica". Valbuena ve en algún soneto inspiración de tipo Núñez de Arce y concretamente de Adelar-do López de Ayala (1828-1879), en la línea de cuyos sonetos, *A unos pies*, pudiera estar "la fina galantería *A Josefina Ascanio*"; pero leídos los dos sonetos, apenas si vemos algo que los enlace. Para comodidad del lector incluyo el de López de Ayala:

A unos pies

Me parecen tus pies, cuando diviso
que la falda traspasan y bordean,
dos niños que traviesos juegetean
en el mismo dintel del Paraíso.

Quiso el amor y mi fortuna quiso,
que ellos el fiel de mi esperanza sean:
de pronto, cuando salen, me recrean;
cuando se van, me afligen de improviso.

¡Oh pies idolatrados! ¡Yo os imploro!
y pues sabéis mover todo el palacio
por quien el alma enamorada gime,
traed a mi regazo mi tesoro,
y yo os aliviaré por largo espacio
del riquísimo peso que os oprime.

Es notable la preocupación de López de Ayala por los pies femeninos, pues tiene otro soneto *A un pie*. En los dos campea

el apasionamiento sensual; pero estos escorzos de escultor poético sólo en el aire rozan el delicado retrato de cuerpo entero, como el mejor Madrazo poético, que Tabares Bartlett hace de Josefina Ascanio. El pie de la encantadora criatura es el extremo de la "crencha" de oscuro pelo; ella, edificio hermoso, limitado entre cabeza y pies, y que contiene: ojos, mano, voz, sonrisa, lo decisivo y representativo de la espiritualidad de un ser, en este caso, primoroso.

En cambio, acertada es la afirmación de Valbuena al observar en el soneto de Tabares, *Puesta de sol*, "un hermoso cuadro de color casi impresionista", en la línea de la galantería, pero enamorada... "en las selvas de tu pelo".

En la imposibilidad de examinar todos los mejores sonetos de Tabares, terminamos con dos: *La lechera* y *Remembranza*.

Si el soneto a Josefina Ascanio es el de la "fina galantería", el soneto culto, el empastado retrato del mundillo social, el retrato de la lechera es el retrato popular, con aire de agitada primavera, que recuerda algún cuadro de Romero Mateos (1875-1963). Frente al estatismo de Josefina Ascanio, el dinamismo de *La lechera* es acaso, más que un retrato impresionista a lo Sorolla, una escultura; mejor aún, esta lechera que vemos pasar, que contemplamos en ligero movimiento: las pomas del amor, el viento que la esculpe, el cuerpo que cimbrea, es un primer plano de cine. La nota impresionista, no obstante, se destaca en la visión del rayo de sol que reverbera en el cántaro de lata. Una sensación olfativa da al cuadro un trazo de vida: el olor a retamal que desprende la muchacha sana, limpia. En fin, la nota acústica de su cantar redondea la feliz composición de una campesina, por cuya gracia la carretera es "alegre": vemos, olemos, oímos a una joven lechera, en la que adivinamos todas las excelencias de la antigua maga, que el tiempo ya ha hecho evolucionar y es una estampa del pasado.

Si estos sonetos son cantos de plenitudes, hermosos medallones en los que deja la vida su cenit, terminamos con el conocido soneto *Remembranzas*. No son los rayos estivales ahora, sino las diluidas tintas del ocaso. El postigo, que también podría dar título al soneto, es hueco de una belleza que murió casi al nacer, alvéolo de un marfil ausente, nicho abierto de una presencia inol-

vidable. Ya no hay retrato, ni escultura, ni plano de cine, sino un trozo de madera rectangular, sobre el que montar un suspiro melancólico. El postigo que ayer fue marco de una belleza nubil es hoy nicho para un recuerdo. El poeta, ya viejo, con los amigos idos, canta emocionado un réquiem.

BIBLIOGRAFÍA

A) OBRAS POÉTICAS DE JOSÉ TABARES BARTLETT

Bosquejo poético sobre la conquista de Canarias y un romance. Santa Cruz de Tenerife, Imprenta y Librería de José Benítez, 1881.

Poesías. La Laguna. Imprenta Álvarez, 1896.

Estrofas. La Laguna. Tipografía La Laguna, 1900.

La caza. Prólogo de Ángel Guimerá. La Laguna. Imprenta Álvarez, 1908.

Trompos y cometas. La Laguna. Imprenta Álvarez, 1911.

Tenerife. La Laguna. Imprenta Curbelo, 1915. La empresa Nueva Gráfica, de Santa Cruz de Tenerife, ha hecho una edición facsimilar de mil ejemplares no venales de este cuidado folleto, en 1991.

Ritmos. La Laguna. Imprenta Curbelo, 1918.

Zebensui, en el libro *Fiesta de los menceyes*, editado por el Ateneo de La Laguna a expensas del Cabildo Insular. La Laguna. Imprenta Curbelo, 1919, págs. 59-65 (lo reprodujo Leoncio Rodríguez en *La Prensa*, los días 18 y 20 de septiembre de 1919).

B) SOBRE TABARES BARTLETT

José González Rodríguez: *Pro Cultura.* La Laguna. Imprenta Curbelo, 1923, págs. 275-281.

Ángel Valbuena Prat: *Historia de la Poesía canaria.* Barcelona, 1937.

Tabares Bartlett, en Biblioteca Canaria. Santa Cruz de Tenerife, s. a. [1940]. *La cristiana muerte del poeta*, por Santiago Beyro [Notas biográficas y selección poética de Leoncio Rodríguez].

Sebastián Padrón Acosta: *La poesía de Don José Tabares Bartlett*, en *Revista de Historia*, n.º 92, de octubre-diciembre de 1950.

José María de Cossío: *Cincuenta años de poesía española*. Madrid. Espasa-Calpe, 1960, tomo II, págs. 1205-1207.

Sebastián Padrón Acosta: *Poetas canarios de los siglos XIX y XX*. Aula de Cultura, 1966 [No obstante la fecha de edición, es trabajo anterior al de *Revista de Historia*, más completo].

Leoncio Rodríguez: *Perfiles*, Santa Cruz, 1970, págs. 329-333.

Nuestra Antología: Pese a su extensión, seleccionamos, íntegra, *La caza*; los sonetos insertos se encuentran en *Ritmos*.

LA CAZA

I

¡Venid a mí, recuerdos placenteros
de los años primeros;
de la pasada juventud hermosa,
que el tiempo en su vorágine consume,
y aspire su perfume
como el del cáliz de fragante rosa!

¡Venid, recuerdos que de lejos amo,
cual tórtola al reclamo;
cual río cuyo curso no embaraza
la seca hoja que su linfa mece!

¡Venid! Y el canto empiece
del plácido ejercicio de la caza.

La árida costa ensánchase a los ojos
con sus quiebras y abrojos;
entre sirtes rompiendo y en picachos
las enarcadas olas con coraje,
recamando de encaje
a las playas desiertas sus penachos.

Ingentes moles de cortadas grietas
y volcánicas vetas,
que el soplo lento de la edad carcome,
sombreadan las profundas hondonadas;
moles desvencijadas
amenazando próximo desplome.

En los barrancos de inseguras rocas
sus atezadas bocas
las cuevas muestran en lo largo a trechos,
y en sus techumbres téticas y graves,
las carniceras aves
tienen sus nidos de hojarasca hechos.

Fétidos balos, rígidos cardones,
tabaibas y pencones
verdeguean en predios y en honduras
dándole al suelo cárdenos matices;
y enredan sus raíces
en los resquicios de las peñas duras.

¡Su frente audaz eleva la montaña!
Donde la cabra huraña
en los secos arbustos ramonea.
Y en torno... ¡soledad! ¡silencio mudo!...

¡Que aquel paraje rudo
parece que de bárbaro alardea!

¡Mas, sonrío la bóveda del cielo!
¡Ni una nube, ni un velo,
róbanle claridad!; siempre flamante
baña la costa con su luz el día,
y la noche sombría
tiene allí las facetas del diamante!

Brisas del mar, perennes y sutiles,
los páramos cerriles
por los rayos solares caldeados,
orean con su blando y suave aliento,
y el undoso elemento
rizan al par los céfiros alados.

¡Oh, región de mi patria idolatrada,
en mí fotografiada!

¡Con qué gozo infinito el alma mía,
en medio tu inmortal naturaleza
y salvaje belleza,
se espaciaba en la libre cacería!

¡Ver, me parece, la redonda luna
sin nube inoportuna
alzarse lentamente y majestuosa
del fondo azul del líquido Oceano...
por la invisible mano
de la inmutable Eternidad grandiosa!

La récova impaciente, atraillada,
se agita desalada.

¡Nunca más ansiedad, mayor deseo
por quebrantar sus férreas ataduras,
sintiera en las oscuras
celdas de su prisión cautivo reo!

Asomando el hocico puntiagudo,
en rasguñar sañudo
su angosta cárcel el hurón se emplea;
cual si romper quisiera la alimaña
su guarida de caña
y metálica puerta que olfatea.

¡Ah, qué emoción el venatorio bando
experimenta, cuando
le da soltura a la veloz jauría!
Desata las traillas anhelante,
y escapan al instante
rastreando los perros a porfía.

Nada turba el silencio misterioso
y lánguido reposo
de la noche clarísima y serena.
¡Sólo se escucha en la extensión, rimado,
del grillo soterrado
el canto agudo que vibrante suena!

Súbito, en el repliegue montañoso,
o en el llano fragoso,
se oye latir con voz precipitada
de insistente y tenaz desasosiego,
al perro nocharniego
que sorprendió la pieza levantada.

Acude jubilante, de improviso,
la récova al aviso;
persíguela, al huir despavorida,
pero sagaz, alígera y artera,
gana la madriguera
en breñales y en matas escondida.

¡Y es gozo ver los perros impacientes
moverse diligentes
husmeando en redor de la morada;
y a sus alegres vívidos clamores,
llegar los cazadores
como al botín famélica mesnada!

—¡Atrás!— ¡Atrás!— con vigoroso acento
uno grita al momento:
y otro repite —¡Atrás!— y la jauría
atisba y calla; en orden se coloca,
de suerte que la boca
del cercado cubil quede en franquía.

El edecán descíñe con premura
la red de su cintura;
alguien le auxilia por tenderla en breve;
los hilos cubren la covacha estrecha,
y la cuadrilla acecha
con sigiloso ardid... ¡nadie se mueve!

Por debajo la trama movediza
el hurón se desliza;
y a medida que avanza en su derrota
por sus ansias voraces impelido,
extínguese el sonido
del claro cascabel nota tras nota.

Y vese en grupo desigual y vario,
en aquel escenario
do imprimieron sus huellas los volcanes,
en la hoya, o en rústicos alcores,
formar los cazadores
un cuadro acechador entre los canes.

Óyese presto subterráneo ruido,
 como si removido
hubiera al punto el peñascal ignoto
la mano de un titán en lo profundo,
 o retemblara un mundo
a impulso de violento terremoto,
y venir en tropel precipitado
 al boquete velado
la pieza que huye y el hurón que acosa,
y enredarse en su rápida carrera
 el conejo y la fiera
en los torzales de la red nudosa.
¡Y place ver seguir a los sabuesos
 los rastros, a los besos
de la naciente luz de la mañana...
que enciende el llano y la celeste cumbre
 con fulgurante lumbre
desde su alcázar de ópalo y de grana;
ora llegar al paredón caído
 y lanzar su latido,
escarbando en los brutos matacanes,
y a hurtadillas la pieza escapar, luego
 alcanzándola el fuego
al burlar la pesquisa de los canes;
ya raudo el roedor zafar medroso
 con instinto engañoso,
y agazaparse en la tajada roca,
o en la planicie tras veloz corrida
 y larga acometida,
aprisionarlo el perro entre la boca!
¡Oh, emociones del arte de la caza!
 ¡Del lance y de la traza!
¡Tan gozosas, tan pródigas, tan buenas
al corazón que vuestro influjo siente!
 ¡Qué lapso sonriente
aquel en que venís de vida llenas!

¡Horas de paz, sabrosas y sencillas,
sin odios ni rencillas!
¡Siempre apacibles, siempre halagadoras,
extrañas al dolor y al desengaño,
a la traición y al daño!
¿Quién os olvida, irremplazables horas?
Si la sed, o el cansancio nos enerva,
nos dan lecho la hierba;
resecas gramas, tréboles olientes,
sombra el peñasco, aire la montaña,
y de su dura entraña
el sonoro raudar límpidas fuentes.
¡Oh, eminencias de Ofra y Taco y Pacho,
que allá cuando muchacho
mi planta holló con juvenil aliento!
¡Venid cantando el himno de victoria
que tiene a la memoria
por acordado y dócil instrumento!
En vuestras bravas cimas y espesuras
las ráfagas más puras
impregnadas de aromas del herbaje
¡cómo a mi pecho trémulo acudían
y el corazón henchían
de una embriaguez insólita y salvaje!
Ante el ancho y radioso panorama
que se abre y desparrama
desde los toscos vértices mirado,
perdiéndose a lo lejos débilmente
como un sueño inocente
en la despierta realidad borrado,
extático y absorto, con la vista
en la seguida pista;
a torpe y vano pensamiento ajeno,
a mezquina pasión, minucia y dolo,
acompañado y solo
pude entonces pensar: —¡El mundo es bueno!

Cuando el estío ardiente nos sofoca
y el sol al cenit toca
y yace jadeante la jauría,
buscábamos la gruta donde mana
recóndita fontana
que verde musgo su remanso cría.
Despojados de redes y lanzones,
cantimploras y hurones,
escopetas, cananas y morrales,
ya faltos de sustento fatigosos,
yantábamos ansiosos
restaurando las fuerzas corporales.
En coro fraternal siempre festivo,
¡con qué placer tan vivo
que vulgar estro a describir no alcanza,
el sano chiste y la ingeniosa pulla
entre risas y bulla
mezclábanse en la broma y en la chanza!
Quién encuentra al acaso a un mozalbete,
con puntas de pillete,
apurando del tinto a escondidilla;
y repróchale airado y le acogota
porque empinó la bota
mordiendo la aguzada trompetilla;
quién mira de soslayo, o de reajo,
y con cara de enojo,
donde mejor descabezar un sueño;
en tanto que otro busca una añagaza
y con discreta traza
se hace del sitio designado dueño.
Y vense poco a poco y con recato
de breve en breve rato
por la jornada matinal rendidos,
parsimoniosos escurrirse todos,
y en aquellos recodos
diseminados descansar dormidos.

La cueva abrupta de maleza orlada,
a trechos salpicada
de ásperas y rotas milibditas
que invade el rancho ocioso y vocinglero,
la creyera el viajero
estancia de silvestres trogloditas.

¡Cuántas veces abrióse a mi memoria
la interesante historia
del pueblo guanche y bravos invasores,
cuando al ánima viene y embelesa
el recuerdo, y nos besa
la mente con sus pálidos fulgores!

¡Ah, cuántas veces, sí, meditabundo,
apartado del mundo,
de su pompa pueril y vanidades
sosiego hallando en un agreste asilo,
perezoso y tranquilo
en medio de las vagas soledades.

—¡Raza feliz! —clamé con ansia viva.

—¡La raza primitiva
de mi gentil Nivaria inmaculada!...
¡Nacida en una roca del Atlante
al rumor crepitante
de las olas y el aura en la enramada!

¡Cómo ella libre, idílica y hermosa,
sin ambición odiosa!

¡Pastoril y poética y valiente!
¡Crecida en sus riberas y florestas,
y altiva cual las crestas
del soberbio Guajara ignipotente!

¡Raza feliz, ¡oh Dios!, casta sencilla!

La raza sin mancilla
del aborigen insular canario.
¡Sobria en costumbres, repelente al vicio,
y pronta al sacrificio
en la lid, y al perdón con su adversario!

¡Desde el alba a la estrella vespertina,
 en el prado y colina
 que esmaltan el poleo y el tomillo,
 bebiendo sus balsámicos olores,
 cantaba sus amores
 al son del armonioso caramillo!
 ¡Vasalla de sus célebres Menceyes
 y obediente a sus leyes,
 en dulce paz, sin escisión alguna,
 en el pobre cultivo y pastoreo
 colmado su deseo,
 nunca soñó más bien, ni más fortuna!
 ¡Cuán abundosos sus fugaces años!
 ¡Le daban los rebaños
 lactíferas sustancias; las praderas
 el succulento grano en áurea espiga
 sin sudor ni fatiga;
 y mieles las riscosas abejas!
 ¡Campo a mis ojos, a mi numen plaza!
 ¡Oh, diosa de la caza!
 ¡Diana radiante, que atrevida enseñas
 desnudo el muslo al replegar tu veste,
 porque huellen lo agreste
 mejor tus pies sobre las calvas peñas!
 ¡Tú trepas ágil al alzado cerro
 con tu aljaba y tu perro;
 la luna ciñe tu espaciosa frente,
 y aunque tu templo destruyó Erostrato,
 imbécil o insensato,
 diosa eterna serás, Diana inocente!
 Mueve mi planta; y presurosa ascienda
 por accesible senda,
 dejando en pos la costanera orilla;
 ascienda, sí, a la altura, hacia el collado,
 al soto regalado
 que allá distante en lontananza brilla.

Cambie la escena en fértiles llanuras
de mieses y verduras,
donde sus alas rumorosas pliega
la arisca codorniz. Miren los ojos
maizales y rastros
en dilatada y pintoresca vega,
donde el castaño muestra sus erizos
en apiñados rizos;
sus esferas la linda pomarrosa,
y en cercas y en ribazos, a horcajadas,
lucen, de caldo hinchadas,
las negras ubres de la vid hojosa.
—¡Ven, mi pachón, ligero rastreando
los surcos; coleando,
febril volviendo la cabeza inquieta,
semejante al corcel esquivo al freno
botando, de ardor lleno,
delante de la rígida escopeta!
En las ondas serenas del ambiente
que refrescan mi frente,
tu fino olfato sin cesar percibe
de la pieza volátil los efluvios,
que en los rastros rubios
exhala en las revueltas que describe...
No alcanza a traducir la fantasía,
esa intensa alegría
que siente el cazador al ver el paro
súbito del pachón, que a tiro encuentra
la codorniz y... ¡entra!
Y el ave surge, y mácala el disparo.
Parte en su busca el animal fogoso
sin tregua ni reposo,
y la recoge con vivaz empeño
en medio de sus mandíbulas rosadas,
en tibio humor mojadas,
y retorna trayéndola a su dueño.

Quando abrasa el bochorno la colina,
la resistente encina
y los erguidos pinos del bosque,
cama le ofrecen de mullida broza,
y se recuesta, y goza
bajo el oscuro toldo del ramaje.

A los rumores de la espesa umbría
se huelga el cazador adormilado:
y el perro en obstinada soñolencia,
henchidos de armonía,
con vaga intermitencia
parpadea durmiéndose a su lado.

Si ser alguno los contornos pisa,
despiértase y avisa
con resonante y pertinaz ladrido;
centinela leal, su instinto experto,
ya dormido, o despierto,
hácele susceptible al menor ruido...

Ya es el pastor que su ganado lleva
al arroyo en que abreva:
ora robusta y agraciada niña
que a llenar va su cántaro a la fuente,
y a verse en su corriente:
espejo bullidor de la campiña.

¿Quién mira con desdén belleza tanta?

¿A quién, a quién no encanta
el fresco bosque, el hato, el arroyuelo,
la estrofa de los pájaros cantores,
la gracia y los primores
de una beldad, partícula del cielo?

También le ofrece el labrador vecino
del lugar campesino
grato albergue, solaz, techo y sustancia;
franca hospitalidad, tierno agasajo,
frutos de su trabajo
de la honrada labor y la constancia.

Vieja locuaz, o recatada moza,
 aderezan la loza
 sobre limpio mantel de sus telares,
 y la mesa de negro barbusano,
 preséntala el villano
 más blanca que la espuma de los mares.
 De la sala que ocupa, en un testero,
 en un nicho grosero
 y ceñido de flores, mal tallado,
 un Cristo vese cuyas líneas toscas
 preserva de las moscas
 ancho cristal por ellas empañado.
 Le dirigen sus preces y oraciones
 aquellos corazones
 como en señal de gratitud y ofrenda;
 y a la égida del santo Crucifijo,
 invade el regocijo
 los seres de la rústica vivienda.
 La risa, el humorismo y el festeo,
 allí tienen empleo;
 reinan en comfortable compañía.
 ¿Y en qué hogar, aunque humilde, no hay holgura,
 si la paz, es ventura,
 y el amor al Altísimo, alegría?
 Declina el sol: sus rojos resplandores
 con débiles colores
 irradian en el término lejano,
 y leve gasa de compacta bruma
 rápidamente esfuma
 el monte, el valle, la ladera, el llano.
 Torna, impasible, a sus risueños lares
 sin cuitas ni pesares
 el cazador del boque o serranía,
 que rinde su excursión cuando al ocaso
 traspunta el ígneo vaso
 dándole un beso al moribundo día.

¡Cuán bellas aromadas, seductoras,
 se suceden las horas
 en campo abierto y soledad tranquila!
 ¡Parece que en un éxtasis profundo
 entre el cielo y el mundo
 el alma libre de la carne oscila!
 ¡Allí se adora a Dios: son sus altares
 las cumbres y pinares;
 basílica sin fin el firmamento,
 hostia la luna que al espacio sube,
 incensario la nube,
 oración inspirada el pensamiento!
 ¡Allí todo es verdad, Naturaleza
 exhibe su grandeza.
 Puro es el aire que a aspirar convida,
 pura la sensación que nos produce
 cuanto a los ojos luce.
 ¡Oxígeno del alma y de la vida!
 Los juveniles goces pasionales,
 dejar suelen señales
 de enojo y sinsabor, de llanto y pena;
 lo que placer en otra edad creímos,
 después lo maldecimos:
 ¡que a tanto mal el mundo nos condena!
 ¡Oh, amena y deleitosa cacería!
 ¡Tú eres la poesía!
 Juventud, sanidad, gozo, atractivo,
 júbilo culto, musa, todo eres.
 ¡De tus castos placeres
 queda el recuerdo luminoso y vivo!
 ¡Salve, Diana inmortal! Cante a tu paso
 sus himnos el Parnaso.
 ¡Tú la vida dilatas y recreas;
 calor infundes, entusiasmo y brío
 al flaco verso mío!
 ¡Oh, diosa sin rival, bendita seas!

PUESTA DE SOL

A María

El astro de oro, el luminar del cielo,
en las líquidas ondas se ocultaba,
la brisa, caprichosa, jugueteaba
en las selvas oscuras de tu pelo.

—¡Canta! —dijiste— con vibrante anhelo!
¡Canta esa lumbre excelsa que se acaba!—
Y en la línea indecisa fulguraba
del cárdeno horizonte, sin un velo.

¡Lo recuerdo muy bien! En la agonía
del celeste volcán, bella María,
miraba yo tu faz encantadora...

Y ante aquel espectáculo de muerte,
¡raro contraste!, parecíame al verte
que despuntaba, espléndida, la aurora.

A JOSEFINA ASCANIO

Desde la crencha de tu oscuro pelo
que besando acaricia el aura leve,
hasta el sedoso y transparente velo
del encaje que roza tu pie breve;

tus ojos, brilladores como el cielo;
tus manos, lirios de impoluta nieve;
tus líneas, tus contornos, son modelo
que en vano el arte a bosquejar se atreve.

Tu voz, como el acorde de una lira,
fuente parece que en brezal suspira;
a los ensueños del amor provoca...

Es tu sonrisa un mundo de quimeras,
y van las ilusiones prisioneras
en el hilo de perlas de tu boca.

LA LECHERA

Ojos negros, castaña cabellera;
las mejillas de nieve y escarlata;
las pomas del amor, ¡cuán bien retrata
su turgente y temblante delantera!

Miradla, por la alegre carretera,
cuando el naciente sol su luz dilata,
y a sus rayos el cántaro de lata
salpicado de helechos reverbera.

Dibujando graciosas redondeces,
el percal a sus formas ciñe a veces
el viento caprichoso, jugueteando...

Desnudo el pie, la pantorrilla al aire,
y moviendo su cuerpo con donaire,
oliendo al retamal pasa cantando.

REMEMBRANZA

Marco el postigo a su hermosura era,
¡ha cincuenta años! ¡Con dolor lo digo!
Hoy pasé por su calle y el postigo
abierto vi, como diciendo: —¡Espera!—.

Ni un compañero de mi edad primera
existe ya, de mi pasión testigo;
de aquellos que rondábanla conmigo
por las losas gastadas de la acera.

¡Ella, núbil, bajó a la sepultura
llevándose un ensueño de ventura!
Cruzo delante de su hogar desierto...

Vuelvo atrás la mirada entristecida,
y se le antoja al alma dolorida
hoy, el postigo aquel, un nicho abierto.

ANTONIO ZEROLO HERRERA
(1854-1923)

Fue el hijo menor del médico italiano, Santos Zerolo, que llegó a Lanzarote, muy joven, y allí se casó con Micaela Herrera, de Teguiise; de este matrimonio fueron hijos: Elías (1848-1900), el ilustre erudito isleño, que dirigió la famosa Revista de Canarias (1878-1882), soporte de la fecunda generación de 1880; el médico Tomás (1850-1910) y Antonio, el poeta y catedrático de Literatura.

Por su apasionado admirador y biógrafo, Leoncio Rodríguez (1881-1955), sabemos que, a los catorce años, publicó Don Antonio su primera poesía dedicada a Cervantes, la cual leyó en el Gabinete Instructivo de Santa Cruz de Tenerife, ciudad a la que se había trasladado su familia desde Arrecife. Leoncio nos cuenta los numerosos premios alcanzados por Zerolo, quien llegó a ser "el poeta isleño por antonomasia", según el entusiasta director de La Prensa ha escrito (Notas biográficas al frente del folleto dedicado a Don Antonio, que citaremos en la Bibliografía). A las generaciones actuales deberá sorprenderles (pues las vigencias culturales de ahora son otras) que en la lectura de una composición leída por el poeta en la fiesta organizada para celebrar la inauguración del cable (1884), "recibiera una ovación tan espontánea y clamorosa como jamás se ha vuelto a escuchar entre nosotros", y de la misma manera, el 25 de julio de 1890, su poesía dedicada a Isaac Peral, leída en el Gabinete Instructivo por el autor, de tal manera entusiasmó a los oyentes, escribe también Leoncio Rodríguez, que el poeta "fue arrebatado materialmente de la tribuna por los marinos del buque de guerra *Vulcano* y el público... preso de un entusiasmo delirante".

Don Antonio fue a Madrid llamado por su hermano, el ilustre médico Tomás, según nos informa José González

Rodríguez, en *Pro Cultura*, que citamos, y fue Bachiller en Artes por el Instituto del Cardenal Cisneros; después se licenció en la Facultad de Filosofía y Letras, de la entonces Universidad Central.

Desde que aparece, a fines de 1878, la Revista de Canarias, dirigida por su hermano Elías, Antonio Zerolo publica con mucha frecuencia poesías y otros trabajos todo el año de 1879, y en agosto y octubre de 1880 firma desde Madrid una poesía y una prosa, en la que condena el positivismo.

En 1881 es nombrado profesor auxiliar del Instituto de Canarias, que reside en La Laguna. En noviembre de 1899, según nos cuenta Leoncio Rodríguez en sus *Perfiles*, se le confiere a Zerolo la representación de Tenerife en las fiestas de la Coronación del poeta Campoamor (1817-1901), por cuyo motivo marchó a la Península; en 1904 es nombrado, en virtud de oposición, catedrático de Lengua y Literatura castellanas del Instituto Jovellanos de Gijón (Asturias), cargo que desempeñó unos siete años, hasta que obtuvo su traslado al Instituto de La Laguna, a comienzos de 1911, y en La Laguna vivió ya hasta su muerte.

Zerolo cultiva los temas específicos de la literatura regional, ya señalados; el tratamiento del sentido de la Conquista es seguido por el poeta, al igual que Tabares, como fervoroso vianista. La ayuda que Don Antonio prestó a Don José Rodríguez Moure en la edición que éste hizo del poema *Antigüedades*, de Viana, le familiarizó con el asunto y en 1881 ya había acudido, igual que Tabares, al certamen promovido por la Económica de Amigos del País sobre la conquista de las Islas, con su *Ensayo poético sobre la Conquista de Tenerife y La Palma* y Zerolo obtuvo el primer premio. En tal poema, con la misma medida que Tabares, trata Don Antonio el sentimiento suscitado por el Conquistador, en suaves tintas. Los poetas realistas de la segunda mitad del XIX, conforme advertíamos, carecen de la adversión que los románticos de la primera mitad, aproximadamente, profesaban al general Lugo y a los invasores. Zerolo, por supuesto, exalta a la raza guanche, pero en equilibrio con la española, en la que reconoce:

Mas quien progreso y religión adujo
y unió por esos bienes tan supremos
el guanche audaz y el español bizarro,
bien merece la gloria de Pizarro.

Y en las octavas del *Canto a la Conquista*, de 1896, con el que acudió al certamen de la Económica, organizado en ocasión de celebrarse el cuarto centenario de la citada Conquista, escribe el poeta premiado:

¡Los guanches!... ¡Oh, cuán dura fue la suerte
de aquella estirpe generosa y brava,
progenie heroica do el candor se advierte,
que antes quiso morir que ser esclava!
Mas no deseo, al lamentar su muerte,
de extintos odios remover la lava;
¡que si de raza conquistada vengo,
de la conquistadora sangre tengo!

De gran evocación sentimental hacia los aborígenes, no obstante, es la composición titulada *La cueva del rey Bencomo*, escrita en quintetos. El legendario mencey de Taoro, especie de rey Don Rodrigo, "sin cetro y sin corona", se lamenta con amargura de su suerte, en unas reflexiones que recuerdan las del Bencomo de Viana, en los cantos XII y XV de las *Antigüedades* y el paisaje de Zero lo también supone una lectura al canto I del Poema vianesco, pero los reproches al Conquistador han desaparecido.

El tema del 25 de julio está tratado por el poeta en sus composiciones: *A las madres de Tenerife en la invasión de Nelson*, 1896, y *Símbolo*, 1897, en airoosas redondillas, que le han dado gran fama al poeta.

Al tema del mar alude el soneto *El Atlántico* y algún aspecto de *El poema de la patria*: "En vértigo incesante, en raudito torbellino, / las ondas oceánicas, presas de un frenesí, / indómitas, rebeldes, ciegas, como el destino, / se hacen, se deshacen, se agitan de continuo, / se juntan y separan y chocan entre sí".

El Teide es aludido en la tercera octava real del poema: *Al Valle de La Orotava*, 1888:

¡Oh, Teide, pedestal del infinito
que desgarras las nubes con tu cima,
libro de piedra, donde Dios ha escrito
cuanto al viajero intrépido sublima,
monstruo cuyas entrañas de granito
respiración intermitente anima,
tú, que eres de ese Valle el noble escudo
al romper mi canción, yo te saludo!

El paisaje insular está cantado por Zerolo en diversos momentos de su obra. En el citado canto *Al Valle de La Orotava*, por ejemplo, enumera con precisión detallista, en la octava XVII, lo que cada producto agrícola brinda al Valle:

Y la caña te ofrece su ambrosía,
la vid con su licor tus trojes llena,
el café para ti sus granos cría,
el tabaco, sus hojas y su fruto
el plátano te rinde su tributo.

Precursora de esta enumeración de la flora isleña, de técnica realista, es la hermosa descripción que el gran polígrafo venezolano, Andrés Bello (1781-1865) hace de su flora tropical, tanto en su poema *Alocución a la poesía*, como en la *Silva a la zona tórrida*, donde la caña, la tuna, el algodón, el ananás, el palmar... el banano, el café, etc., reciben brillante adjetivación, más modesta en Zerolo, pero que evoca, tal vez casualmente, pues ignoramos si lo leyó, la técnica descriptiva de Bello.

En el poema *Las Cumbres*, 1913, parece que va el Marcelo, de *Peñas arriba*, ascendiendo por unas alturas montañosas cantadas por Pereda (1833-1906) en prosa, con el mismo sentido realista que lo hace Zerolo en verso.

Intimista, como casi todos los poetas aquí agrupados, la devoción por la madre, o el dolor por el hijo perdido, en el soneto a Tabares Bartlett, 1919, o en *Predestinación*, 1921, Zerolo expresa su fervor por La Laguna, donde transcurrió buena parte de su vida, en diversos poemas como el soneto a la ciudad, 1921, "después de la estación veraniega", *En la inauguración del Teatro Viana*, 1894, en *¡Qué tiempos aquellos!*, 1903, dedicado a Cabrera Pinto, en *La entrada del Cristo*, 1909,

etcétera y también dedica alguna composición *A Santa Cruz*, como el soneto de 1903.

Gran devoto el poeta de su patria chica en *El poema de la patria*, en *No hay tierra como la mía*, 1900 (muy popular), o en *Musa isleña* (*Gente Nueva*, n.º 58, del 19 de enero de 1903) de manera concreta, pero su amor por las Islas está bien patente en la mayoría de sus versos. Como varios poetas de la época, Zerolo concurre a la Fiesta de las Folías, 1914, con un soneto al sentimental canto de los canarios, pero la patria grande española cuenta con la más rotunda y encendida de sus adhesiones. *España y Coro de poetas*, 1913, son buena muestra de ello.

Como Tabares, Zerolo fue hombre de gran religiosidad: *Jueves santo*, 1896; *A Jesucristo*, 1901, lo expresan, aparte su fervorosa afirmación de fe en la *Oración del poeta*, 1911; en *Introducción*, 1913; *Padre Nuestro*, etc., que son poemas de suma devoción de creyente católico.

El poeta Zerolo obtuvo flores naturales y premios en Reus (*Prim en los Castillejos*), Guadalajara y Tenerife, en diversas épocas, y la Academia de la Lengua le nombró miembro correspondiente, en 1922.

Como todos los poetas de su época, Zerolo es cantor de circunstancias y se refiere a poetas admirados, como a Zorrilla, Verlaine, Villaespesa, que supone lecturas más avanzadas que las de Tabares, escritor amigo, también cantado por él, así como Valentín Sanz, Manuel Verdugo, Ildefonso Maffiotte, el doctor López Martín y otros. No faltan en este seguidor de Zorrilla, en los poemas de meditación, sobre todo, y de Núñez de Arce, algún soneto galante, en la línea de Tabares, si bien con menor brillantez, como el dedicado a Olga Aguilar, 1912.

Don Antonio cultivó también el género teatral y la prosa. Catedrático de Literatura y poeta popular, a causa de sus dotes declamatorias, lo mismo expresaba en verso su admiración por Cervantes (en varias ocasiones) y por diversos poetas españoles, que manifestaba en sencillos cantares del pueblo la sentida ausencia de los suyos, cuando estaba en Asturias.

De Zerolo escribe José María de Cossío: "Si de Tabares puede decir que era el último poeta canario de tal siglo [se refie-

re al XIX], de Zero lo puede afirmarse que es el primero entre sus conterráneos del siglo XX. No es, por su sensibilidad, un precursor del modernismo, pero el contagio de su poesía es evidente en la de Zero lo. Sobraron en las Canarias verdaderos precursores antes de aparecer la gran figura de Tomás Morales o la de Alonso Quesada, pero el más viejo de cuantos sintieron, acaso sin definirla, la inquietud de un cambio creo que es el poeta de Arrecife" (Obra y tomo citados, pág. 1209).

BIBLIOGRAFÍA

A) OBRAS DE ZEROLO

Ensayo poético sobre la Conquista de Tenerife y La Palma. Administración de Revista de Canarias. Imprenta Isleña. Santa Cruz de Tenerife, 1881.

Después de un año. Drama. Imprenta Isleña. Santa Cruz de Tenerife, 1886.

Al Valle de La Orotava. Imprenta Bonnet. Santa Cruz de Tenerife, 1888.

Poesías premiadas en Reus. [Prim en los Castillejos y El Trabajo]. Imprenta Bonnet. Santa Cruz de Tenerife, 1893.

Poesías premiadas en el certamen del cuarto centenario de la Conquista [El amor y Canto a la Conquista]. Imprenta Isleña. Santa Cruz de Tenerife, 1896.

Antologías:

Antonio Zero. Algunas de sus composiciones. Imprenta Curbelo. La Laguna, 1926 [Folleto con nueve composiciones poéticas].

Antonio Zero. Biblioteca Canaria. Librería Hespérides. Santa Cruz de Tenerife, s. a. [1940] [Con notas biográficas debidas al editor y antólogo Leoncio Rodríguez; contiene dieciocho composiciones poéticas de Zero].

Antonio Zero Herrera: Antología poética. Prólogo de Enrique Roméu Palazuelos. Santa Cruz de Tenerife, 1987 [Contiene cuarenta y una poesías, recogidas por su nieta, Conchita Zero Hardisson, algunas ya publicadas en las antologías citadas anteriormente].

B) SOBRE ZEROLO

Isaac Viera y Viera: *Vidas ajenas*, citada, 1888.

José González Rodríguez: *Pro-cultura*, 1923, citadas; págs. 73-77.

Domingo Pérez Minik: *Antología*, 1952, citada; se estudia al poeta, al frente de la selección antológica del mismo.

José María de Cossío: Obra y tomo citados, 1960; págs. 1207-1209.

Sebastián Padrón Acosta: *Poetas canarios de los siglos XIX y XX*, citada, 1966; págs. 256-272.

Leoncio Rodríguez: *Perfiles*, 1970, citados; págs. 337-341.

Antonio Zero lo figura con dos poesías: *Napoleón en Santa Elena* y *En una tempestad* en *Poetas canarios*, 1878, la antología de Mujica, citada; en *El libro de los poetas* del Pbro. Díaz Quevedo, con el soneto *Cómo y dónde quiero morir*, que el antólogo titula *En La Laguna*, pág. 182, pero el soneto titulado *La pobre Marianela*, de las págs. 274-275, que firma un antiguo estudiante de Derecho de Gran Canaria, es el soneto *Los personajes de Galdós* que Zero lo escribió en enero de 1920, al morir el gran novelista, con sólo dos palabras cambiadas. Se trata, sin duda, de un robo, no de un plagio, acaso travesura juvenil que engañó al antólogo.

Zero lo figura entre los sonetistas de la Biblioteca Canaria: *Cien sonetos*, citados; en la *Antología de La Laguna*, de Padrón Acosta; *Antología poética de La Laguna*, de Sebastián de la Nuez, citadas.

Nuestra Antología: Los poemas seleccionados se hallan en las Antologías citadas de Zero lo. El soneto a Olga Aguilar, en el extraordinario que publicó La Prensa en abril de 1912, a propósito del concurso de muchachas guapas, organizado por el diario de Leoncio Rodríguez.

LA CUEVA DEL REY BENCOMO

¿Fue sugestión del medio o fantasía...?
Yo meditaba en la profunda cueva
que fue palacio de Bencomo un día,
y a donde el culto a la región me lleva;
todo en silencio y soledad yacía;
cuando de súbito en la entrada oscura
se alzó, poniendo mi valor a prueba,
hermosa y mayestática figura.
Luenga la barba, grave el continente,
la mirada expresiva, ancha la frente,
de ágiles miembros y épica estatura,
acusaba su recia contextura
el vigor de una raza prepotente.
Miróme, y avanzando lentamente,
exclamó, con acento de amargura:
"Rey sin vasallos, como un alma en pena
recorro la comarca que fue mía.
Caudillo de una hueste al dolo ajena,
su gloria compartí, su muerte lloro,
y, recordando la marcial escena,
me parece que siento todavía
vibrar dentro de mí, claro y sonoro,
el ronco son, la bélica armonía
del caracol, que el eco repetía
en los campos de "Aguere" y de "Taoro"...
Tremendo el choque fue; quedó la tierra
en sangre de ambos pueblos empapada;

mas si pienso en la sangre derramada
una duda a mi espíritu se aferra:
si es de paz y de amor prenda sagrada,
¿por qué sin miedo al verla profanada,
ponen aquellos hijos de la guerra
una cruz en el puño de la espada?...
¡Ay, Lugo, mi rival afortunado
me hablaba de riquezas y de honores
que con pródiga mano me ofrecía;
de convertirme, de abjurar errores,
dejar las armas y vender mi estado;
después me amenazó con los horrores
de una guerra implacable. Él no sabía
que los que nacen de la estirpe mía
no pueden ser esclavos ni traidores!
¡El Progreso!... ¡La luz!... Venga en buen hora,
si no ha de arrebatarnos los hogares
en donde vimos la primer aurora.
La patria es una roca de los mares
coronada de bosques seculares,
pletóricos de savia creadora.
¡Qué bella estaba, oculta en el misterio
aun del idilio bajo el dulce imperio!
Guardábanla de fiera acometida,
como se guarda a la mujer querida,
las dos inmensidades de Natura:
Arriba, el Teide, eterno vigilante,
y abajo, el rumoroso mar de Atlante
que arrullaba sus sueños de ventura...
Salían de sus vírgenes entrañas,
murmuradores, frescos manantiales,
discurriendo entre juncos y espadañas,
y en las grietas de riscos y montañas
crecían esos dragos colosales
de puntas aguzadas cual puñales,
prontos a defender nuestras cabañas.
En aire salútfero y sereno
bañábase de gozo estremecida,

y árboles, frutos, su fecundo seno
brotaba sin cesar, que estaba lleno
de misteriosa gestación de vida.
Era una bendición el campo ameno;
una orgía de aromas y colores,
una explosión de luz, notas y flores.
¡La tierra en paraíso convertida!
Madre común, de gérmenes henchida,
siempre nos dio como alimento sano
la rubia harina de tostado grano
y el zumo de mocán como bebida.
Presidía las magnas asambleas
la ancianidad en los consejos ducha;
y los mozos, tras rústicas tareas,
ensayaban sus fuerzas giganteas
en el noble ejercicio de la lucha.
¡Sanas costumbres, tiempos patriarcales,
fiestas de goces puros!... Como un sueño
todo pasó. De cuadro tan risueño
ni siquiera quedaron las señales.
¡El Progreso!... ¡La luz!... Siempre este grito
la humanidad enardecida lanza,
y cuanto más en su carrera avanza
siente más sed, ¡la sed de lo infinito!
La dicha mora en un rincón del mundo;
no es la felicidad la humana ciencia;
sólo estriba en la paz de la conciencia...
Ser bueno vale más que ser profundo.
¿Y en qué parte del orbe lograría
satisfacer su aspiración el alma
como aquí, donde todo es poesía,
soledad, placidez, dulzura y calma?...
No faltan en la tierra que fue mía
y ganaron las armas españolas,
apacibles recónditos lugares
do se escuchan, mezclándose a porfía,
el susurro del viento en los pinares
y el rumor en las playas, de las olas.

Allí teje la selva enmarañada
 su inextricable red de gilbarvera;
 impenetrable a trechos, y cerrada
 al ruido mundanal, como si fuera
 el asilo de alguna "harimaguada".
 Y el templo es donde la sombra impera
 y lo grandioso al corazón domina.
 ¡Cómo vibra al llegar la Primavera,
 órgano de una música divina!...
 ¡Y cómo en vez de incienso, por doquiera
 despide de su verde cabellera
 el acre y sano olor de la resina!
 Nudosos troncos, firmes, altaneros,
 se mofan de los siglos; sus raíces
 de tal modo prendieron en la tierra,
 buscando de la vida los veneros,
 que testigos de tiempos más felices,
 y con las tempestades siempre en guerra,
 se yerguen en el llano y en la sierra
 llenos de venerables cicatrices.
 ¡Hayas, tilos, viñátigos, laureles,
 árboles de robusta corpulencia,
 gigantes de los nívaros vergeles,
 también tenían ¡ay! los guanches fieles
 las raíces aquí de su existencia!
 ¿Por qué causa o razón que no adivino
 convierten, si es el bien nuestro destino,
 en mar de sangre y lágrimas la Historia?
 ¡El hombre hambriento de fortuna y gloria
 va sembrando la muerte en su camino!
 En su carro triunfal, todo lo aplasta
 la ambición, esa especie de locura.
 ¡Cuándo saldrá de la celeste altura
 una voz que le diga: ¡"basta"! ¡"basta"!...
 ¡Oh, sombras de mis muertos!, ¡Oh, Tinguaro!,
 ¡Oh, Sigoñe, Jaineto y Beneharo!
 ¿Podré nombrar a todos?... ¡Imposible!:
 ¡Eran tantos, Señor!... ¿Cómo imposible

ves caer a los buenos sin amparo?...
 Aún el recuerdo torcedor me acosa
 del trágico momento de mi vida,
 después de la catástrofe espantosa,
 cuando quedó Nivaria al yugo uncida,
 sin más delito ¡ay! que ser hermosa.
 ¡Nivaria! ¡Mi Nivaria! Yo heredero
 del gran "Tinerfe" en ti soy extranjero,
 yo, el Mencey de "Auratápala" vencido,
 a extasiarme mirándote he venido.
 ¡No hay dolor más cruel, según infiero,
 que la nostalgia del Edén perdido!
 Los bienaventurados en ti moran;
 así lo dicen los que nada ignoran.
 Pues bien: ¿no sabes lo que trae el viento?...
 ¡Es el ay, el gemido, es el lamento
 del alma de los guanches que te lloran!
 Surgiste entre estragos y entre horrores
 del fondo inexplorado del abismo.
 ¡Cómo si eres volcán produces flores!...
 ¡Si has de vivir cambiando de señores,
 pide al cielo un segundo cataclismo!...
 Tu espléndida hermosura ha de perderte,
 te acecha sigilosa la codicia,
 insaciable pasión que mueve al hombre
 y se llama el derecho del más fuerte.
 Luché como un león en su caverna
 mientras pudo mi brazo defenderte;
 con mi sangre sellé mi amor bendito;
 ¡Pero ha quedado el alma, que es eterna,
 inmortal, como Dios, y necesito
 toda su eternidad para quererte!
 Sin cetro, sin corona, despojado
 de mi único tesoro que es tu suelo,
 ya no soy sino espectro ensangrentado
 que vuelve a hundirse en el sepulcro helado.
 ¡Adiós, Nivaria, y que te ampare el cielo!"

... ..

Lo que vi, lo que oí, ¿fue desvarío?...
¿Fantasma que engendró la mente loca?...
Por mi cuerpo corrió un escalofrío...
¡Pero es peor reconocer, Dios mío,
que la verdad brotaba de su boca!

SÍMBOLO

Atended que va de cuento:
refiere la tradición
que cuando el ronco cañón
zumbaba, y el firmamento,

y la tierra estremecía,
en la sangrienta jornada
en que dejó demostrada
Santa Cruz su bizzaría,

en la tapia del convento
que el inglés quiso asaltar,
un canario sin cesar
daba sus trinos al viento.

Estaba a la luz del sol
orgulloso el pajarillo
de ostentar el amarillo
del estandarte español;

y cuanto más acudía
la muchedumbre en tropel,
más se desataba él
en torrentes de armonía.

Mientras tanto, oyendo el ruido,
con amorosos anhelos,
la madre, por los polluelos
velaba dentro del nido.

Fue aquel un día de gloria
en lucha con Inglaterra,
los que cayeron en tierra
revivieron en la historia.

Tenía que suceder...
una bala de fusil
hizo al pájaro gentil
para siempre enmudecer.

¡Tinto en sangre, cara al sol,
aquel rey de los cantores
mostraba los dos colores
del estandarte español!

—¿Y el nido?— No sé, en verdad,
lo que fue del pobre nido.
Sólo sé cuán atrevido
luchó por la libertad

el pájaro de mi cuento.
¡Tal vez, los hijos quedaron,
y la victoria cantaron
en las tapias del convento!...

[1897]

¡QUÉ TIEMPOS AQUELLOS!

A Don Adolfo Cabrera Pinto

En esta vieja Ciudad,
de recuerdos tan gloriosos,
pasé los años dichosos
de mi alegre mocedad.

Yo a sus templos concurrí,
en sus aulas estudié,
por "San Diego" paseé
y hasta "San Roque" subí.

Yo me interné en la espesura
donde tanta fuente brota,
y desde la *mesa Mota*
vi su regia vestidura.

Yo con otros escolares,
en esos lejanos días,
he bailado "las folías"
en sus fiestas populares.

Y junto a un rostro adornado
del clásico sombreroillo,
al compás del guitarrillo
cuántas veces he cantado.

"Éstas sí que son folías,
éstas sí folías son;
las folías de mi tierra
son el mejor rigodón."

Yo las calles recorría
en esas noches de luna
que sólo hay en La Laguna,
tan llenas de poesía.

Y atendí al vago rumor
de algún órgano sonoro,
en donde cantan a coro
las vírgenes del Señor.

¡Oh, Ciudad, eterna fuente
de inspiración, qué ventura
aspirar en la llanura
tu fresco y sutil ambiente!

¡Qué cuadro para el que mira
apoyado en una palma!
¡Qué soledad y qué calma,
qué paz en ti se respira!

Así te quiero mejor,
tranquila, seria, vetusta,
defendida por la augusta
sombra del "Conquistador".

Tus campesinas cabañas
en mitad de los "Rodeos",
tus magníficos paseos
que bordan chopos y cañas;

tu escogida situación,
tus poéticos molinos,
las cruces de tus caminos
que invitan a la oración;

tus rosales siempre en flor,
tu mar de espigas doradas,
donde cantan enceladas
las codornices, su amor;

toda esa gala que así
te ha cubierto como un manto,
todo ese inefable encanto
que se desprende de ti;

tanto primor y grandeza,
deja el alma muda, absorta.
¿Por qué es la vida tan corta
y tan grande tu belleza?...

¡Cómo me place escuchar
el viento que fiero ruge,
y en la ventana que cruje
sentir la lluvia zumbar!

¡Cuánto oír al trueno en pos,
me parece allá en la altura
decir a la criatura:
"¡Calla, que está hablando Dios!"

Yo no sé qué lazo estrecho
me une a ti, largos años,
pero ni penas ni daños;
te borrarán de mi pecho.

Fío en que no me rechacen
aunque no me has dado nombre,
porque patria tiene el hombre
allí do sus hijos nacen!

Cuando la muerte a cortar
venga el hilo de mi vida,
quiero en tu vega florida
humilde tumba encontrar.

Sólo una cruz y una losa,
¿para qué más panteón?
Y una sencilla inscripción:
"Aquí mi cantor reposa".

A SANTA CRUZ

25 de julio de 1797

25 de julio de 1903

Celebra tu glorioso aniversario,
y admire el mundo la inmortal hazaña,
en que su lealtad y amor a España
selló con sangre el corazón canario.

Penetra reverente en el santuario
donde están las banderas de Bretaña,
hoy, que a los golpes de enemiga saña,
subes cual nuevo Cristo a tu Calvario.

De allí acuden recuerdos a millares
a confortar tu espíritu; devora
en altivo silencio tus pesares.

Lucha y calla; el derecho no se implora.
¿Si has vencido al coloso de los mares,
¡ira de Dios! no has de vencer ahora?

A OLGA AGUILAR

Alta, rubia, gentil, de ojos de cielo,
—de esos ojos que matan dulcemente—;
formando la corona de su frente
doradas hebras de sedoso pelo.

Llegó a las urnas, levantóse el velo,
y al verla tan hermosa y sonriente
unánimes votaron con la gente
todas las flores del canario suelo.

Imagen de belleza peregrina
que circunda del triunfo la aureola,
es modelo de gracia femenina;

y arde en sus venas, como hirviente ola
de fuego de pasión, mezcla divina
de la sangre francesa y española.

[Abril de 1912]

LAS FOLÍAS

Música original la de mis lares,
pues conmueven el alma del patriota,
desde la isa, hermana de la jota,
hasta el viento que zumba en los pinares.

¡Oh, las folías!... Tienen sus cantares
un recuerdo de amor en cada nota;
pero hay algo también que a veces brota
del undívago seno de los mares.

Allá en las noches plácidas, serenas,
cuando flota el misterio en el ambiente
y reposa el Atlante en las arenas,

más que el oído, el corazón lo siente:
¡es la voz, es la voz de las sirenas
que cantan a la isla eternamente!...

[1914]

LOS PERSONAJES DE GALDÓS

Cuando expiró el maestro, asombro de la gente,
por ser el prototipo del genio y la constancia,
yo sé que penetraron en la mortuoria estancia,
todos los personajes que concibió su mente.

El lecho rodearon cubriéndolo de flores
—piadosa y delicada señal de sentimiento—
y no se oyó una queja, ni un grito, ni un lamento,
que sólo tienen llanto del alma los dolores.

"Fortunata" y "Jacinta" cogidas de la mano
el coro presidían de la nocturna vela,
y próxima a este grupo, tan bello como humano

de las protagonistas de la inmortal novela,
sin apartar los ojos del venerable anciano,
estaba de rodillas la pobre "Marianela"...

[Enero de 1920]

LA LAGUNA

(Después de la estación veraniega)

Ya La Laguna triste y solitaria
vuelve a su natural recogimiento,
a ser la típica ciudad canaria
donde se reconcentra el pensamiento.

Florón el más antiguo de Nivaria
en un valle fecundo tiene asiento,
y allí crecen el pino y la araucaria,
que son las lirás rústicas del viento.

Sólo el gremio escolar que se declara
amante del bullicio y la alegría,
le presta animación con su algazara.

O se escucha la mística armonía
del órgano, al pasar por "Santa Clara"
en la tarde otoñal, lluviosa y fría.

[Abril de 1921]

PATRICIO PERERA ÁLVAREZ
(1856-1899)

Nació este poeta y periodista en La Laguna y su firma aparece en distintos periódicos y revistas de la época; a sus treinta y seis años aparece dirigiendo, en Santa Cruz, el periódico El Criterio; en 1894 sustituye a Mateo Alonso del Castillo (1847-1931) en la dirección del Diario de La Laguna, publicación que cesa en 1896, año en que Patricio dirige en la misma ciudad el Heraldo de Canarias, de corta vida, como era costumbre en muchas publicaciones de entonces, pues sólo vivió dos años.

En el verano de 1899 apareció en Santa Cruz el periódico La Unión Conservadora, en cuya redacción figuraba el periodista lagunero, quien parece ser que publicó un suelto en tal periódico pidiendo cuentas acerca de lo invertido en el arreglo de las calles de Santa Cruz, en el tiempo en que fue alcalde Don Pedro Schwarts Mattos. El suelto, sin firma, fue atribuido a Patricio Perera y se dijo que un deudo del alcalde atacó al periodista con un palo, propinándole un golpe, a consecuencias del cual murió Patricio el 23 de agosto de 1899; ese día le dedica una sentida nota necrológica El Diario de Tenerife y otras publicaciones locales.

Don Sebastián Padrón Acosta, que se ocupa de Patricio Perera, tanto en *Poetas Canarios*, como en *Retablo canario*, citados, tuvo la fortuna de examinar la extensa obra inédita del poeta y nos dice que "acaso ni la mitad de ésta vio la luz pública (*Poetas Canarios*, pág. 275).

Entre los seguidores de Viana que he examinado en mi libro sobre el Poema o *Antigüedades* del bachiller lagunero, señalé a Patricio Perera como un poeta armónico, también en la línea de Tabares y Zerolo. En la composición *Mi patria*, publicada en el núm. 45 de Revista de Canarias, del 8 de octubre de

1880, Perera exalta en sonoros serventesios de alejandrinos, al terruño y a la raza guanche, pero con un fondo de ensoñación poética:

Hoy sólo se recuerdan de aquellos tiempos miles
alguna deidad hermosa o algún atleta rey;
de flautas montañesas canciones pastoriles,
las inocentes fiestas de la canaria grey.

Que aún vagan por los valles las sombras misteriosas
de la doncella isleña y del galán gentil,
se escuchan los rumores de trovas amorosas
sobre la verde alfombra que teje el mes de abril.

El poema comienza con una bella descripción del paisaje isleño y Perera se muestra tan apasionado por su belleza, como en la poesía de Zerolo aparece también ensalzado en exaltación entusiasta.

Con razón escribe Padrón Acosta que Patricio parece: "unas veces un isleño intransigente ante la azul luminosidad de España que nos llega con Alonso Fernández de Lugo"... pero "otras, un espíritu abierto a lo que nos trajo la conquista, azul Robinson saliendo de su isla, camino de su patria" (*Poetas Canarios*, pág. 275).

Sin duda que si el modelo del poeta es el tardío romanticismo que la actitud de Nicolás Estévanez (heredada, a su vez, de un Negrín o una Victoria Ventoso, etc.) le proporciona, Patricio Perera se muestra intransigente con el fenómeno de la Conquista, pero si el patrón se lo ofrece la postura serena y comprensiva de un Tabares o un Zerolo, el proceder del poeta también lo es y sigue, por tanto, una valoración sensata ante "aquellos tiempos miles". Por ese camino contradictorio, es lógico que preguntará un día futuro Manuel Verdugo, nuestro señorial parnasiano, cuál es la raza que él ha de cantar, o Francisco Izquierdo, el modernista, se alojará en el bando de los que vinieron, de quienes se considera descendiente.

Patricio Perera cultiva este abundante apartado literario del tratamiento al conquistador por parte de nuestros poetas. *La Conquista*, un poema escrito en sonetos e inspirado en una lectura de Viana, en que aparece la doble actitud arriba señalada, con la exaltación a Tinguaro, en especial, está

comprendido en semejante apartado, así como el poema *A los primitivos habitantes de Canarias*, en décimas; se trata de un trabajo de circunstancias, leído con motivo del traslado de los restos de Alonso de Lugo, desde el Cristo a la catedral lagunera, el 31 de julio de 1881, ya citado, y que le fue premiado al poeta por la Sociedad Instructiva de La Laguna, poema que discurre por los mismos cauces. También de circunstancias es la composición *Los amores de Atlántida*, premiada por la Sociedad Económica en el certamen que esta Real Sociedad organizó en 1896, al cumplirse el cuarto centenario de la Conquista de Tenerife y La Palma, igualmente citado ya. Patricio Perera, en variada rima, como es tradicional en el romanticismo, hace figurar en sus versos a personajes simbólicos, siempre siguiendo a Viana. Supone Padrón Acosta que Patricio leyó el gran poema de Verdaguer, sin olvidarse de los anatemas de Nicolás Estévez. El tema del mar, en lo neptúnico, y el del Teide, en lo volcánico, corren paralelos a esta evocación geográfica y mitológica de las Islas.

La misma exaltación del terruño, en tonos íntimos, hace Patricio Perera en *Mi valle* (Revista de Canarias, núm. 43, del 8 de septiembre de 1880), en seguidillas; en sonoros serventesios de alejandrinos, en aproximación a estrofas que serán tan del gusto modernista, vuelve a cantar su tierra y a la raza guanche en *Mi patria*, citada, y la devoción sentida por el paisaje isleño se prodiga, asimismo, en el romance *Canarias*, premiado con accésit por la Sociedad Económica en 1881, en la línea espiritual y literaria del famoso poema de Nicolás Estévez; idéntico fervor por el paisaje insular aparece en las octavas reales del poema *Nívaría*, 1898, etc.

No obstante su devoción por Estévez, el paisaje de Patricio Perera no subraya la nota realista del "barranco profundo y pedregoso", de Don Nicolás; Patricio cultiva una poesía descriptiva esencialmente blanda y pastoril, de lo romántica y sentimental, con ritmo a veces modernista.

El tema del 25 de julio lo trata nuestro poeta en el romance dedicado a *Santa Cruz*, 1893, ciudad a la que canta en la composición que le dedica, aparecida en la Ilustración de Canarias del 10 de agosto de 1883, y a su ciudad natal, La Laguna, se refiere el *Homenaje*, en quintetos, 1891, la única obra que conocemos publicada en folleto aparte, citada en la

Bibliografía. Las demás, poesías insertas en periódicos y revistas, así como leyendas en prosa: *Don Pedro Coronado* (La Ilustración de Canarias, núm. 16, del 28 de febrero de 1883), etc., a igual que diversos poemas insertos en periódicos y revistas de la época esperan a ser recogidos en volumen.

Poesías amorosas de Patricio aparecieron en la mencionada Ilustración de Canarias, del 30 de noviembre de 1882, como la titulada *Serenata*, arrebatados quintetos a la amada: "No hay nada que se iguale a tu hermosura"; la titulada *A...*, en la misma revista, del 15 de septiembre de 1883: "¡Qué ingrato he sido, mi adorada niña!"; y en octavas reales, *A Claudia* (ídem., del 29 de febrero de 1884): "Si es grato para tu alma bondadosa".

No falta en Patricio la tradicional poesía de amor maternal, que hemos señalado presente en los poetas de este grupo. En la misma Ilustración del 15 de septiembre de 1882 aparece, en tercetos, el poema *A mi madre*: "¡Oh, dulce madre, tórtola que el nido". El poeta, en su desolación, escribe:

¡Hoy está el mundo para mí desierto!
Mis ilusiones de color de rosa,
¡también contigo, madre mía, han muerto!

Entre las poesías de circunstancias, la dedicada *A Pérez Galdós* (Ilustración del 31 de mayo de 1883), etc.

Padrón Acosta, que pudo leer la obra inédita de Patricio Perera, señala una influencia patente de Bécquer en varias composiciones cortas del poeta (*Poetas canarios*, págs. 280-288) y afirma que *Cantos de mis montañas*, 1898, era el título de un libro inédito, en el que se apreciaba la influencia de Zorrilla.

BIBLIOGRAFÍA

A) OBRA DE PATRICIO PERERA

Homenaje a la muy noble y leal ciudad de San Cristóbal de La Laguna. Santa Cruz de Tenerife. Imprenta de A. J. Benítez, 1891; 12 págs.

B) SOBRE PATRICIO PERERA

Sebastián Padrón Acosta: *Poetas canarios*, 1966, citada.

Sebastián Padrón Acosta: *Retablo canario*, 1968, citado.

Nuestra Antología: Mi valle y Mi patria los tomamos de Revista de Canarias, citadas en el texto; reproducimos íntegro el *Homenaje* a La Laguna, único folleto del autor publicado aparte. El soneto a la muerte de Tinguaro, que figura en el poema *La Conquista*, en Padrón Acosta, *Poetas canarios*, pág. 276; *A Fabio*, figura entre los *Cien sonetos de autores canarios*, pág. 53.

MI VALLE

Guarnecen a mi valle
bellas montañas,
esmeraldas preciosas
que el sol inflama.
En ellas los pastores
bajo las hayas
forman con hojas secas
toscas cabañas.
Danle suaves perfumes
las frescas auras,
y tapizan su suelo
flores lozanas.
Hay en él, fuentecillas
que perlas manan
y entre las duras rocas
forman cascadas.
A ellas por la tarde
van las zagalas
con sus cántaros rojos
a coger agua.
En la cumbre hay tomillo
poleo y salvia
con que las montañesas
tejen guirnaldas.
Allí del monte ameno
sobre las faldas
una Iglesia bendita

descuella blanca;
Iglesia que a los fieles
con su campana
en los días de fiesta
convoca y llama.
Y es de ver cómo suben
por las cañadas
en tropel aldeanos
con aldeanas.
En la nave del templo
todos se hermanan
y elevan a la Virgen
sus preces santas.
El cielo de mi valle
siempre está en calma
ni una nube sombría
jamás lo empaña.
Arroyos cristalinos
del monte bajan
y en la campiña forman
sierpes de plata.
Nubes de pajarillos
vuelan y cantan
ya en la fuente apacible
ya en la enramada.
En la verde campiña
la oveja bala
y en los riscos agrestes
trepas la cabra.
En la vecina huerta
los bueyes aran
y en las eras las mulas
trillan la parva.
Las casas de mi valle
siempre tan blancas
palomitas parecen
sobre una rambla.

En él son las costumbres
puras y sanas,
y hacen de mi aldeíta
nueva Tebaida.
¡Cuántas tardes de Estío
tengo pasadas
de mi valle dichoso
bajo una palma...!
¡Horas que ya pasaron
cual nubes raudas,
jamás vuestro recuerdo
borro del alma...!

MI PATRIA

¡No hay tierra más hermosa, ni cielo más sereno!
Vergel acariciado por el cerúleo mar
do el aire se respira de suave aroma lleno;
sus auras son aliento de rosa y azahar.

Sus trinos dan al viento mil pájaros cantores,
cada arroyuelo es cinta del límpido cristal
en donde se retratan rebaños y pastores
y la madeja rubia de un sol primaveral.

Hay bosques y jardines de sin igual belleza
donde derrama pura su luz el astro sol:
prodíganos sus dones feraz naturaleza,
las noches van envueltas en mágico arrebol.

Mil veces cuando en torno la soledad impera,
en la tranquila orilla de este canario mar,
vi de la luna hermosa la luz que reverbera
y suyas son las notas de mi primer cantar.

Aquí he visto los mares en blanco movimiento
con su rumor inmenso llenando la extensión,
y cuando en su llanura dilato el pensamiento
admiro entusiasmado la vasta creación.

Por cima de las cumbres que el mar Atlante baña
levántase gigante el Teide colosal:
testigo fue en un tiempo de la feroz campaña
que esclavizó a sus hijos al férreo dogal.

Hoy sólo se levanta con el recuerdo triste
de la grandeza altiva de su glorioso ayer;
en lava de su cráter grabada aún existe
del pueblo primitivo la historia y el poder.

Señores de la selva vivían sus menceyes
ciñendo por corona diadema de laurel,
sumisos acataban sus venerandas leyes
y el sacrosanto lema de su justicia fiel.

Mas hubo un día aciago en que la patria hollada
vieron bajo la planta de audaz conquistador,
y desde el Teide altivo sonando en la cañada
se oyó la voz de alerta con bélico furor.

Y sucumbieron, patria, al invasor bravío;
costó arroyos de sangre la bienhechora paz;
todo se vio arrasado por el aliento impío
de Marte que aquí muestra su sanguinaria faz.

Pasó aquel crudo tiempo de guerra y exterminio,
logró España en su seno nuestra región unir,
el vencedor guerrero que fija su dominio
la herencia portentosa legó de un porvenir.

Y fueron nuestros campos cimientos de ciudades,
la choza fue palacio que el arte levantó,
la ilustración lo agreste borró de otras ciudades
y en ciencia y en riqueza mi patria renació.

Hoy sólo se recuerda de aquellos años miles
alguna deidad hermosa o algún atleta rey;
de flautas montañosas canciones pastoriles,
las inocentes fiestas de la canaria grey.

Que aún vagan por los valles las sombras misteriosas
de la doncella isleña y del galán gentil,
se escuchan los rumores de trovas amorosas
sobre la verde alfombra que teje el mes de abril.

Hoy, patria, mil poetas honran tus santos lares,
pintores que trasladan al lienzo o al papel
el movimiento blando de tus azules mares
en rasgos sorprendentes de artístico pincel.

Músicos melodiosos que dulces notas lanzan
de las sonoras cuerdas de armónico laúd,
guerreros denodados que combatiendo alcanzan
¡laureles de victoria o palmas de laúd!

HOMENAJE
a la muy noble y leal ciudad
de San Cristóbal de La Laguna. 1891

¡Oh, mi vieja ciudad! patria amorosa
donde a la luz del sol abrí los ojos,
y en cuya vega umbría y deliciosa,
en la mañana de la infancia hermosa
dilaté el pensamiento sin enojos.

Deja que lleno de entusiasmo ardiente
y santo y tierno amor bese tu planta;
que en tu seno gentil doble mi frente
y que exhale robusta mi garganta
para ti su cantar más elocuente.

Aunque lejos de ti nunca te olvido,
que mi alma siempre tu memoria evoca
con la ansiedad que el pájaro perdido
recuerda triste en solitaria roca
del bosque en que naciera el dulce nido.

¡Ay!, cuando pienso en el risueño encanto
de tu recinto, del Edén trasunto,
y altar de mis afectos el más santo,
y de mi numen predilecto asunto,
brotan mis ojos abundoso llanto.

Como corren las auras voladoras
por la verde extensión de tus vergeles,
armonías formando encantadoras,
vuelan a ti mis pensamientos fieles
de mi destierro en las cansadas horas.

Tan grande es la nostalgia que yo siento,
no respirando el aire que embalsama
el ámbito que llenas en tu asiento,
que mi alma adolorida en su tormento
ni dichas tiene ya, ni goza, ni ama.

Triste avecilla sola por el mundo,
sin gorjear un canto errante vuelo,
que el estro de mi espíritu fecundo
abandonóme en mi penar profundo
al alejarme de mi patrio suelo.

Do quiera tiendo mi pupila incierta
vigorosa tu imagen adorada
en mi pecho abatido se despierta,
con la memoria de la dicha muerta,
en un tiempo lejano disfrutada.

Entonces sólo vuelvo del desmayo
que en esta soledad experimento,
y en alegría súbita me explayo
al bosquejar mi activo pensamiento
tu valle encantador, cuna de Mayo.

La realidad de mi ambición daría
por dormir otra vez bajo la sombra
con que convida la floresta umbría
que a tus montañas de verdura alfombra
con eterno esplendor y lozanía.

¡Cuán felices las horas del estío,
sentiría pasar entre el ameno
follaje espeso de tu bosque umbrío
sin que me hiriera el aguijón impío
que el mundo impregna de mortal veneno!

Allí el arrullo de torcaz paloma
mecería mi sueño reposado,
mientras del aura el penetrante aroma,
que en las silvestres florecillas toma,
me embriagaría con su aliento alado...

Tan grande es mi ilusión que cuando el sueño
postra mi cuerpo de bregar rendido
por este campo árido, me empeño
en creer que mi espíritu halagüeño
en ti corre a buscar su amante nido.

Quien el aire aspiró de tus colinas
y ha sentido el cimbreo de tus palmas,
y bañóse en tus fuentes cristalinas,
jamás te olvidará, que tus divinas
bellezas no se borran de las almas.

¡Oh! mi hermosa ciudad, búcaro de oro
que las memorias guardas en tu seno
que piadoso y avaro tierno adoro;
tú serás siempre el sin igual tesoro
que ambicione mi amor casto y sereno.

En ti mi pensamiento condensado
tu nombre ensalzará mi acento libre,
que, de timbres y honores fiel dechado,
será tu historia el plectro idolatrado
que hará a mi corazón que en tu honra vibre.

Que aún alegre recorro me parece,
como en mi tierna edad, tus dulces lares,
y que escucho otra vez, cuando amanece
el sol primaveral que te engrandece,
de plácidos jilgueros los cantares.

¡Cómo refleja mi conciencia grata
de mis primeros años el desvelo,
cuando en tus charcas de color de plata
placentero miré cuál se retrata
el terso azul de tu radiante cielo!

La candorosa luna muchas veces
testigo fue de mi alegría suma,
cuando de Otoño en los nublados meses
jugué de tus corrientes con la espuma
sin temer del destino los reveses.

No hay un rincón en tus extensos llanos
que para mí no tenga una memoria,
pues en ellos forjé con mis hermanos,
en mi afán infantil, mis siempre vanos
e ilusos sueños de riqueza y gloria.

¡Qué tiempo más dichoso! Allí el balido
de la inocente oveja y el arrullo
de la tórtola, mi alma han conmovido,
inspirando a mi lira el más sentido
canto en que cifro mis más noble orgullo.

Cual ancho cinturón verdes montañas
a tu campiña sin rival guarnecen,
y del monte las rústicas cabañas
del sol al tibio rayo resplandecen
entre brezos, laureles y espadañas.

Forma en conjunto armónico y salvaje
el poético esbozo de tu suelo
del perdido Jardín rico paisaje;
y en el orbe no hay otro que aventaje
en cambiantes y en luces a tu cielo.

Donde quiera que el alma deposita
su atención penetrante, de Natura
la exuberancia admirará infinita:
corona el alto cerro blanca ermita
y bañan cien arroyos la llanura.

A impulsos de la brisa en el verano
las mieses salpicadas de amapolas,
y escondiendo en la espiga el rubio grano,
mécense en ondas en el fértil llano
como del mar las mugidoras olas.

Fragantes y fecundas arboledas,
donde anidan alados ruiseñores,
y cuyas ramas en las noches quedas
vibrando forman sinfonías ledas,
tus campiñas perfuman con sus flores.

Todo es calma y sosiego entre semana
de la montaña en la elevada sierra,
que en ella el labrador sólo se afana,
desde el dorado albor de la mañana,
en fecundar con su sudor la tierra.

Al agrio son de la piqueta ruda
entona sus canciones pastoriles,
sin que se rinda en su faena cruda,
que son sus cantos del trabajo ayuda
y lenitivo en sus quebrantos miles.

Pero el domingo con sus galas llega
y con él se dilata la alegría
por la estrada florida de la vega,
donde el rústico pecho se extasía
y al descanso el zagal feliz se entrega.

De la flauta campestre el eco suave
convida a las pastoras a la danza
que, en giro honesto, acompasado y grave,
se desarrolla en dulce bienandanza
hasta que el alba nueva anuncia el ave.

¡Cuánto he gozado en estas gratas fiestas
en las aldeas de tus verdes montes;
y qué de frescas y apacibles siestas,
al caldear el sol tus horizontes,
he pasado durmiendo en tus florestas!...

En ellas he escuchado los trinados
del pájaro que desde los confines
del Asia o de la América apartados,
remontó audaz los mares dilatados
para tejer su nido en tus jardines.

Como árabe jarrón que guarda altivo
las esencias balsámicas de Oriente,
escondes en tu seno el germen vivo
del recuerdo inmortal que lenitivo
sólo ya presta a mi marchita frente.

¡En oscuro rincón del camposanto,
que guarda las cenizas de tus muertos,
yacen también los padres por quien llanto
derramó sin consuelo en mi quebranto
al recorrer del mundo los desiertos!

La cruz bendita que adoré sincero
en tus góticos templos seculares,
y el viejo torreón que alza severo
su cabeza de piedra, son venero
que le inspiran aliento a mis cantares.

¡Ay, cuántas veces sin cesar llorando
al aura he suplicado que en sus alas
condujera hasta ti, rauda volando,
el eco flébil de mi acento blando
entre los pliegues de sus blancas galas!...

¡Oh! mi Agure risueña y siempre amada,
de donde me apartó la aciaga suerte,
dichoso yo si en mi vejez cansada
en tu albergue tranquilo mi mirada
fije esperando la implacable muerte.

En alabanza tuya al labio mío
no cesará de hablar, cual el creyente
ante el altar de Dios con rezo pío
le eleva su salmodia reverente
y con su fe le rinde su albedrío.

¡No me ciega el amor que te profeso!
Pues tan regia grandeza has conquistado,
de tu ya anciana edad en el proceso,
que en el libro inmortal con oro impreso
por siempre está tu nombre idolatrado.

El esplendor excelso de tu historia
el viejo monasterio aún atestigua,
guardando entre sus ruinas la memoria
de sus lucientes páginas de gloria
que escudos son de tu nobleza antigua.

Yo, muchas veces, en mi afán sediento
interrogué los agrietados muros
del silencioso y lóbrego convento,
y en sus medrosos ángulos oscuros
mis historias leyó mi pensamiento.

De los patrios anales compendiada
en ti la majestad, el relicario
serás que esconda siempre inmaculada
la hidalguía que es prenda vinculada
en el noble y leal pueblo canario.

La poesía en tu cabeza bate
sus alas de diamante y tu recinto
a sus influjos armoniosos late,
mientras tus hijos con celoso instinto
batallan del Progreso en el combate.

El augusto crisol del heroísmo
depuró tu valor en lucha fuerte
contra el Goliath del proceloso abismo;
pues tu gente en patriótico lirismo
en Añaza de Albión trocó la suerte.

En el concierto de tu humana vida
el árbol del saber nunca se enerva,
que en tu región primaveral anida,
su gentil sien de lauros guarnecida,
junto con Flora, la inmortal Minerva.

Sublime es todo en tus serenos lares
y encanto presta y alegría al alma
que contempla tus zambras populares
donde tu pueblo, en venturosa calma,
se adiestra en ejercicios singulares.

Pregonarán tu brillo y gentileza
del céfiro el lateo y el sonoro
murmullo que el arroyo en la maleza
al viento da con rítmica terneza,
haciendo al trino de las aves coro.

Mas no te falta un bardo que en tu fama
pulse las cuerdas de su dulce lira,
que de tu gloria la celeste llama
del poeta los númenes inspira
y de entusiasmo el corazón le inflama.

Humilde trovador de tus primores
siempre inspirado por tu nombre santo,
germen fecundador de mis amores,
mientras exista te alzaré mi canto
al compás de mis ritmos vibradores.

A donde quiera que el destino oscuro
mi vida arrastre en su variable intento,
nunca, ¡oh, patria! a tu amor seré perjuro,
¡que yo ante tu ara sacrosanta juro
tu nombre no borrar del pensamiento!

MUERTE DE TINGUARO

Con pujanza el isleño y vigor raro
su independencia sostener pretende,
que el amor santo de la patria enciende
de su valor el esplendente faro.

¡Mas todo inútil fue! Cayó Tinguaro,
el fuerte campeón que la defiende,
y sin él ya, la retirada emprende,
dejando el campo al español preclaro.

Nada se opone a su triunfante paso,
abandonando la encantada vega,
temerario adelanta hacia el ocaso.

Al abrupto Acentejo otra vez llega
y allí donde sufrió rudo fracaso
su victorioso pabellón despliega.

A FABIO

Si no comprendes lo que digo, Fabio,
¿por qué tu lengua me critica fiera?
Si no puedes llegar hasta la esfera
en donde giro, cállese tu labio.

No creas, necio, que me infiere agravio
tu crítica mordaz, simple y artera,
pues en verdad te digo que quisiera
más que tu parabién, castigo sabio.

¿Piensas que por tener en la memoria
trilladas reglas del divino arte
conoces ya la senda de la gloria
y puedes sabio y crítico llamarte?
Tu creencia, ¡oh pedante, es ilusoria:
no olvides, no, la fábula de Iriarte!

GUILLERMO PERERA ÁLVAREZ
(1865-1926)

A igual que su hermano Patricio, Guillermo Perera nació en La Laguna y fue también poeta y periodista; como político idealista fue republicano. En el verano de 1899 dirigía, en La Laguna, el trisemanario La Región Canaria, y al cesar esta publicación en 1904, fue Guillermo director del diario lagunero El Noticiero Canario, y publicó en el folletón de ese periódico el Poema o *Antigüedades* de Antonio de Viana, cuyas planchas le sirvieron a Rodríguez Moure para su edición de 1905. Guillermo Perera no fue político muy activo, como Patricio, y al pasar El Noticiero Canario a ser un periódico del partido liberal, el poeta abandonó la dirección del diario.

Los versos de Perera, aparte un par de leyendas editadas en folletos, aparecen como casi todos los que estos poetas escriben, en diversas publicaciones de la época. La revista Castalia, 1917, publica de Guillermo Perera los poemas *Ayer y hoy*, *La lira mía*, *Tedio*, *El recuerdo* y *No más poetas*, dos de los cuales, *Tedio* y *El recuerdo*, reproduce Leoncio Rodríguez en el folleto que al poeta dedica en su Biblioteca Canaria. Guillermo Perera fue funcionario de la secretaría del Instituto de La Laguna hasta su muerte.

El poeta lagunero, tal vez motivado por las circunstancias de los entonces certámenes oficiales que organizaban las entidades culturales referidas, al igual que todos estos creadores de la segunda mitad del XIX y primer tercio del XX, cultiva el tan citado tema de la Conquista, en el que se exaltaban las virtudes de la raza aborigen y el sentimiento del paisaje isleño. En 1896, en ocasión del certamen celebrado por la Económica, ante el cuarto centenario de la Conquista y al que, como hemos dicho, concurrió su hermano Patricio, con la leyenda de *Los amores de Atlántida*, premiada, también Guillermo presentó

un largo romance titulado *La princesa Dácil*, que obtuvo premio, asimismo. Guillermo es otro buen lector de Viana, cuyo Poema o *Antigüedades*, como dijimos, publicó en folletón de su diario lagunero. Perera fue un vianista más en el sentido armónico del tratamiento entre los contendientes; el canto V del Poema le proporciona motivo para poetizar el encuentro en la fuente de la pareja Dácil-Castillo y hacer unos finos versos al paisaje de la vega lagunera.

En 1900 Guillermo Perera había concurrido al certamen que organizó la revista literaria *Gente Nueva* con la leyenda *Los dos hermanos*, en romance, que publicó el periódico *La Unión Conservadora*, el 2 de mayo del citado año, al protestar, de paso, porque el jurado de *Gente Nueva* rechazara tal leyenda sobre el origen del nombre de los dos picachos de Punta del Hidalgo. En el mismo año de 1900 se presentó el poeta al concurso que organizó el escritor Emilio Saavedra, con su *Episodio Histórico*, en romance, sobre la muerte de Tinguaro, "el Viriato tinerfeño", en los términos que Guillermo Perera leyó en el Poema de Viana, pero aquí sigue la tradicional tendencia romántica de condenar a los matadores del caudillo indígena, como "viles asesinos"; la composición fue leída en la fiesta literaria que se celebró en el Teatro Viana, de la calle de Juan de Vera, en La Laguna, la noche del 28 de octubre de 1900 y la publicó la revista *Siglo XX* en su núm. 17 de 9 de noviembre del referido año. Mucho más tarde, en 1919, el poeta interviene en la fiesta que organizó el Ateneo de La Laguna, dedicada a los menceyes; a Guillermo Perera le tocó exaltar el menceyato de Tacoronte y siempre bajo el numen de Viana imagina un amor semejante al de Dácil-Castillo, pero entre indígenas, tipo Guetón-Rosalba, aunque con final infeliz, entre el mencey Acaimo (que para Viana tal era el nombre del mencey de Tacoronte) y su amada Cirma (!!), personaje y onomástica inventados por el poeta, quien escribe su leyenda en airoso romance. El diario *La Prensa* publicó este romance en sus ediciones del 16 y 17 de septiembre de 1919 y luego se editó en folleto aparte, que citamos en la Bibliografía.

El paisaje isleño de Guillermo Perera, delicado y suave, carece de los acentos realistas poéticos que adquiere en Tabares y Zerolo. Guillermo Perera es un creador intimista, romántico,

y sus notas descriptivas, de acentos pastoriles, encajan en una escuela anterior:

Vasta y límpida laguna
en medio de fértil vega
mansamente se dilata
y en bosque espeso penetra
placentera, retratando
madroños y mocaneras;
sus aguas son transparentes,
tan azules y serenas,
que las armoniosas aves
que aquella espesura pueblan,
parece que entre dos cielos
dichosas y alegres vuelan.
Tibio ambiente perfumado
de flores mil con la esencia,
vaga entre las verdes hojas
que a su suave halago tiemblan,
mientras susurran las fuentes
cristalinas y parleras
que, como fieles espejos,
el bosque y cielo reflejan.

Y en tan hermoso conjunto
en aquel sitio se mezclan
aves, fuentes, lago y bosque,
flores, frutos y aura leda,
que sin duda feliz reino
tiene allí la primavera.

Además de estas notas de paisaje idílico de *La Princesa Dácil*, el poeta vuelve a darlas en *Ecos de mi tierra* (en Biblioteca Canaria), escrita en endechas reales:

Trinados de las aves,
gemidos de hojas secas,
murmurios de un arroyo...
del alma dolorida son endechas.

Este paisaje intimista, romántico, paisaje más de alma que real es el que sensibiliza al poeta. Si *La Princesa Dácil* es un tributo de lector vianesco, también lo es *La fuente de la selva*,

que es el título del romance dedicado al menceyato de Tacoronte, en la citada fecha de 1919, que organizó el Ateneo lagunero en homenaje a los menceyes, sólo que este romance, ya de madurez, es una expresión melancólica y meditativa de una renuncia al amor personal en aras del amor patrio, sin que destaque la descripción del paisaje. También en los tres romances comprendidos bajo el título *Los Barcos*, premiados en otra fiesta anterior del Ateneo (1906 ó 1908) aparece el lector de Viana, pero con duros ataques al invasor, que extingue la raza indígena.

Es, asimismo, poesía de certamen la titulada *Amor patrio*, en liras, premiada por el Gabinete Instructivo de Santa Cruz, en 1897, centenario de la victoria tinerfeña del 25 de julio. Por el metro y el aire de la composición misma, el propio jurado resaltó el recuerdo de Fray Luis de León, pero nuestro poeta no alude al episodio histórico de la gesta del 25 de julio, sino a su lírico amor por la patria, al que une el amor por la madre carnal, ya anotado en todos los poemas precedentes:

Amor que su ternura
reparte por igual en su ancha esfera
desde la alcoba oscura
en que infeliz naciera
hasta donde mi tumba avara espera.

.

Y feliz mi fortuna
que aún pisar me permite el mismo suelo
en que rodó mi cuna,
y ver el azul cielo
que admiré niño con ferviente anhelo.

(*En recuerdo del Centenario.*

Santa Cruz de Tenerife. Imprenta Isleña,
1898; págs. 81-86)

De circunstancias es su soneto a *Las Folías*, con el que acudió, junto a otros poetas, a la fiesta que organizó el diario La Prensa, en 1914, dedicada al canto popular de nuestras Islas, según hemos referido.

Guillermo Perera tenía vocación de poeta lírico y los asuntos épicos de los temas literarios de la Conquista, o del 25 de julio,

él los transforma en cantos líricos, subjetivos e intimistas; más que seguir a Zorrilla y Núñez de Arce, a quienes leyó atentamente, se sintió atraído por Gustavo Adolfo Bécquer. Padrón Acosta ha señalado referencias concretas en poemas cortos de Perera de ciertas rimas becquerianas (Padrón Acosta, *Poetas Canarios*, págs. 290-291).

Poeta intimista, preferentemente, Guillermo Perera es, de todos los aquí estudiados, el que expresa, como ninguno, su angustia personal por un no logrado amor, poetizado al modo romántico. Leoncio Rodríguez, en la semblanza que al poeta hizo, escribe: "Dijérase que llevaba en el alma un drama íntimo, una herida honda, que se reflejaba en los doloridos acentos de sus estrofas" (Biblioteca Canaria, pág. 9). Con gran penetración vio en su poesía Benito Pérez Armas la obra de "un rezagado", como efectivamente lo fue (Biblioteca Canaria, citada, pág. 11). Guillermo no tuvo el menor contacto con la poesía de los modernistas, que eran sus coetáneos. Perera era sólo dos años mayor que Rubén Darío (1867-1916) y de la misma edad que el colombiano José Asunción Silva (1865-1896), pero la estética modernista no le rozó ni de lejos y su *Canto a la juventud*, en coplas, nada tiene que ver con el de Rubén.

Perera versificaba como un poeta provinciano y sencillo, pero con delicadeza y mesurada melancolía, sus conversaciones con su propia musa: "Mi musa no es la musa que inspira a los poetas", agosto de 1908 (en Biblioteca Canaria); *Mis versos* (en Almanaque del Cuento Regional, 1910); *La lira mía*, romancillo (en Castalia, núm. 16, del 3 de abril de 1917); *La lira española*, romance (en *Pro-cultura*, de González Rodríguez, citada, que recoge Leoncio Rodríguez en Biblioteca Canaria) o dirige una alocución a los poetas: *No más poetas* (en Castalia, núm. 22, del 20 de agosto de 1917), o bien hace consideraciones poético-filosóficas, en torno a *Hojas de papel*: "¡Con cuánta indiferencia se mira una cuartilla!" (en Biblioteca Canaria).

No sabemos las fechas de sus poemas amorosos que recoge Leoncio Rodríguez en su tan citada Biblioteca Canaria, ni se puede hacer una ordenación exacta de la escala que va, desde el rendido homenaje a la amada en el soneto de alejandrinos: "Ya sé que eres hermosa"; las seguidillas de *Lejos de tí*, o las consideraciones erótico-filosóficas ante la visión de la amada

en las octavas de *Puesta de sol*, o la galantería de los serventesios de *En su abanico*; vendría luego la turbación en las redondillas de *Celos*; el drama se desencadenaría en los quintetos de *Nunca*; podría seguir en las estrofas de *Un deseo*, donde la prueba perturba al amante y, en fin, en las estrofas de clara raíz becqueriana, el amante, en la iglesia, presencia cómo la amada, en *Dolo*, se ha ido:

Y cuando ante el altar, humildemente,
de rodillas te vi,
imaginé que, acaso, al Dios clemente
mentías como a mí.

Todavía la evocación de éste u otro *amor imposible* (porque es igual que la musa sea o no la misma), pero intenso, se advierte en *Tedio*, también muy becqueriano.

Logrado es su canto al *Patio del Instituto*, dedicado al director del centro, Don Adolfo Cabrera Pinto (1855-1926), en serventesios, evocación emocionada del famoso patio que encantaba a Miguel de Unamuno y que el poeta lagunero veía todos los días al subir a la secretaría del Instituto, donde trabajaba; por eso escribe de Guillermo su coetáneo amigo Leocadio Machado López (1865-1947): "La secretaría del Instituto, donde siempre fue alumno aventajado, le acogió en su seno, y aquel espíritu libre, soñador, poético, se pasó la vida en un trabajo monótono y mecánico que apenas le dejaba tiempo para dedicarse a sus ideales aficiones" (Biblioteca Canaria, pág. 7).

Guillermo Perera consumía su quehacer, al igual que su admirado Bécquer, que en un cargo burocrático oficial del Madrid de González Bravo también lo invertía en un menester anulante, como tanta fina criatura obligada a ganarse el pan en agotadoras ocupaciones burocráticas lejos de espirituales desvelos.

Además de cantar el paisaje isleño y expresar su amor a la patria chica, Guillermo expresa su amor a la grande, al rendir homenaje de vibrante españolismo en su canto de 1906 *A la bandera española*, donde hay una mención a la gesta del 25 de julio:

Te vi al abrir los ojos, nacer fue saludarte,
tu historia de entusiasmos llenó mi corazón,
y ya que, cual mereces, no sé glorificarte,
envuelto entre tus pliegues morir quisiera yo.

BIBLIOGRAFÍA

A) OBRAS DE GUILLERMO PERERA

La Princesa Dácil, romance. La Laguna. Imprenta La Laguna, 1896. Reimpreso por Leoncio Rodríguez en su Biblioteca Canaria, Librería Hespérides. Santa Cruz de Tenerife, s. a. [1940], junto a la leyenda *Los dos hermanos*.

La fuente de la selva, leyenda guanchinesca. La Laguna. Imprenta de Curbelo, 1919.

Guillermo Perera. Recopilación de sus poesías. Biblioteca Canaria. Santa Cruz de Tenerife. Librería Hespérides, s. a. [1940]. (Introducción de Leocadio Machado; *El poeta*, por Leoncio Rodríguez; página de Benito Pérez Armas).

B) SOBRE GUILLERMO PERERA

José González Rodríguez: *Pro-cultura*, 1923; págs. 289-292.

Domingo Pérez Minik: *Antología*, 1952; págs. 60-74.

José María de Cossío: *Cincuenta años de poesía española*, 1960; págs. 1203-1205.

Sebastián Padrón Acosta: *Poetas Canarios*, 1966; págs. 282-295.

Leoncio Rodríguez: *Perfiles*, 1970; págs. 239-243.

Nuestra Antología: Patio del Instituto, Nunca, Ecos de mi tierra, Tedio y Las Folías, en la Recopilación de sus poesías, hecha por Leoncio Rodríguez en su Biblioteca Canaria, citada en la Bibliografía; *Mis versos*, en el Almanaque del Cuento Regional, La Laguna, 1910; *Desconsuelo*, en La Prensa, diciembre de 1912; *Madrigal*, en Agüere. La Laguna, revista literaria, núm. 3, del 14 de octubre de 1913, y *La Fuente de la Selva*, en la publicación *Fiesta de los Menceyes*. Ateneo de La Laguna. Imprenta de Curbelo. La Laguna, 1919, págs. 47-55, de la que se hizo edición aparte, reseñada en la Bibliografía.

PATIO DEL INSTITUTO

A Don Adolfo Cabrera Pinto

Al llegar a esta casa todos los días
el alma de recuerdos aún palpitante,
siento tantas tristezas como alegrías
gocé cuando venía como estudiante.

En la vida, cual dijo noble poeta,
fueron tiempos pasados siempre mejores,
y es que bulló en sus ondas de mar inquieta
la juventud perdida, vergel de amores.

Se transforman, progresan todas las cosas;
el sol constante alumbra nuevas mañanas;
pero el rosal del alma no da más rosas
que las que de ilusiones fueron hermanas.

Cual esta mansión fuera no hay quien recuerde
si mira sus bellezas tan peregrinas;
el germen de la vida nunca se pierde,
por eso nacen flores entre las ruinas.

Antaño estaban llenos de hondo misterio
los hoy risueños claustros, celdas y salas,
y en el tétrico ambiente del monasterio
cernía la tristeza sus negras alas.

El silencio de tumba, grave y austero
que reinaba en los patios, plantel de yedras,
sólo se interrumpía por el parlero
gotear del tejado sobre las piedras.

En noches invernales, rústica fuente
entonaba monótona canción de cuna,
y en los hilos de plata de su corriente
se enredaban los rayos de clara luna.

Como espectros, sombríos, hombre viriles
vagaban taciturnos por el convento
acallando con rezos ansias febriles
y refrenando austeros el pensamiento.

De la vetusta torre, las tres campanas
eran como un emblema de humanas vidas:
con igual son reían por las mañanas
que lloraban de tarde dichas perdidas.

¡Tienen su campanario los corazones
donde está el campanero siempre despierto
para tocar a gloria con ilusiones
para, con desengaños, tocar a muerto!...

Al fin huyó del claustro la paz serena
al entrar, traspasando viejos dinteles,
las juveniles turbas, como en colmena
penetran las abejas para dar mieles.

En los patios surgieron bellos jardines
donde la Primavera teje su nido,
y entre aroma de rosas y de jazmines
se ve que el Paraíso no se ha perdido.

Yo no sé qué atracciones tiene esta casa
que aquel que la ha vivido nunca la olvida;
con temor se entra en ella y el tiempo pasa
y al correr de los años es más querida.

Los de más luminosas, bellas auroras,
aquí pasé los días más halagüeños,
midiendo de mi vida todas las horas
un reloj de esperanzas y otro de ensueños.

Recordándolos pienso como el poeta,
que los tiempos pasados fueron mejores,
porque es cuando se forja la mente inquieta,
el alcázar soñado de los amores.

Un ayer y un mañana son los espejos
en que mirar se puede la vida entera:
lloran con sus recuerdos los que son viejos,
la juventud ferviente canta y espera...

NUNCA

¡Nunca! dijiste con acento breve,
rápido cual puñal que hiere aleve
tras rencorosa y pérfida asechanza;
y sentí el frío intenso de la nieve
helar la hermosa flor de mi esperanza.

¡Nunca! Palabra que sonó en tu boca
como el choque del mar contra la roca
sugiriendo la idea de algo eterno:
negación absoluta a mi ansia loca
y el penar infinito del infierno.

Tu voluntad indómita y bravía
hizo con ella la muralla impía
en que se estrella mi constante anhelo.
Dios, tal vez, igual NUNCA gritaría
prohibiendo a Luzbel volver al cielo.

Aún me parece que en mi oído zumba,
como si fuera un eco de ultratumba,
esa voz agorera de mis males;
y ver cómo a su impulso se derrumba
la torre de soñados ideales.

Fue sentencia fatal, fue la condena
del alma a lo imposible, ruda pena
que el más vivo deseo deja inerte,
porque no en vano ese vocablo suena
con ruido de estertor que anuncia muerte.

Tal vez querrá tu corazón contrito
exhalar algún día el mismo grito,
del mal que hiciste al mío, arrepentida:
¡gota de miel será en el infinito
mar de tristezas que anegó mi vida!

Para ti misma, acaso fue sorpresa
decir NUNCA en lugar de la promesa
que palpitó en tus labios un momento:
yo vi en tus ojos la intención aviesa
y después el pesar noté en tu acento.

¡Cuánto infortunio un solo adverbio labra!
El día en que tu pecho al bien se abra
comprenderá, aunque tarde, por sí mismo,
cómo puede el vibrar de una palabra
lanzar dos corazones al abismo!

Hoy seguimos los dos opuesta senda,
cegados ambos por la misma venda
que ciñó la demencia a nuestros ojos,
por dejar tú al rencor suelta la rienda
y no poner yo freno a mis enojos.

Pero jamás las olas del olvido
la roca de mi amor han corroído;
y resistiendo a fáciles mudanzas,
aún yace en ella, abandonado, el nido
que formaron mis locas esperanzas.

ECOS DE MI TIERRA

Al par que los recuerdos
de mi niñez serena,
en mi alma vibran siempre
los inefables ecos de mi tierra.

Sus misteriosas notas
de melodía eterna,
relatan en secreto
de mi vida las íntimas escenas.

... ..

Si a mi alma la esperanza
alguna vez alienta,
rayo de sol parece
penetrando en el fondo de las selvas.

Al ver cómo en las fuentes
se miran las estrellas,
recuerdo unas pupilas
reflejando en las mías sus ternezas.

Del céfiro y las flores
charlando en la pradera,
los ecos repercuten
en dos amantes bocas que se besan.

Si quietud apacible
en el Atlante reina,
es cual si en el cerebro
reposaran cansadas las ideas.

Trinados de las aves,
gemidos de hojas secas,
murmurios de un arroyo...
del alma dolorida son endechas.

En los rumores vagos
de mi florida vega,
pienso que los dormidos
latidos de mi mente se reflejan.

Las blanquecinas nubes
que raudas atraviesan
el cielo de Nivaria,
mis dulces ilusiones representan.

Y cuando el desengaño
amarga mi existencia,
en el corazón siento
todas las nieves que a mis cumbres hielan.

Si acaso mi destino
a otro país me lleva,
que a mis oídos lleguen
siempre los gratos ecos de mi tierra.

TEDIO

Ya que en la vida, por aciaga suerte,
nunca dichas gocé,
quiero morir, que al menos en la muerte
dulce paz hallaré.

Ningún temor me asalta ante el misterio
profundo del morir.
¿Acaso de ilusiones, cementerio
no es siempre el porvenir?

Tal vez cuando yo muera el primer gozo
mi espíritu tendrá,
que plegaria de amor, cada sollozo
que tú exhales, será.

Las ansiadas caricias que me roba
tu invencible pudor,
en el silencio de mortuoria alcoba
me dará tu dolor.

Vivo podré perderte, y si te pierdo,
¿cómo entonces vivir?
Y muerto quizá viva en tu recuerdo...
¡Preferible es morir!

Morir, ¿qué importa, si la muerte espanto
no me podrá causar?
¡Como Dios no castigue amarte tanto
sé que me he de salvar!

MIS VERSOS

No soy poeta, pero hago versos
cuando los siente mi corazón,
cuando los piden tus labios tersos,
celestial fuente de inspiración.

Describe entonces mi torpe pluma,
con desusada celeridad
de mis pesares la negra bruma
y de mis dichas la claridad.

Y van mis trovas como los besos
en invisible vuelo sutil,
hacia tus labios, con embelesos
de mariposas, de auras de Abril.

Porque imagino que son tus labios
gracioso nido de rosa y miel,
donde se olvidan hondos agravios,
donde la pena endulza su hiel.

De las ideas, hirvientes olas
golpean la mente con mudo son,
y sus vaivenes son barcarolas
que el alma canta con ilusión.

Mas no me pidan tus labios rojos
que algo que callo llegue a decir;
eso lo dicen mejor mis ojos
que no han sabido jamás mentir.

Si escribo versos, con ellos quiero
poderte siempre significar
que son tan sólo canto sincero
que por tus labios pudo brotar.

Pues nunca anhelan mis pobres versos
fuentes más puras de inspiración
que lo que piden tus labios tersos,
y lo que siente mi corazón.

[1910]

DESCONSUELO

Cuando fijo mis ya cansados ojos
en tus pupilas en que el amor arde,
por nacer tan temprano siento enojos
y pena de que tú nacieras tarde.

Y ese gran descontento, apasionado
llevé siempre en el pecho como un tonto;
¡cuántas veces de niño he suspirado,
por qué nací tan tarde y tú tan pronto!

[12-XII-1912]

MADRIGAL

A gigante montaña,
a cuya cima, vista desde el llano,
parece que arde el sol que en luz la baña,
una tarde subí con loco anhelo,
como un niño que cree el mismo cielo
poder tocar con levantar la mano.

Ya en la cumbre, aún más lejos,
vi el cielo dilatarse en las alturas,
y del sol los ya pálidos reflejos
hundirse en la penumbra de la noche,
mientras las flores, al cerrar su broche,
recogían sus últimas ternuras.

Y cuando anonadado
descendí con profundo desconsuelo,
más que el cuerpo mi espíritu cansado,
tendí al valle una lánguida mirada,
y al verte en él, a mi alma enamorada
le pareciste sol y el valle cielo.

[1913]

LAS FOLÍAS

Son un cante de cisne las folías,
del ave que si canta cae inerte,
pues imitan los ayes de la muerte
y expresan del vivir las agonías.

Con sus notas se lloran alegrías
y se cantan tristezas, de tal suerte
que no habrá quien, oyéndolas, acierte
si siente gozos o melancolías.

Porque ellas riman con sus dulces sonos
cuanto ansía mi patria, añora o sueña:
desengaños, recuerdos, ilusiones;

la escala pasional del alma isleña
que ha compuesto sus lánguidas canciones
con el beso que el mar da a cada peña.

[1914]

LA FUENTE DE LA SELVA

*A la bella señorita Antonia
Domínguez Palazón, con la
más rendida pleitesía del
autor.*

I

En este trozo de mundo,
que una nueva Arcadia era
en los tiempos patriarcales
de la raza guanchinesca,
deslizábase la vida
reposadamente amena
libre el alma de ambiciones
llena de paz la conciencia.
Un cielo azul, siempre puro,
y un mar, espejo de estrellas,
a una ventura infinita
daban guarnición inmensa.
Mas, pesares y alegrías
en el corazón se encuentran
en iguales proporciones
que las aguas en la tierra:
son los goces como lagos,
como mares son las penas.
Y jamás supo el destino
trazar la soñada senda

donde el hombre no halle al paso
aún más que flores, malezas;
y si el dolor no es eterno,
tampoco hay dicha completa,
ni puede haber paraíso
sin la serpiente estar cerca.

¡Cuántas veces un ser bueno
labra su desdicha eterna
borrando muchas virtudes
con una sola torpeza;
y cuántas, un breve instante
de loca concupiscencia
vierte una mancha en la honra
más límpida y más excelsa!

Efectos incalculables
suelen dar causas pequeñas
cual leve chispa de fuego
que enciende voraz hoguera...

Así sucedió que Acaymo,
mencey justo y noble atleta
que en Tacoronte reinaba
cuando las huestes de Iberia
con ansias conquistadoras
arribaron a estas peñas,
el lago de su ventura
de improviso amargar viera,
inundado por las olas
de un hondo mar de tristezas.
Que él también jugara incauto
con esas chispas ligeras
que rápidamente brillan
y parece que no queman,
aunque un momento deslumbran
con luminosas estelas;
pero que son como besos
que las pasiones incendian!

II

Nunca los tacoronteros
olvidar podrían la fecha
del día en que coronaron,
con la menceyal diadema,
al noble Acaymo segundo,
que ya, a la sazón aquella,
era rey por su hidalguía
y un héroe por sus proezas.

En ninguno de los reinos
de la región tinerfeña,
hubo, con igual motivo,
tan sobresalientes fiestas.

Tras juramento solemne
que hace, ante augusta asamblea,
el nuevo Mencey al pueblo
de regirle con nobleza;
y el que de su vasallaje
a su vez el pueblo presta,
los públicos regocijos
con entusiasmo comienzan.
En danzas, carreras, luchas,
saltos y tiros de piedra,
juegos en que lo bizarro
con lo donoso se mezcla,
los mozos tacoronteros
gala hicieron de sus fuerzas
y agilidad asombrosas
en honor de las doncellas.

Entre los reyes y nobles
que honraron con su presencia
la coronación de Acaymo,
 viniendo de luengas tierras,
se hallaba la gentil Cirma,
hija de Añaterve, que si era
princesa por nacimiento,
fue por su hermosura reina.

Bailando con gran donaire
"el canario", danza honesta
que se hizo luego famosa
por su mucha gentileza,
una red de simpatías
fue tejiendo a cada vuelta
donde enredadas quedaron
las voluntades más recias.

Por súbitas emociones
sintió Acaymo el alma inquieta,
y sabedor de que Cirma
canta como una sirena,
con acento apasionado
pidió un cantar a la bella.

¡Mejor fuese no escucharle
sus melodiosas endechas;
pues fueron las dulces notas,
para su pecho, saetas
que al clavarse en él, quedaran
vibrando como una queja!

¡Qué sentimientos inspira
la música de mi tierra;
en ella el alma resurge
de toda una raza muerta;
pues sus sonatas parecen
hechas para cantar penas,
para sentir añoranzas
y para llorar ausencias!

III

Cuando los demás monarcas,
terminadas ya las fiestas,
de sus séquitos al frente
partieron para sus tierras,
quedando Añaterve solo
con su escolta güimarera,
el mencey de Tacoronte,
deseando soltar rienda
al amor que de improvviso
le ha inspirado la princesa,
a hurtadillas la conduce
hacia la cercana selva
donde está una clara fuente
en que mirarse pudiera.

Los dos, de ilusión henchidos,
iban sembrando en la senda
de aquel solitario bosque
las flores de sus ternezas.
Atracción inexplicable
sus corazones estrecha,
y sus ojos, cuando miran,
más que mirarse se besan.
¡Que hay fluidos misteriosos
que de un ser a otro ser llevan,
en el instante de verse,
acaso por vez primera,
corrientes de simpatías
o de repulsión violenta!

De tal suerte, el noble Acaymo -
y la sensible princesa
se vieron de pronto unidos
por invisibles cadenas

Con iguales emociones
sus deseos aletean

y en sus corazones canta
el amor la misma endecha,
cual si de dos instrumentos
fuesen unísonas cuerdas,
que nota que en una vibre
como un eco en la otra suena.

Del mundo entero olvidados,
paso a paso, por fin llegan
a la fuente cristalina
que se oculta en la floresta
donde hermosas aves trinan
un himno a la primavera...

¡No vayan a ver las fuentes
con galanes, las doncellas
que no sé qué extraño hechizo
fluye en la linfa risueña,
que ojos lindos que la miran
también en fuentes se truecan;
no de agua dulce, que es gozo,
sino de amarga, que es pena!

En la clara fuente, Cirma
puso la boca sedienta,
y vio, a través de la charca,
que el bello rostro refleja,
otra boca que surgía
a unirse a los labios de ella.

Con un voluptuoso gesto
de coquetería ingenua,
en el hueco de la mano
quiso que Acaymo bebiera;
y él tuvo sed, más del vaso
que del agua pura y fresca.

Sin pensar que son los besos
chispas que encienden hogueras,
sonó de un beso el susurro

entre el rumor de la selva,
que fue, en aquel paraíso,
para la gentil pareja,
la manzana del pecado,
la sierpe celestinesca.

En embriagador deliquio
cayeron sus almas tiernas:
¡qué de extraño ese tropiezo
si el amor camina a ciegas!

Al brillar la nueva aurora,
al dar su adiós la princesa,
miráronse los amantes
con expresiva fijeza;
y aquellas miradas fueron
para los dos un poema:
súplica fue la de Cirma
y la de Acaymo, promesa.

IV

El tiempo, al pasar, marcando
fue en los amantes la huella
de presentimientos tristes,
de incertidumbres acerbadas.

No obstante estar el recuerdo
de felicidad suprema
vivo en ellos, cada uno
del otro al no tener nuevas,
ya imaginaba al olvido
tendiendo las alas negras;
y naciendo iba una duda
sobre una esperanza muerta.

Para colmo de infortunios,
convirtiéronse en certeza
de lúgubres agoreros

las predicciones siniestras;
y de las hispanas naves
surgieron las blancas velas
que parecían palomas
y eran aves carniceras.

Pronto por toda Nivaria
cundió la noticia horrenda
de que Añaterve, el de Gúímar,
estaba por los de Iberia,
que afanosos de conquistas
vinieron en son de guerra.

En alternativa dura
se vio Acaymo con tal nueva;
con saña igual dos deberes
luchaban en su conciencia:
de un lado su amor a Cirma,
dicha trocada en afrenta,
y de otra parte, la patria
que de amor es mar inmensa
donde afluyen como ríos
los amores de la tierra.
Venció al fin, tras rudo esfuerzo,
en titánica contienda,
al egoísmo de un gozo
el martirio de una idea.

Así fue, que, cuando Cirma,
en embajada secreta,
le envió a Guañón a pedirle
cumplimiento a sus promesas,
a una demanda tan justa
dio negativa respuesta,
pues de la traición del padre
los hijos recogen mengua.
Y aunque cada vez sentía
mayor su pasión intensa,
no permitió que en el trono
de su amor fuese ella reina.

Fue su vida desde entonces,
que antes un idilio era,
como lago que convierte
en fiero mar la tormenta.

Olvidando sus pesares,
su hueste al combate apresta,
que la patria está en peligro
y patria es vida y hacienda.
Capitán hábil y experto,
soldado de hercúleas fuerzas,
ante su empuje se abría
siempre una sangrienta brecha.

A veces, pensando a solas
en la feliz tarde aquella
que fue con Cirma a la fuente
y el agua de amor bebiera,
en su corazón honrado
latía en son de protesta,
la voz del remordimiento
con el dolor de la ausencia.

En los campos nivarinos
no se sostuvo refriega
sin que el valeroso Acaymo
no probara su fiereza.
Como un huracán que arrasa
todo lo que al paso encuentra,
el adalid parecía
cuando entraba en la pelea.
Y en tanto, la hermosa Cirma,
por solitarias florestas,
cantaba sus infortunios
con patéticas cadencias.

Cayeron por fin los guanches
ante las armas de Iberia,
cuando no por los horrores
del hambre y de la epidemia.

Pero al rendirse, el caudillo
llevaba en la fuerte diestra
una lanza castellana
teñida con sangre ibera.
Él mismo, herido en un muslo,
con estoica indiferencia,
arrancóse de la herida
el dardo clavado en ella;
mas jamás pudo del pecho
arrancar la aguda flecha
que Amor le clavó una tarde
en la fuente de la selva.

[1919]

DOMINGO JUAN MANRIQUE

(1869-1934)

Nació en Tetir (Fuerteventura); estudió el Bachillerato en La Laguna, en el entonces Instituto General de Canarias; en 1900 dirigió el semanario de ciencias, literatura y artes Siglo XX, de la citada ciudad, y le acompañaban en la redacción Guillermo Perera y Leoncio Rodríguez González. Manrique casaría con la hermana de Guillermo, Constanza Perera. Desde 1902, Domingo Juan Manrique fue profesor de Caligrafía en el citado Instituto lagunero, pero la plaza en propiedad la obtuvo previas oposiciones, verificadas en Madrid, en julio de 1904; era un notable calígrafo de su tiempo y su cátedra la ejerció, tanto en el Instituto, como en la Escuela Normal. Con objeto de dar carrera a sus hijos, el matrimonio Manrique-Perera se trasladó de La Laguna a Madrid, donde murió el poeta.

Entre todos los creadores de la segunda mitad del XIX y comienzos del XX, es Manrique el que se acerca a las riberas del modernismo literario, escuela de la que él es coetáneo; la adjetivación, metáforas, ritmo del verso, que maneja airoosamente, le sitúan entre los cultivadores de la escuela, sin abandonar por entero la nota romántica; aunque su modernismo no alcanza la brillantez de los poetas de Las Palmas, posteriores a él, sí se mueve con gran soltura creadora.

Manrique, a semejanza de sus compañeros estudiados, es, en buena parte, un poeta de circunstancias, también, o sea que muchos de sus versos son de motivación externa. El poema de La Laguna, o sea *Aguere*, fue escrito para concurrir a un certamen literario y que el poeta leyó la noche del 28 de octubre de 1900, en el Teatro Viana de La Laguna, publicado en el núm. 17, del 9 de noviembre de 1900, en la revista Siglo XX; el soneto *Patria* también fue una composición con la que

concurrió a la fiesta del Ateneo lagunero, el 13 de septiembre de 1908; el soneto a *Las Follías* fue su contribución a la fiesta organizada por el diario La Prensa, en 1914, ya citada; con *Los ojos de Marisa* acude al "Discreto Literario" que organizó el Ateneo, el 29 de abril de 1918 y fue premiado. *El Mencey de Abona* marca la presencia del poeta en la fiesta de los menceyes que el Ateneo organizó en septiembre de 1919, conforme hemos citado, y el tríptico de sonetos: *Fe, Esperanza y Caridad* obtuvo la Flor Natural en los Juegos Florales organizados por la Sociedad de Damas de Valverde (Hierro), en 12 de junio de 1921.

Desde las finas sextinas no isosilábicas del poema *Aguere*, el tratamiento del paisaje de la ciudad, un amanecer en que los resplandores solares "estallan en torrentes de colores", o las palomas "bañándose en la luz del claro día", la "lluvia de rosas", la imagen de cuño virgiliano del "humo que se eleva en los hogares", la evocación de la primitiva laguna ausente, sobre la que "florantes velos / suspendidos por gala entre dos cielos" (el real y el reflejado en sus aguas), de donde surgió la ciudad... nos avisa que estamos ante un poeta que ya no escribe bajo la inspiración del realismo poético.

A esta visión modernista del paisaje se podría añadir la del romance dedicado al amigo Rogelio Francés para ofrecerle la leyenda del *Mencey de Abona*, en cuyo romance aparecen "los profundos barrancos / que, como heridas inmensas, / entre el revuelto bosque / abren sus bocas siniestras", evolución poética del "barranco profundo y pedregoso", realista, de Nicolás Estévez.

En la fiesta que el Ateneo dedicó a los menceyes indígenas, a Manrique le tocó exaltar la figura del mencey de Abona, Adjoña, del que históricamente sólo se sabe su nombre, que en el primer historiador de Tenerife, el Padre Espinosa, se llama Atguaxoña y Adjoña en el poeta Viana, pero Manrique no es un vianista preciso, ni un poeta tiene por qué guardar el rigor histórico, si no lo desea, así que crea una leyenda literaria, que él llama tradición, sin serla, sobre un pastor de Abona que, por matar un perro del mencey de Adeje, éste le condena a muerte y sólo podría ser perdonado si un guanche se atrevía a tirar "diez tamaras de palma" dentro de un gánigo o vasiya indígena que el reo sostuviera sobre su cabeza, a cuarenta pasos de

distancia. Un guanche desconocido, variante de Guillermo Tell, que salva al pastorcillo resultó ser el valiente mencey del vecino reino de Adeje, o sea Adjoña de Abona, señor del pastorcillo. Manrique no utilizó el nombre de Pelinor, que es el nombre que da Viana para el mencey de Adeje y en el verso "destácanse movibles las fimbrias de los háicos", ignoramos qué sean *háicos* ni sabemos qué sean *fimbrias*, voz que pudiera referirse a cimbras, filetes de moldura o armazón sostenedor de un arco, pero aquí de un desconocido sentido. Vuelve a usar el poeta la voz *háico* en el verso: "el háico desceñido, suelta la cabellera", donde ahora parece que la voz es una vestidura como el *tamarco* de Espinosa y Viana. Omitidas semejantes precisiones, el poema modernista de Manrique, escrito en pareados de alejandrinos, como en pareados, pero de dieciséis sílabas, escribió Tomás Morales su *Balada del niño arquero*, ofrece una brillantez colorista: "lejanías azules con franjas de amaranto", o la imagen de las nubes que, en las "simas sepultan / sus fragmentos de armiño", o "El tagoror parece una magnolia en flor", muestras de la gran escuela de Rubén Darío.

De hondo valor sentimental isleño son los seis serventesios de dodecasílabos que componen el poema *Arroró*, donde la cesura, bien marcada, embellece de musicalidad al verso que usó, con éxito, Rubén Darío.

Manrique cantó la ciudad de La Laguna, donde él vivió y trabajó muchos años, en sonetos como los dedicados a la *Plaza del Adelantado*, *La entrada del Cristo*, *Los Nava Grimón*, o *Ante la estatua de Tabares Bartlett* y son muy bellos los titulados *Primavera* e *Invierno*, publicados en la revista *Castalia*, del 30 de abril y 15 de julio, respectivamente, de 1917; están inspirados en la ciudad, no descrita tanto en visión como sentida e interpretada desde dentro.

Poeta erótico más que ninguno de los de este grupo, Manrique logra buenos versos ya de admiración por la mujer, ya de rendido enamoramiento, como en *Los ojos de Marisa*, en serventesios, o en los sonetos *Mariposa dorada*, *Yo he cantado a unos ojos*, *Mi muerto* (el corazón del poeta), *Nívaria* o *Tu risa*, de singular belleza este último.

Conviene advertir que en el libro tan citado de Padrón Acosta, *Poetas canarios*, al soneto *A Beatriz Portinari*, la amada del Dante, inserto en la pág. 300, le falta un verso en el primer terceto, sin duda error del impresor, pues el propio Padrón Acosta lo reproduce con sus catorce versos en el ensayo que, sobre el poeta, publicó al frente de la selección que de la obra de Manrique hizo Leoncio Rodríguez en el folleto de su Biblioteca Canaria, págs. 29-30. El soneto *A Beatriz Portinari*, de Manrique, le parece a Padrón Acosta "magistral", pero el verso "línea de su cuerpo en el diseño" es un mal medido endecasílabo. Sentimos no participar del gusto del excelente investigador Padrón Acosta y no seleccionamos tal soneto; si lo reproducimos aquí es para restablecer su integridad, porque no es un soneto de trece versos, como el de Rubén, sino de catorce:

Ángel, diosa o mujer, tan bella era,
que sólo imaginarla es vano empeño.
¿Fue la dichosa realidad de un sueño
o la dulce visión de una quimera?

¿Calcó el Divino Orfebre la severa
línea de su cuerpo en el diseño
del dios Amor, o acaso fue el risueño
espejismo de un sol de primavera?

Tal hermosura el cielo darle quiso,
tal secreta atracción a su semblante,
que viviendo por ella vivió el Dante,
y para aquel amor le fue preciso
poner juntos Infierno y Paraíso,
porque una eternidad no era bastante.

En la pág. 299 de la citada obra, al soneto *Nivaria* le falta el último verso; lo reproducimos íntegro en nuestra selección por estimarlo muy correcto.

Es curiosa la actitud que algunos de nuestros poetas de este tiempo ofrecen ante la novedad que suponía en las letras de entonces el modernismo. Ya vimos cómo en 1905, Nicolás Estévez pretendía burlarse de la nueva escuela y en 1909 también Tabares Bartlett la rechazaba en su artículo *Pirotecnia literaria*, citado. No es menos severa la opinión que el

modernismo y Salvador Rueda le merecen a nuestro frío parnasiano Manuel Verdugo (1878-1953), que tampoco entendió el modernismo.

Contrasta con semejantes opiniones la entusiasta adhesión que el fino espíritu de Don Juan Valera (1824-1905), mayor que todos ellos, según es sabido, al dar su espaldarazo a la nueva estética al aparecer en 1888, *Azul*, de Rubén Darío, quien publicó *Prosas profanas*, en 1896, y *Cantos de vida y esperanza*, en 1905. No era, pues, tanto cuestión de años, sino de capacidad innovadora, depuración del gusto y madurez literaria lo que permitía tal actitud. A fines del XIX y comienzos del XX se era modernista o se continuaba siendo un rezagado. Con todo ello, cada escuela ha aportado, desde sus cánones literarios, excelentes producciones. Si recordamos la perfección formal, realista, del soneto *A Josefina Ascanio*, de Tabares, y gustamos del soneto modernista de Manrique, *Tu risa*, estamos ante dos buenas muestras de distintas escuelas; lo que es elaboración poética de un retrato literario, formalista y estático, en el endecasílabo de Tabares, es en el alejandrino de Manrique dinamismo y color en el sortilegio de la imagen, con ayuda del sonido y del cromatismo, elementos que elaboran el episodio de una risa femenina, "festín de maravillas con luz de madrigales".

En el soneto *Un cabaret (Apuntes)*, publicado en la revista Hespérides, del 4 de julio de 1926, Manrique se asoma, como espectador, al bajo fondo del burdel, un tema que fue muy cultivado por la bohemia del modernismo y que nuestro poeta dibuja con pincel condenatorio para los "espasmos de la carne viciada", si bien Manrique, en alguna copla, género que él también cultivó, afirma haber visitado semejante lugar:

Alegre y dicharachera
te encontré en un lupanar,
hay algunas alegrías
que dan ganas de llorar.

Manrique es hombre religioso, pero más que en el tríptico de sonetos citados, *Fe*, *Esperanza* y *Caridad*, en los que advierte Padrón Acosta gran sentido de religiosidad en el poeta, pensamos que por tratarse de obra destinada a ganar premio en un concurso, la circunstancia pudiera restar espon-

taneidad al sentimiento. Nos parece de honda religiosidad, en cambio, su soneto *Invocación*, aparecido en *Hespérides*, del 1.º de abril de 1926:

Si alguna vez hallaste, Señor, mi fe dormida
bien sabes que en el íntimo sagrario de mi alma
para ti siempre estuvo mi lámpara encendida.

BIBLIOGRAFÍA

A) OBRAS DE MANRIQUE

El mencey de Abona. Tradición. La Laguna. Imprenta de Sucesores de Manuel Curbelo, 1919.

Poetas isleños. Domingo J. Manrique, en Biblioteca Canaria. Librería Hespérides. Santa Cruz de Tenerife, s. a. [1940], con un ensayo sobre la poesía de Manrique, por Sebastián Padrón Acosta; contiene *El Mencey de Abona*, precedido del romance a Rogelio Francés; *Canto a Aguerre*; *Plaza del Adelantado* y *Arrorró*. Notas biográficas.

Versos del poeta, aparecidos en diarios y revistas del tiempo, merecerían reunirse en un volumen.

B) SOBRE MANRIQUE

José González Rodríguez: *Pro-cultura*, citada; págs. 283-292; inserta el romance dedicatoria a Rogelio Francés; *El arrorró* y *Tu risa*.

Domingo Pérez Minik: *Antología*, págs. 75-90. Incluye *El Mencey de Abona*, *Canto a Aguerre*, *Plaza del Adelantado*, *El arrorró*, *Aniversario*, *Ante la estatua de Tabares Bartlett*, *Primavera* e *Invierno*.

Sebastián Padrón Acosta: *Poetas canarios*, págs. 296-302. Se reproducen los sonetos *Invierno* y *Patria*; *El Arrorró*, *Nivaria* (soneto al que le falta el verso final), *Simil* (soneto), *Tu risa* (soneto), *Beatriz Portinari* (soneto al que le falta un verso) y los sonetos: *Fe*, *Esperanza* y *Caridad*.

Leoncio Rodríguez: *Perfiles*, págs. 219-226.

Nuestra Antología: Canto a Aguerre se encuentra en la citada edición de *Poetas Canarios*, dedicada a Manrique por Leoncio Rodríguez, así como *Arrorró*. El soneto *Nivaria*, en La Lid, revista literaria semanal, La Laguna, núm. 1, del 8 de junio de 1906; *Las Follás*, en la edición ilus-

trada de La Prensa, dedicada a la Fiesta de Las Folías, mayo de 1914; *Primavera e Invierno*, en las ediciones de 30 de abril y 15 de julio de la revista Castalia, 1917, respectivamente, citadas en el texto; *Los ojos de Marisa*, en La Prensa, del 3 de abril de 1918; *Mariposa dorada*, en *Horizontes*, semanario de literatura, La Laguna, del 23 de mayo de 1927; *Yo he cantado a unos ojos*, en la revista *Mensaje*, Santa Cruz de Tenerife, octubre de 1945; *Tu risa*, en el libro *Pro-cultura*, de José González Rodríguez, citado en la Bibliografía y *El Mencey de Abona* es reproducción del texto del folleto editado por la Imprenta de Sucesores de Manuel Curbelo, La Laguna, 1919, citado arriba.

CANTO A AGUERE

Bajo un cielo de luz esplendorosa,
de fértil vega en la pendiente suave,
bañada por la brisa cadenciosa,
aparécese Aguerre en quietud grave,
cual preciado tesoro,
sobre regio tapiz de verde y oro.

En el amanecer: los resplandores
del sol de la mañana,
estallan en torrentes de colores
al herir su campiña soberana,
mostrándosele al alma de improviso,
como trasunto fiel del Paraíso.

La sierra que domina el panorama,
medio envuelta en las nieblas transparentes
que el aire desparrama
como un inmenso tul por sus vertientes,
eleva allá sus crestas de granito
por la ignota región del infinito.

Y abajo, en la llanura
la ciudad que indolente se despierta,
recatando su nítida blancura
con la espesa arboleda mal cubierta,
y extiende entre el ramaje sus tejados
por el rocío matinal bañados.

· Acá sombrean las risueñas lomas,
los brezos y rosales confundidos,
entre cuya espesura las palomas
abandonan sus nidos
para cantar su amor y su alegría
bañándose en la luz del claro día.

Lucen allá los aromados huertos
con sus palmeras de gallardo talle
y sus naranjos de azahar cubiertos,
y en simétricas franjas, por el valle,
los trigales dorados
por lindes de amapolas separados.

La rica vid verdea en los oteros
y enjambres de pintadas mariposas
desbórdanse por calles y senderos,
como lluvia de rosas
por invisibles manos arrojada
en los brazos del aura embalsamada.

Cuanto en contorno abarca la pupila
todo es encanto y luz, sombra y matices;
resbala por la atmósfera tranquila,
con transparencias grises,
el humo que se eleva en los hogares,
como nubes de incienso en los altares.

Y arriba, en el espacio,
jirones de celajes vaporosos
con tonos de carmín y de topacio
se agrupan perezosos,
como flotantes velos
suspendidos por gala entre dos cielos.

Más allá... el mar azul, cuyo horizonte
en blanca gradación se desvanece;
de un monte al otro monte
su lejano rumor llega y decrece,
como si se adormiera su oleaje
en la infinita calma del paisaje.

.....

Allí está, sin rival; del ancho seno
del que fue en otros tiempos lago umbroso,
cuyo cristal sereno
sirvió de espejo al guanche valeroso,
y a cuya agreste orilla los Menceyes
proclamaron sus dogmas y sus leyes,

surgió Agüere feliz, valle envidiable,
aromado vergel, fresco y florido,
rincón incomparable
que atesora el Atlántico, escondido
en el suelo nivario:
brillante perla del edén canario.

Hasta el altivo Teide, ese coloso
que de lejos admira el navegante,
sublime y majestuoso,
eleva allá su mole y, palpitante,
para verla a sus anchas, se abre paso
por cima de las brumas del Ocaso.

[1900]

ARRORRÓ

Guardo muchas canciones en la memoria,
pero en el alma llevo tan sólo una:
aquella cuyas notas suenan a gloria,
la que cantó mi madre junto a mi cuna.

Aquella cuyas frases van impregnadas
del cadencioso arrullo de las palomas,
y cuyas vibraciones inmaculadas
tienen para nosotros luces y aromas.

Arrorrió de mi tierra, sencillo y blando,
lleno de dulce y vaga melancolía,
¡quien no te ha oído nunca vive ignorando
de los grandes amores la poesía!

Susurro de los valles que lleva el viento,
del mar o de los bosques canción lejana,
todo cuanto en mis peñas tiene un acento
en tus notas encuentra la nota hermana.

Y se mezclan al ritmo de tus cantares
unas veces la dicha y otras la pena;
el murmurar alegre de los pinares
o el gemir de las ondas sobre la arena.

Canción incomparable, toda dulzura,
canción de mis recuerdos, tierna y vehemente,
cada vez que te escucho se me figura
que una ola de besos baña mi frente.

NIVARIA

Queriendo Dios hacerte tan hermosa
que fueses, por tu gracia y galanura,
de su excelso poder sublime hechura,
de su infinito amor, muestra preciosa,

mezcló con hojas de azahar y rosa
nieve del Teide, deslumbrante y pura,
y modeló tu espléndida escultura,
tu cuerpo sin rival de casta diosa.

Llenó tu ser de olímpicos destellos,
y, para dar a mi alma más antojos,
puso en tus labios, límpidos y bellos,

del dulce amanecer los tintes rojos,
las sombras de la noche en tus cabellos,
y todo el sol del África en tus ojos.

LAS FOLÍAS

Arriba el cielo azul, en el ambiente
efluvios de tomillo y de romero;
abajo, sobre el césped, el *terrero*
que forma, en ancho círculo, la gente.

Bulle la multitud alegremente,
llevan los mozos traje dominguero,
y las mozas el típico sombrero
con donosura echado hacia la frente.

Bajo el milagro de la luz dorada,
mientras del baile la sutil madeja
devana a su placer cada pareja

al delicado ritmo encadenada,
se oye la copla dulce, apasionada,
tierna y sentimental, como una queja.

[1914]

PRIMAVERA

La reina de los prados, sus primores
vertiendo llega en ondas voluptuosas;
a su paso feliz, abren las rosas
sus prístinos capullos tembladores.

La tierra está de gala: en los alcores
hay doseles de blancas mariposas,
y en las sendas mullidas y aromosas,
arcos triunfales y explosión de flores.

El sol deslíe su fecunda llama
en el terso cristal de la corriente
que en verde alfombra su caudal derrama;

hay efluvios de dicha en el ambiente,
un madrigal de luz en cada fuente
y un idilio de amor en cada rama.

[1917]

INVIERNO

Fingen las nubes lóbregos tapices
que oscurecen la vega humedecida;
el viento azota, el agua entumecida
bulle turbia entre guijos y raíces.

No hay en el campo aromas ni matices,
sólo el misterio que a llorar convida...
¡Oh, tarde de diciembre entristecida,
al pobre corazón cuánto le dices!

De otros días lluviosos, ya muy lejos,
en mí el recuerdo halagador perdura:
tuvo entonces la luz áureos reflejos,

eran las nubes gasas en la altura,
y lucían los charcos como espejos
tendidos cara al sol en la llanura.

[1917]

LOS OJOS DE MARISA

Aquellos ojos engañadores
llenos de encanto, plenos de luz,
tan amorosos como traidores,
aquellos ojos... fueron mi cruz.

Como en las negras noches polares
la aurora enciende su resplandor,
y en la penumbra de los altares
lanzan los cirios vivo fulgor.

Por insondables leyes extrañas,
así Marisa logró tener
bajo la sombra de sus pestañas
dos claridades de amanecer.

Ojos serenos, graves, altivos,
de un inquietante poder sutil;
siempre al mirarlos tiernos o esquivos,
enmudecía mi alma febril.

Ojos de ensueño y de leyenda,
raro conjunto del bien y el mal:
eran desvío y eran ofrenda,
eran caricia y eran puñal.

Negros, profundos, grandes y bellos,
hondos abismos de perdición.
¡Negro y profundo, también como ellos,
era el martirio de mi pasión!

Cuando miraban enamorados,
desde aquel rostro, nieve y carmín,
eran cual besos aprisionados
en regia cárcel hecha jazmín.

¡Cómo reviven en mi memoria!
¡Cuál me parece verlos brillar
como una magia, como una gloria
que abre sus puertas de par en par!

¡Cómo recuerdo la tarde aquella
y el aromoso dulce rincón,
en que Marisa, radiante y bella,
Samaritana de mi ilusión,
¡puestas sus manos entre las mías
de aquellos ojos me dio a beber!
Aquella tarde mis alegrías
"cual nuevo fénix, vi renacer".

MARIPOSA DORADA

Mariposa dorada que rompió su clausura
en la urbe más bella del solar español,
¿en qué lugar del cielo y en qué limpio crisol
depuraron los ángeles tu divina hermosura?

Al ver de tus mejillas el mágico arrebol,
la llama de tu pelo y esa luz que fulgura
en tus hondas pupilas, a mí se me figura
que viniste a la tierra en un rayo de sol.

Mariposa dorada, de tu país ausente,
que en el mío tu vuelo has posado clemente,
aunque añorando vivas las auras madrileñas,

pon en estos jardines la gloria de tus galas
y cuando allá retornes, lleva en tus leves alas
el encendido beso de las musas isleñas.

YO HE CANTADO A UNOS OJOS...

Yo he cantado a unos ojos, que por mi amargo sino,
cruzáronse en mi senda, bellos y retadores;
yo me abrasé en la llama de sus vivos fulgores,
y ellos desorientaron mi rumbo y mi destino.

Acaso conociendo mi sed de peregrino,
llegaron a mi vera falaces y traidores;
me hirieron a mansalva como dos malhechores
y exangüe me dejaron en medio del camino.

Tus ojos, como aquellos que la ilusión truncaron,
en sus penumbras llevan irisaciones de oro;
si es que buscan la presa con que, tal vez, soñaron,

a mi triste retiro ¡ay!, cuán tarde llegaron
que un corazón tenía por único tesoro,
un corazón que, alevés, aquéllos me robaron.

TU RISA

Tu risa, bajo el negro palio de tu melena
es cual cantar de alondra, que de la luz avara,
entre nimbos astrales y alburas de azucena
en estrofas de oro sus notas desgranara.

Cuando ríes y tiemblan las rosas de tu cara
y en diamantes se tornan tus ojos de agarena,
parece que el espacio de claridad se llena;
es como si a tu rostro la gloria se asomara.

Tu risa: ¡Cuántas veces mi espíritu la evoca!
Festín de maravillas con luz de madrigales,
orgía de embelesos, perturbadora y loca;

y osados, tentadores, divinos y triunfales
tus blancos dientes como diminutos puñales
prendidos en el rojo milagro de tu boca.

EL MENCEY DE ABONA

Tradición

I

De aquel Mencey Adjoña que reinó en los estados
de Abona, cuando fueron campos afortunados
las Canarias, del guanche que la Historia nos cita
como un príncipe oscuro, sé yo de una exquisita
leyenda cuyo espíritu sintetiza y enlaza
la bondad, la hidalguía y el valor de una raza;
una de esas leyendas que en el solar isleño
son como mariposas aladas del risueño
jardín de las Hespérides; brisas de aquel perdido
paraíso impregnadas de sosiego y de olvido
plácidos a que el alma con avidez se entrega;
de ese algo inexpresable que hasta nosotros llega
como de un sol extinto los últimos reflejos,
como un perfume santo que viene desde lejos.

.....

.....

II

Y sucedió que un día, inopinadamente,
un pobre pastorcillo de aquel reino, imprudente,
mató a uno de los canes más fieles y estimados

que del Mencey de Adeje guardaba los ganados,
y como aquellos guanches, de costumbres austeras
y sanas, se regían por leyes muy severas
y en absoluto libres de prevaricaciones,
que siempre se cumplían sin más apelaciones,
tuvo el pastor de Abona la desgraciada suerte
de que el Mencey de Adeje le condenara a muerte.

Era cosa sabida que en ocasiones tales
tenían los Menceyes rasgos originales,
y éste de nuestra historia, al dictar la sentencia
que al pastor condenaba, tal vez de la clemencia
escuchando la voz, que el alma compasiva
ante el negro infortunio jamás se muestra esquiva,
o por hacer un uso prudente y justiciero
de sus atribuciones de monarca y guerrero
que espera en sus vasallos hallar a un tiempo mismo
agilidad, valor, nobleza y heroísmo,
hizo anunciar que el reo sería perdonado
siempre que hubiera un guanche tan diestro y abnegado
que al llegar el momento fatal para el pastor
en peligroso lance fuera su salvador;
y observando, sin duda, las normas de la ley
la manera de hacerlo explicaba el mencey:
puesto a cuarenta pasos del pastor, que tendría
en la cabeza un gánigo, hacer tal puntería
que sin errar cayeran, consecutivamente,
diez *támaras* de palma dentro del recipiente;
y el defensor al reo debía reemplazar
si en la temible empresa llegaba a fracasar.

III

Y llegó el día aciago. Al Tagoror, en pleno,
acudió la nobleza; reposado y sereno
el mencey ocupaba su sitio de granito
en la extensa planicie, abierta al infinito;
el Consejo y los príncipes, según sus jerarquías

y su rango, llenaban las amplias graderías;
dando guardia de honor a las reales personas
estaban los sigoñes armados de tabonas,
y en torno, la compacta multitud impaciente
que espera el desenlace con ansiedad creciente;
sobre los verdes juncos, poleos y retamas
que tapizan el suelo, formando con sus ramas
una red caprichosa de floridos mosaicos,
destácanse movibles las fimbrias de los háicos
en vigoroso arranque de línea y de color:
el Tagoror parece una magnolia en flor.
En púdicos tamarcos ocultan las doncellas
la pompa de sus carnes divinamente bellas
y en sus rostros trigüeños se encienden sus miradas
como reminiscencias de noches estrelladas.
El día es todo luz, el paisaje, un encanto;
lejanías azules con franjas de amaranto;
junto a las suaves lomas, las montañas hirsutas
tendiendo en los abismos las rampas de sus grutas;
palmeras que recortan sobre un cielo ideal
sus gallardas siluetas de altivez oriental;
precipicios cubiertos de floridos zarzales;
bosques enmarañados, frescor de manantiales;
nubes que se desgarran y en las simas sepultan
sus fragmentos de armiño que ruedan y se ocultan
tras el polvo de oro que avientan los rebaños;
valles donde resuenan mil sonidos extraños;
blancas gaviotas que abren en fondos de arrebol
los palios de sus alas a la gloria del sol;
el gigantesco Teide que surge entre las brumas
y el mar que pone al cuadro cinturones de espuma.

IV

Cual náufrago que aguarda su postrimera hora
sin ver en torno suyo la tabla salvadora,
pálido y abatido, con la mirada errante,

se presenta el pastor; nadie en aquel instante creía que existiera ningún hombre capaz de salvar de la muerte al incauto rapaz; tan dura era la prueba para alcanzar la gracia que afrontarla sería una sublime audacia. Deslizábase el tiempo y el fallo inexorable preciso era cumplir; nublaban al afable rostro del soberano el temor y la angustia; la esperanza moría como una rosa mustia; llenábanse los pechos de una inquietud secreta ya algunos ocultaban la lágrima indiscreta; mas, de pronto, rompiendo el círculo formado por la apiñada gente, llega precipitado al Tagoror un guanche en traje de pastor. Hallábase cubierto de polvo y de sudor, señales de una larga y agitada carrera, el háico desceñido, suelta la cabellera; reservaba el incógnito: su enérgico semblante recatábase a medias tras el pelo ondulado de una barba supuesta; su mirar, expresivo y su porte, emanaban ese orgullo nativo y ese caudal ingénito de noble bizarría que despierta en las almas respeto y simpatía; sus miembros asomando bajo urdimbre ruda del plebeyo sayal, causaban una muda admiración: el busto delicado y esbelto, las curvas vigorosas, el ademán resuelto, era todo un hermoso y aguerrido doncel, una escultura griega envuelta en tosca piel. Al mencey y al Consejo saludó reverente, después sobre el pastor puso solemnemente su mano y exclamó: —“¡Yo vengo a su defensa!” y fue aquél un instante de expectación inmensa; el público, al oírle, sintióse emocionado; que si antes se dolía del pastor sentenciado por creer imposible su salvación, ahora, tal vez con una pena más desconsoladora, lamentaba el destino de aquella criatura

excelsa que marchaba a una muerte segura,
de aquel hombre de espíritu magnánimo y gigante
que entregaba su vida por la de un semejante.

V

Púsose el frágil gánigo al reo en la cabeza,
contáronse los pasos, el defensor empieza:
silba la honda y abre círculos en el viento;
tras una pausa breve, un impulso violento,
y despide la támara que hasta una altura fija
llega para caer rápida en la vasija.
Y en medio de su asombro, la multitud extática
pudo ver que con una precisión matemática,
segúan igual suerte las támaras restantes.
Una explosión de gritos y aplausos delirantes
acogió la victoria del bravo tirador;
mas, he aquí que llega al colmo el estupor
de aquellos guanches cuando, quitándose el disfraz,
el héroe les mostraba descubierta la faz:
de sorpresa, de orgullo, del vivo sentimiento
patrio, la muchedumbre sintió el sacudimiento;
unánimes los labios pronunciaron un nombre:
¡Adjoña! ¡Adjoña! ¡El príncipe! ¡Adjoña!, él era el hombre
que realizó el prodigio, él era el poderoso
mencey de Abona, el príncipe valiente y generoso
en quien su pueblo hallaba, a más del soberano,
al consejero amigo, al padre o al hermano.
¿Y qué pluma podría narrar aquella escena
de ternura y de amor intensamente llena?
Tendió el mencey de Adeje al de Abona los brazos,
que a los dos les unían de la sangre los lazos
y el augusto ejercicio de las bellas acciones
fundía en uno sólo sus nobles corazones.
El Consejo y los príncipes, hacia tierra inclinados,
en prueba de homenaje cruzaban sus magados
con arreglo a las fórmulas de su breve y sencillo

ceremonial, en tanto el joven pastorcillo,
viendo en su salvador, a su rey y a su dueño,
como si despertara de un pavoroso sueño,
bañadas por el llanto las trémulas mejillas,
como a un dios le adoraba postrado de rodillas.

.....

El magnánimo Adjoña, por todos aclamado,
en brazos de los guanches de Adeje, fue llevado
a su reino, entre palmas y vítores y honores,
el camino, a su paso, sembrándole de flores,
y al saber la noticia de tan extraordinaria
aventura, los reyes del resto de Nivaria,
de los hechos heroicos idólatras fervientes,
al de Abona enviaron los más ricos presentes,
en riquísimas huirmas, en frutos, en curtidos,
y en lanzas y banotes finamente pulidos,
celebrando el suceso, además, los monarcas,

.....

con fiestas suntuosas en todas sus comarcas.

Y de aquel bello príncipe que nos pinta la historia
como un mencey oscuro, sin honor y sin gloria,
terminó la leyenda. Guardaba este tesoro
la tradición piadosa en su libro de oro.

DIEGO CROSA Y COSTA, "CROSITA"

(1869-1942)

La simpatía personal y el don de gentes, virtudes humanas que no se prodigan, adornaron la figura de Diego Crosa, de lejana ascendencia italiana; él mismo cuenta en sus *Confesiones e intimidades*, con notable sencillez y gran sentido del humor, cómo en su juventud, cuando "parece que tenía disposiciones" y pidieron para él, de modesta economía, a la Diputación Provincial una beca a fin de ampliar sus trabajos de dibujante y pintor en la Península, al ocurrírsele a un diputado por Las Palmas elogiar sus dotes artísticas, le votaron en contra los de Tenerife y ¡no hubo beca! Un álbum de 27 dibujos al natural, hechos por Crosa y Costa titulado *Rincones de Tenerife*, muestra la pericia y gusto que su autor poseía como dibujante.

Diego Crosa, o *Crosita*, como le llamaban sus amigos y como él firmaba sus trabajos, fue sin duda un excelente dibujante y acuarelista, muy solicitado por los extranjeros, al visitar Tenerife; sus caricaturas en la revista *Gente Nueva* (octubre de 1899 a agosto de 1901), de Santa Cruz, le dieron gran fama; Diego Crosa cantaba en el Orfeón de Santa Cecilia; era actor teatral, periodista, poeta popular y escritor de obras de teatro. "Vate laureado —escribe— en todos los Juegos más o menos forestales; festivo en todos los brindis, regional en mis coplas y jocosos en La Prensa con mis *Ripios*".

Los *Ripios* de Crosita era una sección festiva que el autor escribió en verso para el diario de Leoncio Rodríguez, durante muchos años. Una completa edición de ellos sería del mayor interés social y dialectal, dado que *Crosita* hacía aguda crítica de los acontecimientos de su época en lenguaje campesino. Diego Crosa es, entre todos los poetas aquí seleccionados, el único que profesa un sentido literario, continuado y casi permanente, de la idiosincrasia de los campesinos, magos o *peludos*, cuyo lenguaje el poeta intenta reproducir fonéticamente

y en el léxico, de modo empírico, por supuesto, de forma semejante a la empleada por José María Gabriel y Galán (1870-1905) en sus poesías *Cristu Benditu* o *El embargo*, en dialecto extremeño.

En su dedicatoria al mundo de los campesinos, sus costumbres y lenguaje, *Crosita* es un regionalista popular, pero del mundo del campo y no del ciudadano, a pesar de que el gran coplero tinerfeño era un señor de la ciudad, que en las solemnidades y fiestas de mundana etiqueta llevaba con elegancia el frac y prefería siempre un *whisky* al popular vino tinto del terruño.

Crosita, como la mayoría de los poetas aquí estudiados, fue también lector de Viana, pero ligero lector, al modo de Nicolás Estévez, sin el menor rigor histórico-literario. En su romance *La Momia* (publicado en La Prensa y recogido en la *Antología* de Pérez Minik) el poeta afirma que los hijos de Tenerife conservaban embalsamadas a las personas queridas "de los menceyes y guaires", pero si bien mencey era el nombre de los reyezuelos indígenas de Tenerife, voz que Viana usa, y antes, Espinosa, la voz *guaire*, recogida por el cronista llamado Escudero, era el nombre de los capitanes de los guanartemes, o reyezuelos de Gran Canaria, y no es voz de Tenerife; del mismo modo, en su canto al Drago de Icod (recogido por Leoncio Rodríguez en el folleto dedicado a *Crosita* por la Biblioteca Canaria), vuelve el poeta a referirse a términos indígenas mezclados, así que alude a las *mariguadas* (las *harimaguadas* de Viana) y a los *faicanes*, voz ésta que Viana ignora y que, al parecer, es exclusiva de Gran Canaria. En este canto *Al Drago de Icod, en la fiesta de su homenaje, Crosita* acusa una lectura a Viana, aunque se inventa la onomástica de Atraballa, licencia que nada de particular tiene en un poeta.

Escribe Padrón Acosta en su estudio sobre Diego Crosa que éste dejó un Romancero canario y un Romancero guanche (*Poetas canarios*, pág. 306), pero no en volúmenes o folletos impresos, que sepamos, sino publicados en las páginas de revistas y diarios de su tiempo, que sería muy interesante reunir y editar. En la *mocanera* es una leyenda canaria, aparecida en el folletón del Independiente, Imprenta Bonnet, 1903, en 26 págs. El poeta alude al bosque de la mocanera o sea de mocanes, planta indígena estudiada por Viera en su *Diccionario*, y que *Crosita* evoca en emocionado recuerdo:

¡Selva virgen, solitaria,
donde el arroyuelo alegre
entre matas culebreando
por los barrancos se pierde!

Diego Crosa poetiza la romántica historia de la campesina teguestera, "Remedios, la de la orilla", a la que, en la fiesta de Tegueste, un buey le mata a su enamorado y ella, desesperada, cae muerta en el bosque: "y falta de fuerzas / murió, pobrecita, la flor de los campos, / como un pajarillo / que se duerme en las ramas de un árbol".

Con razón dice Padrón Acosta en su citado estudio (pág. 307) que el romance guanche, *Mar y cumbre*, con el que *Crosita* accedió a la fiesta de los menceyes, organizada por el Ateneo lagunero, está inspirada en la leyenda *Amarca*, original de Leoncio Rodríguez; este escritor incluye tal leyenda guanche, en prosa, invención de Leoncio, en su libro, *Tenerife*, Imprenta La Prensa, 1916. *Amarca* es el nombre de la bella y altiva muchacha, de la que se enamoró el pastor Gariraiga, del menceyato de Belicar de Icod (nombre que da Viana). Gariraiga (onomástica inventada por Leoncio Rodríguez), desdeñado por *Amarca* se suicida y la impenetrable joven se hundió en el mar, según contó un anciano: la hija de las nieves cumbreiras se había sumido en el insondable misterio de las aguas y el poeta recoge la metáfora poética de mar y cumbre en la Isla.

En la revista *Castalia* (núm. 2, del 14 de enero de 1917), publica *Crosita* su romance del terruño *La maga*, a la cual da el nombre de Dioscorilla, el mismo nombre que lleva la protagonista campesina o maga de su obra teatral *Isla adentro*, obra en prosa, donde el autor crea unos personajes sanos, ingenuos, perseguidos por malos caciques y favorecidos por el caballero forastero, enfermo de civilización, pero alma noble que hace la felicidad de Dioscorilla, su amado, el gañán Rafael, y todos los buenos que perdices comieron. Es de interés el uso del lenguaje regional campesino.

También en el núm. 15 de la citada revista *Castalia*, del 23 de abril de 1917, apareció el romancillo de *Crosita*, titulado *Los romeros*, sobre la popular romería tinerfeña a la Virgen de Candelaria, donde tampoco falta el lenguaje popular de los

antiguos magos, que salpican de alegría inocente el movimiento de la fiesta.

Con todo ello, lo que más fama popular dio a Diego Crosa fueron sus *Folías*, o colección de coplas canarias con dos ediciones, en 1923 y en 1932. En la introducción que Eduardo Zamacois (1876-1972) hace a esta segunda edición de *Folías*, el escritor cubano escribe unas hermosas páginas en las que resalta los valores personales de *Crosita* y el encanto de sus acuarelas. El poeta divide sus coplas en dos apartados: coplas de la ciudad (70) y coplas de la aldea (94); un total de 164 coplas; en las referidas a la aldea el coplero utiliza el ya aludido lenguaje popular campesino. Cortos poemas líricos de amor a la tierra, a veces con tintes de dolor a lo Campoamor; unas, de corte filosófico, serias, sentenciosas; festivas y juguetonas, otras. El pueblo las ha cantado y a veces, alterado, conforme pasa en la *vox populi*, según las preferencias y gusto de cada uno. Al frente de ellas, *Crosita* ha escrito en romance, un bello elogio a las Folías: "No hay canto para el isleño / comparable a las folías: / el alma de Tenerife / entre sus ritmos palpita".

Crosita es de los últimos, si bien no el último, de los poetas vianistas; enamorado del paisaje de su tierra, que pinta en acuarelas, y recrea literariamente en sus versos; de grandes afectos sentimentales hacia la madre, la familia y los amigos, como todos estos poetas de la intimidad, que en un aislamiento geográfico, con escasas comunicaciones entonces, potenciaban ellos más aún que los poetas coetáneos del regionalismo peninsular o hispanoamericano, que también cantaron su paisaje y los afectos sentimentales, objeto común, en aquellos tiempos, de la poesía entonces vigente.

BIBLIOGRAFÍA

A) OBRAS DE DIEGO CROSA

Isla adentro. Comedia de costumbres canarias en dos actos y en prosa. Santa Cruz de Tenerife. Imprenta de A. J. Benítez, 1910.

Folías. Colección de coplas canarias. Prólogo de A. Domínguez Alfonso. Santa Cruz de Tenerife, 1923.

Segunda edición: Introducción de Eduardo Zamacois. Santa Cruz de Tenerife. Publicaciones de La Prensa, 1932.

Confesiones e intimidades. Introducción de Manuel Delgado Barreto. Biblioteca Canaria. Santa Cruz de Tenerife, s. a. [1940].

Poetas tinerfeños. *Diego Crosa y Costa*, en Biblioteca Canaria. Santa Cruz de Tenerife, 1950. (Páginas de A. Domínguez Alfonso, José Manuel Guimerá y Benito Pérez Armas, dedicadas al poeta. Antología de sus *Coplas*, *Ripios* y poesía *Al Drago de Icod*. Versos de Manuel Verdugo y de Ramón Gil Roldán, dedicados a *Crosita*).

B) SOBRE DIEGO CROSA

Domingo Pérez Minik: *Antología*, citada, págs. 91-104.

Sebastián Padrón Acosta: *Poetas canarios*, citada, págs. 303-317.

Leoncio Rodríguez: *Perfiles*, citada, págs. 107-113.

Nuestra Antología: Las composiciones: *Del terruño*. *La maga* y *Los romeros*, de la revista *Castalia*, citadas en el texto; el soneto *Amor canario*, entre los *Cien sonetos de autores canarios*, citados, pág. 59; *Al Drago de Icod*, en *Poetas tinerfeños*. *Diego Crosa y Costa*, de la Biblioteca Canaria, citada en la Bibliografía, págs. 69-71; los cuatro *Ripios*, en ídem; las *Coplas*, en *Folías*, 1932, citadas, y la *Autobiografía* en verso, en el librito de la Biblioteca Canaria. Librería Hespérides, Santa Cruz de Tenerife, titulado *Escritores y Artistas. Autobiografías*, s. a. [1940], págs. 55-62.

DEL TERRUÑO

La maga

No hay bajo el cielo
mujer más guapa
que Dioscorilla, la flor silvestre
de la Esperanza.

No es de Lord Byron
la cortesana,
no es la griseta de breve cofia
que Musset canta,
no es la andaluza,
no es la chulapa.
que es la "maguita" de mi adorable
tierra canaria.

No sabe tangos
ni "sevillanas",
que los "folías" con sus cadencias
le son más gratas
porque parece que lloran, tristes,
del pueblo guanche las añoranzas.

No se alimenta
de ricas viandas,
que come "chesne"
con mojo y "papas",
caldo de coles, "gofio" de trigo,

"viejas jareadas"
y "muerde y juye"
de las Montañas.

Viste sin lujos
pero con gracia.
Voy a deciros en qué consiste
su indumentaria:
Blanco pañuelo,
justillo grana
donde aprisiona
el seno virgen de curvas clásicas;
la pierna al aire,
corta la saya
que al descubierto deja los bordes
de las enaguas;
grandes aretes
por toda gala,
y descansando sobre las cejas
un sombrero de fina palma.

Tiene collares
y no los gasta,
porque le sobra con la blancura
de su garganta;
tiene zapatos
y va descalza,
porque los cuelga, por no romperlos,
de la canasta;
no usa perfumes
sino en el arca:
¡toda su ropa huele a tomillo,
huele a manzana!
No busca novio
ni le hace falta,
que para amores los de su madre
que no la engaña;
y es tan modesta,
tan recatada,

¡que entre otras mozas se me figura
 lirio entre zarzas!
 Tal es mi dueño,
 tal es mi "maga",
¡mi Dioscorilla, la flor silvestre
 de la Esperanza!
 Mi musa es el terruño
 donde he nacido;
 él inspira mis cantos
 con sus hechizos;
 que mi guitarra,
 al vibrar de sus cuerdas
 dice: ¡Canarias!

LOS ROMEROS

Muere en el misterio
la noche enlutada,
el sol que despierta
sus crespones rasga
y Aurora sonríe
luciendo sus galas.

Mágicos perfumes
la pradera exhala,
brisa arrulladora
mueve la enramada,
gotas de rocío
—de la noche lágrimas—
tiemblan en los juncos,
en las espadañas,
y los capirotes
esponjan sus alas
ofrendando al día
con sus serenatas.

* * *

Alegres "romeros",
emprended la marcha,
que espera la Virgen
de la Candelaria...

* * *

Y por los senderos
las carretas pasan
salvando pendientes,
lomas y hondonadas...
Crujen los herrajes,
quéjense las llantas,
y en chirrido agudo
gime la retranca.

Bueyes enyugados
tiran de la carga,
de la vieja mole
que parece barca
con sus banderolas
y flotantes sábanas,
cual latinas velas
por el viento hinchadas.

Entre mil deleites
bromas y algazara,
cruzan los "romeros"
de la Candelaria:
bellas campesinas
batiendo las palmas,
alegres zagales
que las dicen chanzas,
magos rechazados
que lucen polainas,
viejos que se olvidan
de que peinan canas,
unos de promesa
y otros de parranda.

Se oyen "ajijides",
gritos, risotadas,
y al son de la alegre
morisca guitarra,
suaves, cadenciosas,
dulcemente lánguidas,

suenan las folías,
¡himno de mi patria!

—Júrgale a los güeises.

—Dácame la vara...

—Miá que no allegamos
con esta cachaza...

—Viene mucha gente
pa tan poca mánica,
y ésta no es de jumo
ni jiede a quincalla...

—Miren el lambido
cómo arrempujaba;
jálese pa lantre
que ansina me escacha...

—Bébet un peludo
del de la Matanza
pa que canturreyes
con más arrogancia...

—Pélale una negra
de las arrugadas,
que sien armadero
miá que se nos carga.

—Carmilla, no bailes
con otro en la playa,
porque el señorío
mucho se propasa,
y habrá variscazos
en vez de trompadas.

Todo es alegría
bromas, algazara,
duros apretones,
tiernas acechanzas,
manos que se buscan,
cuerpos que se alargan,
labios que sonríen,
ojos que se inflaman,
y así los "romeros"

el camino pasan,
sube que te sube,
baja que te baja,
grita que te grita,
salta que te salta,
bebe que te bebe,
charla que te charla,
ríe que te ríe,
canta que te canta,
¡hasta ver la imagen
de la Candelaria!

AMOR CANARIO

Espónjase la tierra bajo el fuego
del sol ardiente en las mañanas de oro,
y los canarios, con trinar sonoro,
¡más luz! le piden en amante ruego.

Dejando de sus chozas el sosiego,
el labrador trabaja su tesoro,
y se oye entre las mieses un "te adoro",
que une dos almas que se besan luego.

Es el amor de Dácil, que alegrías
en el bosque y en el prado añora,
amor con dejos de melancolía,

amor ingenuo que al mirar implora:
el que al reír nos canta unas folías
y un arroró de madre, cuando llora.

AL DRAGO DE ICOD, EN LA FIESTA DE SU HOMENAJE

Al fondo el Teide, que rasgando nubes
destaca su figura vigilante
sobre un cielo de rojas transparencias:
pinceladas del sol, al retirarse.

Allá las cresterías de basalto
que sirven al volcán de dura base;
aquí de los jardines, que florecen,
la nota de color, carmínea y suave.

Por donde quiera el agua bienhechora
que surge de sonoros manantiales;
senderos, hondonadas, caseríos
que brindan un reposo al caminante.

De un lado la espesura de los bosques,
donde habitan aún las hamadriades;
del otro la pradera que se viste
de los viñedos con el verde traje
y abajo el mar, que con sus ondas llega
al pie de los frondosos platanales.

Tal el que ofrece, espléndido escenario,
esta villa de Icod, incomparable,
para rendir al Drago, que es su escudo,
con patriótico amor un homenaje.

El Drago es un altar en donde ofician
aún las "Mariguadas" y "Faicanes";
el Drago es tradición, conseja, cuento:
la historia del indígena, imborrable;
el Drago es como un símbolo viviente
de una raza de heroicos insulares;
el Drago es el recuerdo de una tribu
que supo, al ser cautiva, suicidarse;
el Drago es una estatua gigantesca
del indómito y rudo pueblo guanche;
el Drago es de un Mencey la fría momia.
¡Oh, si las momias por mi bien hablasen!
Cese ya tu mutismo, Drago abuelo,
y cuenta, con la voz de otras edades,
de un pueblo de valientes las hazañas,
de un pueblo de pastores los afanes.

Dinos de su vivir; de sus costumbres;
de sus leyendas, tiernos madrigales;
de su lucha tenaz con el normando
que quiso, por la fuerza, domeñarle;
de sus triunfos después con los piratas,
aventureros en ladronas naves;
de las bajezas y traiciones ruines
de Berneval y Gallifer la Salle.

Dinos del Mencey loco y de su furia;
de Sigoñe el rudo, el indomable;
del pesar de Atraballa y los amores
del fiel Castillo y la princesa Dácil.

Dinos de la victoria de Acentejo
y del de Agüere, trágico desastre;
dinos del Mencey loco, que, con furia,
por no rendirse, se arrojó a los mares;
dinos de Zebensuí, el "Hidalgo pobre",
que en las Peñuelas decidió un combate.

Dinos del gran Tinguaro, su cabeza
sirviendo en una pica de estandarte,

y dinos de Bencomo y del de Lugo
que dos razas fundieron, abrazándose.
¡La milagrosa Cruz de la Conquista
que se abrazaba al Drago de los guanches!

Cese ya tu mutismo milenario,
que hoy más que nunca nos precisa que hables,
pues es fiesta de unión y de cariño,
de paz y de concordia este homenaje.

Cita a un nuevo "Tagoror", y aconseja
a los hijos del Teide y sus volcanes,
una hermandad fecunda y salvadora,
una hermandad común en ideales.

RIPIOS

Seguidillas me pides

“¿Seguidillas me pides,
de “cuálas” quieres”,
de las sentimentales
para mujeres,
o de las cáusticas,
para ediles que sufran
de fiebres gástricas?

Ya tenemos alcalde
y es un amigo,
¿lo hará a gusto de todos?
“Pues no le digo”,
es hombre nuevo
y a servir de profeta
yo no me atrevo.

Es un joven muy sano
—de nada abusa—
no ha de darse de baja,
como hoy se usa
y aunque lo mechen,
estará en la Alcaldía...
hasta que lo echen.

“Se me trae —lo confieso—
a este alto puesto;
es un gran sacrificio

el que me he impuesto,
pues significa
anular mi persona"...
si se duplica.

Es que está en el Cabildo,
en el bufete,
y da menos la vara
que su birrete;
pues un alcalde
funciona día y noche
casi de balde.

También dice: no tengo
ningún programa,
mas quiero que lo tenga
como oriflama
el Municipio,
por saber con quién trato
desde un principio.

Ya tenemos alcalde,
hombre de bulto,
orador muy fogoso,
jurisconsulto,
falto de... trigo,
¿lo hará a pedir de boca?
"Pues no le digo".

RIPIOS

Diálogo campesino

En el camino
de La Esperanza
se tropezaron
una mañana,
chó Justo Montes
y Antonio Casas.

Éste un "indiano"
de pura raza;
con "guayabera",
buen "jipijapa",
dijes, sortijas
y humeante "yagua".

El otro un "mago":
"cachorra", manta,
"cachimba", yesca,
calzón, polainas
y de acebuche
nudosa vara.

—Felices días,
compadre Casas.

—Hola, chó Justo,
¿cómo lo pasa?

—Muy malamente;
con falta di-agua;
y vusté, ¿dónde
dice que marcha?

—Voy a mi finca
de La Esperanza.

—Sus buenas onzas
trujo de "Bana",
"pa sien disturbios"
poder mercarla.

—Cuba la bella
no es una ingrata;
con mi "guajira"
logré ganarlas
en un ingenio
de Santa Clara.

—¿Y "hora" a su nido?

—Con muchas ansias.

—Esto da gusto,
compadre Casas;
aquí en habiendo
semilla y agua,
nos sobre "gofio",
sembramos papas
y un buen "ayanto"
nunca nos falta.
Felices días;
no más holganzas.

—Adiós, chó Justo;
"jasta" mañana...

Y uno en la diestra
su "jipijapa",
luciendo el otro
su añosa calva,
se saludaron
como en Canarias
y entre gañanes
es vieja usanza:

—"Tóquese", amigo.

—Fuera una falta.

—"Vusté" primero
que estuvo en "Bana".

RIPIOS

Modernismo

En los meses de verano
suelo a Santa Cruz dejar
por oír, del aldeano,
su discreto protestar:

Ya en la fiesta o en la boda
no se canta la "folía",
sino el "cuplete" de moda
con toda su picardía.

Mi "terrenito" del llano
ya no "trebajo" afanoso;
no tengo arado romano,
sino otro "defecultoso".

Ya los molinos de viento
mover sus aspas no suelen,
que el "gofio" del alimento
en "mánicas" nos lo muelen.

Ya no hay chozas en la aldea,
"toítas" las derrumbaron,
y unas casas de azoteas
los pudientes fabricaron.

Ya la ventera que daba,
con vino de la "Farola",
queso y dulce de guayaba
nos da "Visqui" y "Coca-Cola".

Ya nuestras santas ermitas,
de puro tipo canario
tienen torres "pintaditas"
en lugar de campanario.

Y van desapareciendo
las carretas; el camión
las sustituye, perdiendo
"carácter" esta región.

EL 25 DE JULIO

*Versos con que me dio a luz
el "Gabinete Instructivo"
actuando de "comadrona"
Estévez (don Patricio).*

¿Hay que seguir la costumbre
de todos nuestros poetas
y en quintillas o cuartetas
glorias patrias pregonar,
diciendo que los leopardos
que se ven en nuestro escudo
son, hasta un símbolo mudo
de que supimos triunfar?

Yo no imito a los cantores
que en sus rimas inspiradas
nos dicen cosas pasadas
de la "guerra del inglés",
que los ingleses mis lienzos
con sus libras han comprado
y con ellas he... matado
mucho "inglés" a fin de mes.

¿No es mejor, y más prudente,
entonar himnos tan sólo
—con la venia de Zerolo—
a mi terruño sin par,
ensalzando sus paisajes,

y sus jardines de amores,
y el perfume de las flores
y el susurro del pinar?

Yo que estuve siempre en broma
seré un poeta sensible
y aunque el caso sea risible
me pongo en serio esta vez...
Tenerife, patria mía,
terruño de mis ensueños
donde cruzaron risueños
los días de mi niñez;
isla que entre espumas duermes
como la Venus hermosa
recibiendo, ruborosa,
los halagos de la mar;
quien no ha visto tus primores
ni vio luz ni vio bellezas...
Éstas sí que son simplezas
que no pueden resultar.

Basta de espumas y trinos,
susurros, pájaros, brisas,
y de flores y sonrisas,
y de auroras de carmín;
no más arroyos de plata
culebreando entre el follaje
dejad que en tosco lenguaje
salude a mi tierra al fin.

En ella libé los besos
de la santa madre mía
cuando tierna me dormía
llorándome un "arrorró",
y no hay trinos de canario
ni susurros de pinares
que superen los cantares
de la que vida me dio.

En ella jugué de niño
y en sus bosques correteaba
cuando una "fuga" tramaba

en los años que estudié;
y más tarde, siendo un hombre,
en sus locas romerías
entonando las "folías"
mis pesares olvidé.

¿Dónde hay tierra cual mi tierra
con sus fértiles "Rodeos",
cuyos trigos dan deseos
de lanzarnos a nadar,
zambullendo, buceadores,
en esas tranquilas olas
salpicadas de amapolas
que la brisa hace temblar?

¿Dónde hay mujer más garrida
que nuestra ruda "mantuana"
mezcla de raza africana
y puro tipo español,
cuando alegre al prado sale
recogiéndose el vestido
y con el rostro curtido
por las caricias del sol?

Como soy un... pintorazo
—con permiso de mi abuela—
mucha "maga", a la acuarela,
por esos valles copié,
y en mi afición a las... faldas
las del Teide he contemplado,
ese inmenso... mantecado,
que guarda calor al pie.

Tierra del sabroso chesne
y las papas arrugadas
para comerlas, "chuchadas"
en rico mojo picón.
¡Oh, cuna de los tomates
y el sano "gofio" de trigo,
te saludo y te bendigo,
con todo mi corazón!

COPLAS

Del pueblo

Como ese Teide gigante
las canarias todas son;
mucho nieve en el semblante
y fuego en el corazón.

Cementerio de Tegueste,
cuatro muros y un ciprés;
tan pequeño y, sin embargo,
¡cuánta gente cabe en él!

El honor de una mujer
puede una copla manchar;
las folías no han de ser...
¡No saben sino besar!

Dos cantos hay en mi tierra
que nunca olvidaré yo;
de mi novia, las folías;
de mi madre, el arrorró.

Un arrorró cuando niño,
de joven, unas saltonas,
luego una folía triste...
ahí tienes mi vida toda.

Tajaraste de mis fiestas
y arrorró de mi dormir,
sin oírlos nuevamente
no me quisiera morir.

Salimos juntos al prado
anocheciendo los dos;
que es mentira lo que cuentan
de sobra lo sabe Dios.

Los dragos de Tenerife
aún lloran gotas de sangre
por una raza que ha muerto:
por la raza de los guanches.

En los brazos de su madre
el pobre niño murió,
y creyendo que dormía
le cantaba un arrorró.

Veo un barco de emigrantes
¡qué dramas oculta el mar!
y pienso en las que se quedan
llorando a los que se van.

Del campo

Pa cantar bien las folías
hay que comer chesne y gofio
y hasta escaldarse los besos
con la pimienta del mojo.

Cuando en el era nos vimos
pa la cumbre nos citamos;
¡con cuánta prisa subimos!...
¡y qué dispacio bajamos!

Me cogieron de soldado
y me fui a servir al Rey;
¡vaya hambre que he pasado!...
¡No dan gofio en el cuartel!

Una maga a quien besar,
una choza en que dormir,
gofio y leche que amasar...
¿qué más se puede pedir?

Te has de casar con un rico
y yo no tengo ni un cuarto;
jaré fortuna en Caracas...
¡quíereme, en el intre, al fiado!

En un barco de emigrantes
pa la Guaira me marché;
cuando ya no vide el Teide...
de sentimiento lloré.

Tiene un cuerpo tan bonito
Carmilla, la de cha Pepa,
que, al verlo los luchadores,
dicen: ¡qué media cadera!

Triste porque no te veo
me puse a cantar folías;
pa los males de la ausencia
son la mejor melecina.

Tú vives en Tacoronte
y yo vivo en la Matanza;
semos como las palmeras
que se quieren a distancia.

Cuando enamoro contigo
le arranco pelo a la manta,
que si están libres las manos...
de cualquier cosa se agarran.

AUTOBIOGRAFÍA

A este mundo vine
porque me trajeron,
si me lo consultan
por allá me quedo:
fui otro Segismundo
de "La vida es sueño"
que un grave delito
cometí naciendo.

¡Ya de sobra he purgado mi crimen!

¿Cuándo seré absuelto?...

Al venir a este valle de penas
una tunda de azotes me dieron
porque no lloraba
y era mi silencio
síntoma de asfixia

—o quizá mutismo de remordimiento—.

¡Cuántos pescozones
me propinó el médico!

¿Es preciso venir a este mundo
llorando y gimiendo?...

Vocaciones sentí desde niño
por todo lo bello
y a mi ama de cría

¡dediqué los pellizcos primeros!

¡Era muy hermosa
la que me dio el pecho!
Estudiar no quise,
me aburría el Colegio;

el latín y los números siempre
 mi suplicio fueron.
 ¿Para qué tantas sumas y restas
 sin tener un céntimo?
 ¡A pintar!, me dije
 y cambié por el arte mis juegos
 bellezas copiando
 del jardín isleño.
 sin que nadie mis pasos guiara,
 ¡sin que nadie me diera un consejo!
 Todos me decían:
 "Eres un talento,
 es preciso que vayas a Roma
 a estudiar con los grandes maestros..."
 y los poderosos
 nunca me atendieron,
 ni los diputados
 ni el Ayuntamiento,
 ¡no se usaba entonces
 pensionar, como ahora, a los genios!
 Sin alas no pude
 levantar el vuelo,
 y como ave triste
 en mi jaula quedé prisionero.
 ¿Cómo entonces pintar si en mi tierra
 no encontraba medios?
 Pinto, ¡de milagro!
 La verdad confieso.
 No hace mucho rompí los grilletes,
 pero pronto a mi cárcel he vuelto:
 ¡Oh, la Corte! ¡La Corte de España!
 ¡Qué hermosos museos!
 Velázquez y Goya,
 Murillo y el Greco!
 ¡Oh, Madrid de simpático ambiente,
 con qué dulce placer te recuerdo!...
 Hoy pinto acuarelas
 que por suerte vendo

a los rubios ingleses que buscan
en la Tenerife de mis gratos sueños,
salud campesina
durante el invierno,
bosques perfumados
y jardines quietos.

Para la captura de mis compradores
me valgo de un medio:
Voy al "Humboldt", cual rico turista,
pero a nadie mis cuadros enseño,

que si los expongo...
me expongo al descrédito.

De frac en los salones,
bailando correcto,
procuro amistades

con el pez de más libras y luego
un estudio canario a su dama,
galante la ofrezco.

Es ella quien muestra
y alaba el obsequio

y las otras, de envidia, me compran
las demás acuarelas que llevo.

¡Benditos ingleses,

que así pagan los otros que tengo!

Las bellas pollitas
desde jovenzuelo

endulzaron mis horas amargas
con sus embelesos;

¡yo no sé cuántas novias sensibles
tuve en aquel tiempo!

Mas no me he casado

—¡Dios me libre de eso!—,

que mis acuarelas
no me dan derecho

a pedir una niña a sus padres

y que viva peor que con ellos;

a traer angelitos al mundo

y que pidan volver a los cielos...

¡Malhaya los hombres
que se casan con poco dinero!
Los que dicen: "Con pan y cebollas
el amor es bueno",
no están en lo firme,
que ese amor me resulta indigesto.
¡Al mondar las cebollas, lloramos!
Esto prueba que estoy en lo cierto.
Ahora busco las tiples... ligeras,
amores perversos,
que una ingrata me ha herido de muerte
y soy un escéptico.
Por ella y a solas
con mis sufrimientos
en mis noches de insomnios eternas
hice algunos versos
que jamás publico,
que a ninguno leo:
¡Son las quejas de un ave que canta
sobre un árbol seco!
Si escribí esas rimas
fue tan sólo por llorar mis duelos,
ni soy un poeta
ni ese nombre tan alto merezco.
¡Que en la prensa diaria
publiqué "croniquillas" en verso!
Las pagaban a ¡doce pesetas!
no había más remedio.
¿Que escribí folías
del solar isleño?
¡Son para mis "magos"
y las cantan ellos!
¿Que ya en tres concursos
he obtenido premios?
El jurado creyó que eran de otro
y por eso gustaron mis versos.
El "nosce te ipsum"
me hace muy modesto,

y además es mi calva, una prueba
de que todos "me toman el pelo".

¿Que canté al terruño
en veladas romances leyendo?

Verdad; pero siempre
con un fin benéfico,
por mi "Hospitalito"
que es invernadero
de flores sin savia,
sin savia de besos,
que es un trozo de gloria en que duermen
ángeles enfermos.

También por los pobres
en ridículo, a gusto, me he puesto
de galán en comedias y dramas,
de corista cantando en conciertos:
¡No me importa que el público silbe
si aplauden del cielo!...

Dedicado a pintar, como Maura,
el color siempre fue mi recreo,
pero no usé nunca
porque es falso y se tuerce al momento,
el color político
con que se hacen pinturas... pinturas al fresco.

Ni jamás fui nada
ni en nada me meto:
¡Con decir que no soy ni siquiera
del Ayuntamiento!

No obstante el terruño
con bríos definiendo.
Por él en la cárcel
estuve hace tiempo.
No saqué mi cabeza con canas
por falta de pelo.

* * *

Es ésta mi historia,
si acaso la tengo:

de aventuras galantes... corramos
un tupido velo.
La mujer, buena o mala, merece
todos mis respetos.
Ellas son las que endulzan pesares
con la aroma sutil de su sexo;
ellas son las que rozan las cuerdas
del arpa en que duermen mis pálidos versos,
ellas son mi culto,
yo las reverencio.
Durante mi vida
he sentido ambiciones, deseos,
ansias tormentosas
de algo que no expreso
y que he visto perderse, esfumarse,
como nubes que arrastran los vientos.
¡Oh, mis ilusiones!
¡Ya todas han muerto!...
Mis paisanos feliz se imaginan
que soy, y me alegro,
que es el disimulo
lo que me he propuesto;
se me suele juzgar por el rostro
que es muy embustero:
antifaz con que el alma se cubre,
pocas veces del alma es espejo.
Hoy, al fin de mi vida de joven,
tan sólo pretendo
buscando placeres
ahuyentar recuerdos.
¡El olvido es un sánalo todo!
¡El olvido es un gran anestésico!
Sin pensar en el triste mañana
—porque es un misterio—
cual un hombre alegre
gozo y me divierto,
lo mismo en tertulias de tono galante
que en fiestas de pueblo;

igual en la corte que allá en el cortijo
si busco sosiego.
Bailando "berlinas"
en berlina, mil veces me he puesto;
no me importa, que así mis nostalgias
¡las lloro... riendo!

.....

Añadid a lo escrito un carácter
sensible a lo tierno;
una boca que es dulce por fuera
—y amarga por dentro—
unos ojos que van mendigando
de otros ojos caricias de ensueño;
un magín que no cuenta con nada,
y un bolsillo que cuenta con menos,
y tendréis de mi humilde persona
terminado el humilde bosquejo...
¡Yo soy un Don Nadie!
¡Yo soy un bohemio!

María Rosa Alonso nació en Tenerife, en 1910; hizo el bachillerato en La Laguna y los estudios de Filología Española en la entonces Universidad Central de Madrid, donde se licenció, y más tarde doctoró, en 1948; profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna, de 1942 a 1953, año en que renunció a su cargo de profesora adjunta por oposición, al trasladarse a Venezuela; en este país fue profesora de Filología Española en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Los Andes (Mérida), de 1958 a 1968, en que se jubiló de profesora titular; desde finales de ese año reside en Madrid; es miembro fundador del Instituto de Estudios Canarios, anejo a la Universidad de La Laguna, entidad de la que fue promotora en 1932. Entre sus obras: *San Borondón, signo de Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, 1940; *En Tenerife, una poetisa. Victorina Bridoux y Mazzini (1835-1862)*, Santa Cruz, 1940 (segunda edición: Santa Cruz, 1988); *Un rincón tinerfeño. La Punta del Hidalgo*, La Laguna, 1944; *Con la voz del silencio*, Las Palmas, 1945; *Otra vez*, Santa Cruz de Tenerife, 1951; *El Poema de Viana*, Madrid, 1952; *Pulso del tiempo*, La Laguna, 1953; *Manuel Verdugo y su obra poética*, La Laguna, 1955; *Residente en Venezuela*, Mérida, 1960; *Sobre el español que se escribe en Venezuela*, Mérida, 1967; *Papeles tinerfeños*, Santa Cruz, 1972; *La ciudad y sus habitantes*, Santa Cruz, 1989; *Santa Cruz, vocación de futuro*, Santa Cruz, 1989; *Las generaciones y cuatro estudios*, Canarias, 1990.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Afortunadas*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Poesías*.
20. *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*: María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra selecta*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Transparencias fugadas, Dársena con despertadores y Entre cuatro paredes*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.
45. Rafael AROZARENA: *Caravane*.

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*

Se acabó de imprimir
el día 5 de julio de 1991,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

Con un sentido aproximativo, se reúnen aquí nueve poetas alojados dentro de la época literaria del realismo, aunque es cierto que los poetas del XIX en Canarias son, en buena parte, románticos, porque el aislamiento geográfico y la lentitud de las comunicaciones de entonces dan a la poesía un sentido de permanencia y de pervivencia de los acentos románticos, a lo largo del pasado siglo.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem



9 788479 470081